THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

~~862.8~~
~~T2553~~
~~v.253~~
~~no.3~~

a 00003 481501

This book must not be taken from the Library building.

EL ESPAÑOL,

Y LA FRANCESA.

COMEDIA EN UN SOLO ACTO.

[ENCISO CASTRILLÓN, FÉLIX]

Con licencia. En la imprenta del Diario de Madrid, año de 1816.

Se hallará ésta con un surtido de comedias antiguas y modernas, tragedias y sainetes, en la librería de González, calle de Atocha, frente á la casa de los Gremios.

PERSONAS.

Doña Teresa.	Sra. Agustina Torres.
D. Fernando.	Sr. Isidoro Mayquez.
Picard.....	Sr. Bernardo Avecilla.
Canuto.....	Sr. Antonio Guzman.
Juanillo.....	Sr. Tomas Lopez.

Empieza Canuto abriendo la puerta de la derecha, y sacando la cabeza, como que observa si hai gente.

Canuto.

No hai nadie: bien puedo entrar
sin riego de que me vean. *Entra.*
¡Qué ocasion tan excelente,
si acaso Doña Teresa
se dexó el cuadro!..... Si, ya
se descuidará. .... ¡Ah, francesa
astuta y desconfiada!
No habrá forma de que pueda
ver ese maldito cuadro
que pinta con tal reserva
mi ama. ¡Qué maliciosa!
Tiene cerrada la puerta
cuando está pintando, y luego
en dexándolo se lleva
el cuadro. ¡Cuán cierto es
que no hai en toda la tierra
mugeres mas maliciosas
que estas malditas francesas!
Bien decia mi señor
cuando dixo, hablando de ellas:
Muñecas en el vestir,
deidades en la belleza,

863.8
T253
v.253
no.3
759437

beletas en la firmeza,
discretas en el decir:
dichoso á quien una escoja
con el nombre de querido;
pero en cuanto á su marido,
doblemos aqui la hoja.
Este retrato hizo mi amo;
pero al fin su parentela
le obligó á que se casara
con una madamisela,
con una de esas madamas,
que asi la aguja manejan
como la pluma y el lapiz.
¡Qué bien decia mi abuela!
Enseñar á una muger,
es como poner dos flechas
en las astas de un novillo:
harto mal hace sin ellas
el animal; y harto sabe
una muger, sin que vengan
á enseñarla. Ya se ve,
mi amo que se recela
del talento de su esposa,
ha dado en tener sospechas
y celos. Como conoce
que las señoras francesas
salen solas por las calles,
van á cualquier concurrencia
sin sus esposos, y admiten

RBC/NcU

con una alegre franqueza
los obsequios de un amigo,
piensa que en la patria nuestra
se han de hallar mal avenidas,
y han de echar menos aquellas
libertades. De aqui es
que el buen hombre se desvela
por observar su conducta;
y que fingiendo una ausencia,
viene á rondarla la calle
con músicas, y con muestras
de un galan que la pretende.
Por fortuna hasta ahora ella
ni siquiera se ha asomado,
sin embargo que se alegra
apenas oye el jaleo,
y es regular que asi sea.
¿Pues qué no debe extrañar
verse encerrada, cuando era
dueña de su voluntad
allá en su patria? ¡Y qué diestra
es la tal niña! ¡cual sabe
acomodarse á la regla
de nuestros usos! De antes
queria ser la primera
en el teatro, en el paseo
y en los bailes; pero apenas
faltó de casa su esposo,
ni siquiera á una comedia

quiere asistir. ¡Oh! todo esto
es disimulo, apariencia
y no mas. Segun yo pienso
ella en secreto concierta
alguna cosa. Ese diablo
de cuadro, que con reserva
está pintando. . . Si acaso
en su memoria conserva
la imágen de algun amante,
y ya que verle no pueda,
se divierte en retratarle.
Ello, sea lo que sea,
lo cierto es que nos le oculta,
y solo le manifiesta
á ese Mr. Picard.
Mi amo no tuvo prudencia
cuando la dexó traer
ese criado que ella
tenia en Paris. ¡Qué muñeco
tan insufrible! Se empeña
en ser mi amigo, y yo siempre
le desairo. No, las hembras
de España no le disgustan;
y luego, como en su tierra
se usa abrazar á las damas,
quiere hacerlo con las nuestras,
diciendo es marcialidad.
Vean vmds. mi Anacleta,
que cuando yo era su novio

estaba noches enteras
debaxo de sus ventanas
aguardando á que tosiera;
y en oyéndola toser,
iba con todas las muestras
de galan favorecido:
que no me atrevi siquiera
en cuatro años á tocar
un dedo suyo; y apenas
llego á casa este franchute,
cuando de buenas á buenas
la dio un abrazo en mis barbas.
No le rompi la cabeza
porque luego no dixesen
que.....

Sale Doña Teresa por la puerta del foro.
Doña Teresa dentro todavia.

¿Picard?

Canuto.

Ya Doña Teresa
llama al dichoso Mr.

Doña Teresa saliendo.

¿Picard?

Canuto.

No está aqui.

Doña Teresa.

¿Ah, tú eras?
Toma ese cuadro.

Canuto.

Allá voi.

Oxalá verle pudiera. (*Entra por el cuadro al foro: éste está cubierto con un tafetan. Lo saca y pone en un caballete.*)

Doña Teresa.

Que le cojas por detras.
Ola: ¿vuelves la cabeza?

Canuto.

No soi curioso.

Doña Teresa.

Bien haces
No, tonto, dale la vuelta
hácia aqui: bien: de ese modo....
Cualquiera que abra la puerta
puede verle, y yo no quiero
que le vean.

Canuto.

¡Qué cautela!
Que me maten, si no hai trampa *Ap.*
en el cuadro.

Doña Teresa.

¿Desapruebas
mi reserva?

Canuto.

No señora;
pero hablando con franqueza...

Doña Teresa.

¿Te alegráras ver el cuadro?

Canuto.

Como eso posible fuera. . . .

Doña Teresa.

¿Qué, te gustan las pinturas?

Canuto.

En general.

Doña Teresa.

Pero ésta
en particular.

Canuto.

Señora,
vive el cielo que dais muestras
de ser maliciosa.

Doña Teresa.

¿Si?
en general.

Canuto.

No quisiera
que sospechaseis de mí.

Doña Teresa.

¿Qué causa das por que pueda
suspechar de tu conducta?
Yo sé que mientras la ausencia
de mi esposo, no te apartas
de mi gabinete.

Canuto.

Es esta
la costumbre de mi patria.

Doña Teresa.

Es indagar cuanto hace ó piensa
el ama, para contarlo
á su esposo cuando vuelva:
¿es tambien esta costumbre
de tu pais?

Canuto.

Estad cierta
de que yo no soi espía.

Doña Teresa.

¿Y qué arriesgo en que lo seas?

Canuto.

Ni he escrito nada á mi amo
de ese hombre que se empeña
en daros música.

Doña Teresa.

A bien
que dado que lo escribieras,
deberias añadir
que no me asomé siquiera
por mera curiosidad.

Canuto.

Ni escribi que con reserva
estais haciendo un retrato.

Doña Teresa.

¡Retrato! Saber quisiera
de qué sabes que es retrato
lo que pinto.

Canuto.

Lo sé..... Es fuerza
inferirlo del tamaño
del cuadro.

Doña Teresa.

Pues es sospecha
y no mas. Lo que yo pinto
es una Venus.

Canuto.

¡Qué buena!..... *Rie.*
¿Una Venus?

Doña Teresa.

Si señor.

Canuto.

Vaya, no me hagais que pierda
la paciencia y diga.....

Doña Teresa.

¿Que?.....

Canuto.

Que todo es estratagema.
Si la veo los botones.
Ciertamente es moda nueva
poner chaleco á una diosa.

Doña Teresa buscando el tafetan para acabarlo de tapar.

Malhaya mi inadvertencia.

Canuto.

No le tapeis, que ya es tarde.
¿A que viene tanta priesa?

Que pinteis lo que os dé gana,
á mí nada me interesa.
Yo soi un hombre de bien,
y nunca en estas materias
de chismes estoi versado.
Ademas de eso, ¿quién fuera
tan necio que se extrañase
de que en esta larga ausencia
de vuestro esposo busqueis
un pasatiempo? ¡Qué pena
es preciso que tengais
viéndoos en tierra agena
recien casada, sin trato
de gentes, y.....

Doña Teresa.

¿Luego piensas
que yo busco pasatiempos?

Canuto.

Sin faltar á la decencia
puedo hablaros... por exemplo...
escuchar desde la reja
al músico enamorado,
que está las noches enteras
sin dexar dormir á nadie
tan solo porque vmd. sepa
que el amor le ha desvelado.

Doña Teresa.

Ya sabes que ni siquiera
abri la ventana.

Canuto.

Pero.....

Doña Teresa.

Basta, Canuto.

Canuto.

Sintiera
enojaros.

Doña Teresa.

De ese modo
las impertinencias dexa,
y retírate.

Canuto.

Está bien:
misterio el retrato encierra.. *Ap. y vase.*

Doña Teresa.

¡No sé qué piense de este hombre!
¿Si servirá con cautela
á ese amante, ó si será
un espía que dé cuenta
á mi esposo.... Yo no sé....
pero sea lo que quiera,
el se encontrará burlado
cuando en este cuadro vea
el retrato de mi esposo. *Lo descubre.*
Si, querido mio, es fuerza
que te admires cuando halles
que esta esposa te conserva
en su memoria de modo
que te retrata. Perfecta

semejanza.... Me parece
que va á hablar.... Oxalá fuera
posible que por lo menos
me escuchase. Asi pudiera
darle quejas amorosas
por esta prolija ausencia,
y aun por via de consejo
decirle de esta manera:
Es justo tenga cuidado
el amante que está ausente,
pues se expone á ser burlado
si recuerda algun presente
las finezas del pasado.
Tema pues con mas razon
el esposo estas mudanzas,
que el galan, en conclusion,
tan solo pierde esperanzas
cuando él pierde posesion.
Asi diria á mi esposo
si por fortuna me oyera;
y aun me atreviera á citarle
ese galan que á mi reja
suspira todas las noches.
¡Pero qué oigo! gente suena.
Cubramos luego el retrato.

Sale Picard.

Eh bien, madama; ya es cierta

nuestra victoria. Yo supe
el nombre y todas las señas
de ese amoroso, que viene
apenas las once suenan
á cantar sobre la calle.

Doña Teresa.

A mí nada me interesa
saber su nombre.

Picard.

¡Gran Dios!
A vmd. poco le interesa,
é ayer estaba curiosa
infinitamente.

Doña Teresa.

Era
porque me hallaba ofendida
de la dilatada ausencia
de mi esposo.

Picard.

Y vmd. ya
le perdona.

Doña Teresa.

Estoi bien cierta
de que sus negocios son
los que le obligan á ella.

Picard.

Y bien, ¿vmd. que diria
si supiese que se encuentra
en Madrid?

Doña Teresa.

¡Fernando!

Picard.

Ouy:

é pasa la noche entera
á suspirar á una dama.

Doña Teresa.

No es posible que lo crea.

Picard.

Ouy, madam, yo lo sé.

Doña Teresa.

No lo creo.

Picard.

Sois bien terca.

Doña Teresa.

El español sabe ser
buen esposo; y aunque tenga
el defecto de los celos,
cualquiera muger honesta
le debe disimular
por las demas buenas prendas.

Picard.

¡Oh, siempre defiende vmd.
al español!

Doña Teresa.

Soi ingenua.

Picard.

Yo pienso bien de otro modo.
¡Diablo de nacion! Tan seria

la gente, y todos celosos.

Doña Teresa.

Eso mismo es lo que prueba
lo sincero de su amor.

Picard.

Pero un celoso es un bestia,
que riñe. . . . .

Doña Teresa.

Porque nos ama.

Picard.

Que tiene grandes sospechas
sin causa.

Doña Teresa.

Porque nos quiere.

Picard.

Y toda la noche vela. . .

Doña Teresa.

Por guardar á la que adora.
Mira, el avaro que cierra
con cerrojos y candados
su tesoro, que se emplea
en velarle noche y dia,
es porque tiene allí puesta
toda su alma. Asi el celoso,
cuantos mas temores muestra
de perder el corazon
de su dama, mayor prueba
da de su mucho cariño.
En fin, Picard, considera

que ninguno guarda mucho
aquello que poco aprecia.

Picard.

Vmd. tendria gran razon;
pero allá en nuestra tierra
no se ama como en España.

Doña Teresa.

Bien dices: hay diferencia
entre un amante español
y un frances: éste pondera
su amor, le pinta, le ensalza;
pero aquel sin hablar piensa
en él con toda intencion.
Dice el frances sus finezas
riyendo; y el español
cuando habla á su dama emplea
toda aquella gravedad
que empleára en la materia
de la mayor importancia.
Al español no le alegra
el amor, sino antes bien
le hace taciturno, muestra
huir el retrato de todos,
y hasta la menor sospecha
le irrita: pero estos son
los caractéres de aquellas
pasiones que echan raices
en el alma.

Picard.

¿ Vmd. no piensa

en aquellos epigramas?
¡Oh diablos! A las francesas
él trata terriblemente.

Doña Teresa.

Es cierto: veces diversas
escribio contra nosotras,
juzgando que la franqueza,
propia de nuestra nacion,
tiene en las costumbres nuestras
mucho influxo. Y aun quizá
esto ocasiona que él sea
tan celoso; pero yo
le suelo dar por respuesta
ciertos versos que critican
á los celosos.

Picard.

Quisiera
entenderlos.

Doña Teresa.

Me parece
que dicen de esta manera:
Quien sin razon es celoso,
tema serlo con razon,
pues presenta la ocasion,
que quiere evitar ansioso:
afanado y caviloso
mortifica á la muger;
cosas la hace conocer
que ella no advirtio quizás;
y asi la enseña á ver mas

de lo que debia ver.

Picard.

Brabísimo; pero vmd.
se cansará, sin que vea
su enmienda, y..... tened, madam,
es preciso que vmd. sepa
que ese amoroso que viene
á cantar baxo la reja,
cubierto con su gran capa,
es su esposo mismo.

Doña Teresa.

Dexa
las chanzas.

Picard.

¡Oh! yo no chanzo.
Su marido es quien desea
seducirla.

Doña Teresa.

¿Y con qué fin?

Picard.

Porque quiere hacer la prueba
de su esposa, y asi viene
con su guitarro á la reja;
y con pequeños conciertos
de fandanga, manifiesta
su pasion. Si vmd. le abre
la ventana, luego encuentra
motivo de tomar celos.

Doña Teresa.

Pero, Picard, considera

que ese hombre canta muy bien,
y mi marido estoy cierta
de que no sabe cantar.
Ademas, ¿cómo pudiera
estar en Madrid, si escribe
desde Sevilla?

Picard.

Sus letras
vienen á Mr. Canuto.

Doña Teresa.

Si, me dixo que eso era
por evitar se extraviasen.

Picard.

Eh, voyla la cosa hecha.
Él coge su sobrescrito,
y la letra que os presenta
esta escrita aqui en Madrid.
Es una posta muy buena:
el tal viejo á un golpe de ojo
la Andalucía atraviesa,
la Mancha, y la trae á vmd.
en un instante las letras
de su Mr. D. Fernando.

Doña Teresa.

Lo aseguras de manera,
que casi te voy creyendo.

Picard.

Yo por madam Anacleta
lo supe todo: Canuto
tiene celos de esa vieja:

dice que la hago el amor;
y sin mas que esta sospecha
le coge la celosía.
Cansada de sufrir ella
me contó la grande intriga,
y que esta noche hay dispuesta
la última tentativa.

Doña Teresa.

Gracioso es sobremanera
hacer tantas tentativas
para enamorar á aquella
que le rindió el corazon.

Dentro suena guitarra.

Picard.

Atencion. Voala que suena
el guitarro. *Canta dentro.*

Doña Teresa.

Será fuerza
el que abramos la ventana,
pues de esta corta fineza
es acreedor un esposo.

Abre la ventana que está á la izquierda.

Picard.

Alon, madam. Él se empeña
en que le seais infiel.
No negarle esta pequeña
satisfaccion.

Doña Teresa.

Ya verás
como sabré á sus finezas

corresponder..... Sin embargo,
no me asomo, pues quisiera
que me rogase algo mas.

Picard.

¿Pour qua?

Doña Teresa.

Por dexar bien puesta
la reputacion de todas
mis paisanas.

Picard.

Es prudencia
llevar dulcemente el caso:
atender: otra vez suena
ese pequeño concierto:
de nuevo á cantar comienza.

Suena la guitarra. Otra copla.

Picard.

Vnd va á ver á su esposo
bien embarazado. *Va á coger una luz.*

Doña Teresa.

Espera,
¿qué vas á hacer?

Picard.

¡Oh! yo voy
á sacar esas dos velas
por la fenestra, aclarar
su figura toda entera
y gozar su confusion.

Doña Teresa.

No, Picard, de otra manera

le sonrojaré.

Picard.

Ya parla.

Doña Teresa.

Oigámosle.

.....

Picard.

¡Cosa buena!
Él suplica todo baxo
que vmd. le escuche.

Doña Teresa.

Yá es fuerza
Contestarle. .... Caballero,
extraño vuestra imprudencia.
¿No sabeis que estoi casada?

Picard.

Entendamos su respuesta.
Soy ansioso de saber
qué dirá. .....

Doña Teresa.

Pero la ausencia
de mi esposo no me da
tanta libertad. . . . ¿No espera
vuestra pasion otro premio
sino es el que yo lo sepa?
¡Alabo ese amor tan puro!
Pero ya para saberla
me basta haberos oido.
. . . . ¡Ola! ¿Deseais mas cerca
pintarmela?

Picard.

¿El hace son?
Las amorosas materias
se tratan muy mal de lejos.
....

Doña Teresa.

Yo con gusto os admitiera
en mi estrado; mas no sé
por donde entreis.... Por la puerta
no es posible ... No señor;
por la ventana es expuesta
la subida; pero en fin,
si quereis, sea enhorabuena.
Cuidado con lo que haceis,
y no os rompais la cabeza
por esta galanteria. ..
¿Por qué me rio? ¿No es fuerza
viendo lo agudo que sois? .....
Eso si, será prudencia
aguardar hasta mas tarde;
ahora está la calle llena
de gente.... Decis mui bien,
las once es hora perfecta
para los enamorados;
pero subid con cautela,
no os vea la vecindad.

Picard.

Los maridos que cortecan
á sus esposas no dan
escándalo.....

Doña Teresa.

Estoy muy cierta
de que sois hombre de honor;
de otro modo yo no fuera
con vos tan condescendiente:
hasta luego. ..... Si, se queda
mi alma muy agradecida
á vuestras muchas finezas:
abur. *Cierra la ventana.*

Picard.

Queda el ran de vous
admitido ya.

Doña Teresa.

¡Y que sea
mi esposo tan mentecato,
que se persuada que llega
á engañarme!
..... *Picard.*
Los celosos
son cortos de vista: apenas
dé media noche vereis
que viene con toda priesa
á dar el salto al balcon.
Eh bien, si él ahora escribiera
otros ciertos epigramas
sobre las damas francesas
diablos, ¡cómo las pondria!

Doña Teresa.

¿Pero tú crees que venga
como dice?

Picard.

Soy seguro.

Doña Teresa.

Es preciso estén dispuestas
las cosas para su arribo.

Picard.

¡Oh, vos estais bien inquieta!
Se diria que temeis
que os engañe

Doña Teresa.

Experimenta
mi corazon este instante
un placer, con cierta mezcla
de rabia..... Pero, Picard,
ello, sea como sea,
es agradable á una esposa
verse tratar qual si fuera
una querida.

Picard.

Es verdad.
Y bien, veamos que intenta
hacer vmd.

Doña Teresa.

Lo primero,
pues que mi marido piensa
entrar en su propia casa
por el balcon, será fuerza
que yo como enamorada
le evite cuanto pudiera
serle peligroso. Quita

esas sillas, esa mesa
y ese retrato.

Picard.

¿Y despues?.....

Látigo dentro.

Doña Teresa.

Despues.... ¿Pero di, no suenan
caballos?

Picard.

¿Si será él?

Doña Teresa.

¿Cómo es posible que venga
si me acaba de citar?

Picard.

Pete etre que á la hora de esta
Se encuentre ya arrepentido.
Madam, si es el que llega,
disimulo: el ojo alegre
y la figura serena;
tal en fin como conviene
que tenga una muger tierna
que atand á su esposo.

Doña Teresa.

Calla,
que Canuto aquí se acerca:
quita al instante el retrato,
porque mi esposo no vea
á su sobstituto.

Canuto.

¡Ola!

sobstituto!

Doña Teresa.

Apriesa,
antes que suba.

Picard.

Allá voy.

Sale Canuto.

Señora, albricias: ya queda
en el portal vuestro esposo.

Doña Teresa.

¡Mi esposo! Baxar es fuerza
á recibirle en mis brazos. *Vase.*

Picard.

Yo alumbraré la escalera. *Vase.*

Canuto.

Quita ese retrato, dixo,
porque mi esposo no vea
á su sobstituto: ¡bueno!
Ya nos puso manifiesta
la trampa; sin duda alguna
que esta retratando ella
algun querido que tiene.
Es preciso que lo sepa
mi amo en el mismo instante.

Sale Juanillo.

¿Qué jago de esta maleta?

Canuto.

Dexarla ahi hasta despues.

Juanillo.

Me gusta la providencia.

Canuto.

¿Si será este quien cantaba *Aparte.*
por mi amo? Voy con destreza
á ver si puedo saberlo.
¿Ola, militar, se llega
cansado?

Juanillo.

Mas que un monago
en viernes santo.

Canuto.

¿Fue buena
la marcha?

Juanillo.

Como todas.

Canuto.

¿Anduvisteis muchas leguas
cada dia?

Juanillo.

Los caballos
os pueden dar la respuesta.

Canuto.

¿Ha mucho tiempo que estais
con el capitan Fresneda?

Juanillo

Y dígame vmd., compadre,
¿estudió vmd. en su tierra
para cura?

Canuto.

¡Yo! ¿Por qué?

Juanillo.

Porque exâmina conciencias
perfectamente.

Canuto.

¿Le canso?

Juanillo.

No señor, que me rebienta.
Este tuno anda buscando *Aparte.*
que le diga si fue cierta
la marcha del capitan;
pero a bien que el pobre llega
á puerta cerrada.

Salen D. Fernando, Doña Teresa y Picard.

Don Fernando.

Pon
en el suelo esa maleta,
y marcha luego al cuartel.
Que me aguardes á la puerta. *Aparte.*

Juanillo.

Está bien, mi capitan.

Picard.

Mr. soldado, vmd. venga. *Vanse los dos.*

Don Fernando aparte a Canuto.

¿Donde está el cuadro que dices?

Canuto.

Ha volado á esa otra pieza.
Ved que es vuestro sobstituto.

Don Fernando.

Silencio..... *Vase Canuto.*

Doña Teresa.

¡Con qué impaciencia
aguardaba este momento!
¿Mas no pudiste siquiera
avisármelo en tus cartas?

Fernando.

No lo hice para que fuera
mayor tu gozo.

Doña Teresa.

Ya estoy.
Los que viajan siempre intentan
sorprender á sus esposas.

Don Fernando.

¿Y qué se sorprenden ellas?

Doña Teresa.

Sentémonos, que vendrás
muy cansado. ¿Cuántas leguas
corriste hoy?

Don Fernando.

No las conté:
ocupado con la idea
de verte, ni aun conocia
lo que andaba.

Doña Teresa.

¡Qué fineza!
Mas sin embargo, Fernando,
es forzoso te reprenda.
Para mostrarme tu amor
no era justo te expusieras
al peligro de viajar

por la noche: todo era
tardar un dia.

Don Fernando.

¿Y es poco
un dia mas, á quien espera
ver á su esposa?

Doña Teresa.

Conozco
que se ama con mas terneza
en tu pais que en el mio.

Don Fernando.

¡Que descaro! ¿Y de mi ausencia
te parecio largo el tiempo?

Doña Teresa.

¡Bella pregunta! Quisieras
saber todo lo que hice;
pues voy con toda franqueza
á contarlo.

Don Fernando.

¿Todo?

Doña Teresa.

Todo.
¿Podré esperar que tú seas
tan franco conmigo?

Don Fernando.

Si.

Doña Teresa.

Sin embargo, considera
que suceden tales cosas
á un esposo que está fuera

de su casa, que ya ves
no se pueden todas ellas
contar.

Don Fernando.

Dexemos las chanzas.

Doña Teresa.

Confesion general.... Piensa
en lo mucho que prometes.

Don Fernando.

Lo he pensado.

Doña Teresa.

Oye: apenas
te pusistes en camino,
el tedio que da la ausencia
me comenzó á fastidiar.

Don Fernando.

Demasiado pronto era.

Doña Teresa.

Juzga qué sería despues.
Yo me decia á mí mesma:
son sagrados los derechos
de un esposo, lo que quiera
puede hacer; pero dexarme
sola, en una extraña tierra,
y recien casada.... esto
parece tiene apariencias
de no ser muy favorable
al amor que me profesa.

Don Fernando.

Prosigue.

Doña Teresa.

Viéndome asi
en soledad tan molesta,
me tomé la libertad....

Don Fernando.

¡La libertad! ¿Cuál fue esa
libertad? ... *Se levanta.*

Doña Teresa.

Querido, mira
que estas cansado: bien fuera
que te sentaras.

Don Fernando.

No, no:
continúa: ¿cuál fue esa
libertad que te tomaste?

Doña Teresa.

¡Oh! si te enojas....

Don Fernando.

Me quema. *Aparte.*
¿Qué libertad te tomaste?

Doña Teresa.

La de prorumpir en quejas
contra tí.

Don Fernando.

¿No mas?

Doña Teresa.

¡Escucha.
Fastidiada de tu ausencia
comencé á echar menos.....

Don Fernando.

¿El qué?

Doña Teresa.

El trato, las concurrencias;
y en fin, pues quieres lo diga,
adverti que mi terneza
y mi amor iban á menos.

Don Fernando.

Muy bien. ¿Y despues?

Doña Teresa.

Justo era
que me emplease en buscar
distracciones que pudieran
divertirme.

Don Fernando.

Y por supuesto
que las hallaste.

Doña Teresa.

Contempla
que esto en España no es facil.

Don Fernando.

Con efecto, hay diferencia
entre Madrid y Paris.
Aquella corte es tan buena
para una esposa que quiere
distraerse. . . .

Doña Teresa.

Cualquiera tierra
tiene diversiones propias;
y Madrid no está sin ellas.

Don Fernando.

Pero debes suponer
que una esposa que se queda
sola, por mas que desee
distracciones, nunca piensa
sino en su esposo.

Doña Teresa.

¿En qué otro
pudiera pensar?

Don Fernando.

Que ella
es incapaz de dar oidos
á las amantes finezas
de un galan.

Doña Teresa.

¿Quién duda eso?
Veo que por esas tierras
donde has andado habrás visto
mugeres que. . . . .

Don Fernando.

Vi una de ellas,
que cansada, como tú,
de la dilatada ausencia
de su esposo, prestó oidos
á las mentidas finezas
de un galan.

Doña Teresa.

¡Ola! ¿Eso viste?
Bien digo yo, cosa es cierta
que se adelanta muchísimo

viajando.

Don Fernando.

¡Cuál se chancea! *Aparte.*
Alguna vez me escribiste
que aliviabas tu tristeza
dibuxando.

Doña Teresa.

Florecillas.

Don Fernando.

Tuviera gusto de verlas.

Doña Teresa.

Las borraba en el instante.

Don Fernando.

¿Y por qué?

Doña Teresa.

No salian buenas.

Don Fernando.

Pues tú sabes dibuxar.

Doña Teresa.

No tenia la cabeza
para nada.

Don Fernando.

Ya; seria
por el dolor y la pena
de no verme.

Doña Teresa.

Te aseguro
que no me era tu presencia
en extremo necesaria
para que pintar pudiera

con acierto.

Don Fernando.

Es increible *Aparte.*
este descaro.

Doña Teresa.

Contempla
que es tarde, y vienes de un viage
dilatado: mejor fuera
que te acostases.

Don Fernando.

Primero
tengo yo que salir.

Doña Teresa.

¿A estas
horas? ¿Tan tarde?

Don Fernando.

Es preciso.
Esta noche he de dar cuenta
de mi comision.

Doña Teresa.

Lo extraño.

Don Fernando.

En la tropa son estrechas
las leyes.

Doña Teresa.

Ya lo contemplo.

Don Fernando.

Y mi obligacion .....

Doña Teresa.

¡Oh! esa

es sagrada. Esposo mio,
vete pues, no te detengas:
cumple con tu obligacion,
y cuida que sea la vuelta
cuanto antes.

Don Fernando.

Te aseguro
que en extremo me interesa.
Me ha conocido, no hay duda: *Aparte.*
todas estas indirectas
de nuestra conversacion
claramente manifiestan
que sabe soy el autor
de las músicas. No, ella
pretende darme algun chasco,
y es preciso estar alerta.
Pero ese maldito cuadro. . . .
Voyme á pensar una treta,
para que burlada quede. *Vase.*

Doña Teresa.

Eh, ya marchó á la pelea
el exército enemigo.
Gracioso es sobremanera
ver á un marido empeñado
en sitiar su casa mesma,
y tomarla por asalto.

Sale Picard.

Monsieur marchó.

Doña Teresa.

Norabuena.

Picard.

Y bien; veamos un poco:
¿qué se ha de hacer cuando vuelva?

Doña Teresa.

Dexarle entrar.

Picard.

Sa va bien:
mays, madam, yo quisiera
ver un petit tour de ingenio
por burlarle.

Doña Teresa.

Sí, mi idea
es divertirme á su costa.
Mira, quita de esta pieza
las luces.

Picard.

¿Pour qua, madam?

Doña Teresa.

Porque en materia
de estas citas amorosas,
es de precisa etiqueta
la obscuridad.

Picard.

Soy contento:
marchará sobre tinieblas
vuestro esposo.

Doña Teresa.

Su retrato
alumbrado con dos velas
pondrás en mi gabinete;

pues yo quiero que en él sea
donde entre mi esposo.

Picard.

¡Bravo!
voy con grande diligencia
á hacerlo.

Doña Teresa.

Si, date prisa,
no sea que nos sorprenda.

Picard.

Veremos qué figura hace
allá con sus grandes velas.

Obscuro. Se entra las luces al foro donde está el retrato.

¡Ola! Mr. D. Fernando,
vmd. parece se encuentra
convertido en Santo; pero
á vmd. le falta paciencia
para serlo. *Dentro dan dos palmadas.*

Doña Teresa.

Con efecto:
despacha, que hace la seña.

Picard poniendo el cuadro.

¡Oh diablos, qué pronto vino!

Doña Teresa.

Yo me retiro: tú queda
encargado en recibirle.
Dile aquello que tú quieras;
condúcele al gabinete,
y al punto cierra la puerta,

echado el cerrojo.

Picard.

¿Y luego?

Doña Teresa.

Ya lo verás, que la seña

Repiten dentro otras dos palmadas.

repite, y no quiero yo
impacientarle.

Picard.

Yo á medias
sé el plan. Eso sí, la tos *Tose Teresa.*
es una cosa muy buena
para estos lances. ¡Qué diablos!
Los amorosos se encuentran
siempre con el constipado.

Doña Teresa.

Yo me retiro: tú observa
las órdenes que te he dado.

Picard.

Tout de suyt ... Voyla, que llega,
vamos á ser confidentes.

Entra Juanillo por la ventana.

Mr., pasar á esta pieza,
y atenderá en breve rato
la venida de su bella.
Aunque mi amo es muy celoso,
Madam doña Teresa
es astuta como un diablo.
Yo entiendo de estas pequeñas
aventuras, y los dos

le engañamos. Nata tema:
yo espero será contento
cuando sepa la fineza
con que le sirvo. ¿Vmd. calla?
¿no me dice tan siquiera
bien obligué?.... Por las señas
conozco que vmd. no gusta
hablar conmigo.... Si fuera
en lugar de un confidente
una bella confidenta,
vmd. gastára su tiempo
con gusto, ¿eh? Alon, apriesa.

Entra Juanillo.

Ya está en la trampa el paxáro;
y ahora cierro yo la puerta
porque no vole. *Cierra.*

Dentro Doña Teresa.

¿Canuto?
¿Picard?

Picard.

¡Ola! ¿con qué idea
serán estos grandes gritos?

Dentro Doña Teresa.

¿Canuto?

Sale Canuto, y tropieza con Picard.

Allá voy.

Picard.

Vmd. vea
por donde core.

Canuto.

¡Qué diablos
he de ver, si esta la pieza
obscura!

Picard.

Eh bien, por lo mismo
no se core.

Sale Doña Teresa.

¡Qué paciencia!
¿Adónde estabais metidos?

Picard.

Yo, madam....

Doña Teresa.

¿Y que no hay velas
en casa?

Picard.

Ha sido el gran viento,
que las apagó.

Doña Teresa.

Encendedlas
en el momento.

Canuto.

Allá voy... *Vase.*

Picard.

Veremos lo que hará ella
con su prisionero: el chasco
será gracioso por fuerza.
Ya trae Mr. Canuto
la chandelle.

Sale Canuto con luz.

Doña Teresa.

Poned la mesa,
que quiero cenar.

Picard.

¿Cenar?

Canuto.

¿Decis que ponga la mesa?

Doña Teresa.

Si.

Picard.

Pero.... yo no entiendo *Ap.*
su intencion.

Canuto.

¿Con que la cena
quereis?

Doña Teresa.

¿Por qué lo extrañais?

Canuto.

¿Sin aguardar á que venga
mi amo?

Doña Teresa.

Ya es tarde, y no quiero
aguardarle.

Canuto.

Quizás vuelva
al instante.

Doña Teresa.

Obedecedme.

Picard.

El demonio que la entienda. *Aparte.*

Alon: ¿Voy á dar ayuda
á vmd.?

Canuto.

Dásela á tu abuela,
que yo no la necesito. *Vanse los dos.*

Doña Teresa.

Despachaos. ¡Qué extrañeza
les causa el ver que me pongo
á cenar! Si mis ideas
supiesen, no lo extrañaran.
Señor celoso, vmd. sepa
que por hoy se acostará
sin cenar; y pues se empeña
en poner sitio á su casa,
tambien es ley de la guerra
que yo le quite los víveres.

Salen Canuto y Picard con platos.

Canuto.

¿Con quién habla?

Picard.

Las francesas
gustan de hacer soliloquios
cuando tienen hambre.

Canuto.

Es bella
costumbre. Pero mi amo
cómo tarda tanto..... y ella
que aguardaba á su galan.....
Yo no lo entiendo.

Picard.

Está puesta
la tabla.

Doña Teresa.

Santa palabra.

Canuto.

¿Pero, señora, vmd. cena
sin esperar á su esposo?

Doña Teresa.

Los viageros mas desean
acostarse que cenar.

Picard.

Sela é bre.

Canuto.

Pero pudiera
ser que mi amo.....

Doña Teresa.

Habrá comido
en la posada.... ¡Qué bella
perdiz! Toma este aloncito. *A Picard.*

Picard.

Alon, madam.

Doña Teresa.

Es fineza
por lo mucho que te estimo.
Canuto, como se empeña
en aguardar á su amo,
no querrá probar siquiera
un bocado.... Ola, amiguito,
¿no está vmd. bien? *Golpes dentro.*

Canuto.

¿Quién golpea?

Doña Teresa.

¿No lo sabes?

Canuto.

¿Yo, de dónde?

Doña Teresa.

Vaya, no te hagas de nuevas.

Picard.

Es un paxáro enjaulado.

Doña Teresa.

Mi esposo es: el miedo dexa;
y da gracias que tambien
no te encierro, pues tu eras
su confidente. . . . . Da golpes; *Golpes.*
pero no esperes la cena
por esta noche. . . . . La cama;
y eso será como sea.

Canuto.

Pero, señora, yo estoy
como un lelo. . . . . ¿En esa pieza
vuestro esposo?

Doña Teresa.

Disimula
que lo sabes; mas no creas
que me engañas.

Canuto.

¿Con que á vmd.
le parece?. . . . .

Doña Teresa.

Picard, llega
ese plato.

Picard.

¡Oh! estos, los
calabacinos rellenas.

Doña Teresa.

¿Calabacines? me gustan. *Golpes fuertes.*

Picard.

Voyla monsieur, que á la puerta
demanda sus calabazos.

Doña Teresa.

Bien fuera que se las diera,
pues un necio de justicia
las merece. Si, golpea; *Golpes.*
todo es en vano.

Sale D. Fernando.

Picard.

¡Oh Mondieu!

Doña Teresa.

¡Mi esposo!

Canuto.

¡Mi amo!

Doña Teresa.

Estoy muerta!

Don Fernando.

¡Ola! ¿qué estabas cenando?
¿no respondes? ¡Qué sorpresa
os ha causado mi vista!

Picard.

¡Como no llamó á la puerta
Monsieur!

Don Fernando.

Tengo picaporte:
¿á que he de llamar? ¿Que tiemblas?
Toma el sombrero.

Picard.

Alla voy.

Don Fernando.

¿Cómo has pedido la cena
sin aguardarme?

Doña Teresa.

Lo dixe.....

Picard.

Madama tiene jaqueca.

Don Fernando.

Madama no necesita
que otro responda por ella.

Picard.

Guy monsieur. Este hombre es brujo:
¿como, cerrada la puerta, *Ap.*
ha salido?

Doña Teresa.

Esposo mio,
mi turbacion.....

Don Fernando.

Es la muestra
de que estás arrepentida.
Vaya, sientate á la mesa

y cenemos.

Canuto aparte á D. Fernando.

Que hay un hombre
encerrado allí.

Don Fernando.

¿Te sientas?

Doña Teresa.

No me hallo con apetito.

Don Fernando.

Sin embargo, aunque no sea
sino por acompañarme.

Doña Teresa.

Obedezco. *Se sienta.*

Don Fernando.

Si tú hubieras
corrido lo que he corrido,
mas apetito tuvieras.

Canuto aparte á él.

No os chanceeis: mirad que un hombre
hay encerrado en la pieza.

Don Fernando.

Como que voy á cenar
grandemente.

Canuto.

De esta hecha
me vuelvo loco. . . . . ¡Mi amo *Ap.*
se pone con tal paciencia
á cenar, y no hace caso
de nada!

Don Fernando.

¡Muger, si vieras
qué embrollos y laberintos
ha motivado mi ausencia
en el regimiento! Vaya,
si cuando un hombre se ausenta
de su casa, á la venida
solo se halla travacuentas
y embrollos.

Picard.

Doble sentido *Aparte á ella.*
tiene la frase.

Doña Teresa.

Estoy muerta.

Picard.

¡Oh, madam! el golpeador *Ap. á ella.*
parece calla.

Doña Teresa.

Dios quiera *Ap. á él.*
que no repita los golpes.

Picard.

¿Quién podrá ser?

Doña Teresa.

Anacleta
te engañó.... ¿Que hombre será ese?

Don Fernando.

Picard, llega la botella.

Picard.

Alla voy.... ¡Gran Dios!
Golpes, y deja caer la botella.

Don Fernando.

¿Qué es esto?

Doña Teresa.

Amado esposo, no creas
que yo.....

Don Fernando.

¿Qué golpes son estos,
Picard?

Picard.

¿Yo?.... ¡Qué ojos me echa!
¿Adónde me esconderé?

Doña Teresa.

Esposo, las apariencias
engañan.

Don Fernando.

Yo no te entiendo.
¿Quién es quien llama á esa puerta?

Canuto.

Aqui hay un lance.

Don Fernando.

Responde.
Pero esa turbacion mesma
me dice.....

Doña Teresa.

¡Esposo!

Don Fernando.

Yo mismo
lo veré.

Doña Teresa.

Mi muerte es cierta:

huyamos.....

Vase corriendo; él corre detras.

Don Fernando.

Eso queria.

Picard.

¡Oh monsieur! tener clemencia
de madam. ¡Mas qué diablos!
él se rie.

Canuto.

Y á la mesa
se sienta.

Don Fernando.

Vamos cenando.

Canuto.

Señor, ¿y aquel que golpea?

Don Fernando.

Será un galan de mi esposa.

Canuto.

¡Alabo vuestra paciencia!
Vaya, él se ha vuelto frances.

Don Fernando.

Picard, llega otra botella;
y mira que no la tires
como la otra ¿Qué tiemblas?

Picard tembiando.

¿Yo?..... *Golpes.*
¡Qué hombre imprudente!

Don Fernando.

Caballerito, vmd. vea
que estoy cenando; despues

trataré de sobremesa
ese punto. . . . . *Golpes.*

Canuto.

No parece
que le gusta tanta flema.

Picard.

Ved un hombre bien extraño,
que tiene ahora tanta priesa
porque le maten.

Don Fernando.

Los postres.

Canuto.

Estos son. *Golpes.*

Don Fernando.

¡Oh, no creyera
que fueseis tan imprudente!
Vaya, os abriré la puerta
ya que os empeñais. *Abre, y sale Juanillo.*

Canuto.

¡El asistente! Todo era
chasco y no mas.

Juanillo.

Entre vmd.,
y se verá con candelas
como un muerto. *Se asoma D. Fernando.*

Don Fernando.

¡Mi retrato
es aquel!

Picard.

Madam Teresa

le pintaba ocultamente.

Don Fernando.

¡Qué amor tan fino! *Aparte.*

Ya es fuerza

que brindemos celebrando

su habilidad.

Juanillo.

Eso era

lo que buscaba llamando:

vi se trataba de cena,

y yo tengo mucha hambre;

con que llamaba á la puerta

porque me tocase algo.

Don Fernando.

Bien hecho.

Picard.

Maldito seas

tú con tu hambre: ¡qué susto

nos has dado!

Don Fernando.

Toma esta

pechuga.

Juanillo.

Asi como asi,

ha dado Doña Teresa

los alones al franchute.

Don Fernando.

¡Ola! ¿qué daba finezas

á su criado? Ya es justo

que de la misma manera

obsequie al mio. Canuto,
toma.

Canuto.

Sea en hora buena,
y me alegro no haya alones,
que hartos oigo yo en la lengua
de ese Mr.

Don Fernando.

Pues ahora
no ha de probar tan siquiera
un hueso.

Picard.

Es bien astuto.
¡Quién esta burla creyera!

Don Fernando.

¡Ola! ¿hablas solo?

Canuto.

Dexadle:
me ha contado que en su tierra
divierten asi la hambre
con soliloquios.

Juanillo.

¡Qué buena
moda para los soldados!

Dentro Doña Teresa.

Abre, Fernando.

Don Fernando.

No creas
tal cosa.

Juanillo.

Mi capitan,
no la abra vmd. tan siquiera
porque queria dexarle
sin cenar; y aun dixo ella
que en cuanto á la cama habria
sus intringulis.

Don Fernando.

Paciencia,
y aguante su encierro.

Dentro Doña Teresa.

Abre.

Picard.

Monsieur, va basta de fiestas.

Dentro Doña Teresa.

Abre, ó alboroto el barrio.

Don Fernando.

Juanillo, ¿qué me aconsejas?
¿la abriré, o no?

Juanillo.

Si señor;
ábrala vmd. esa puerta;
que al fin, como dixo el otro,
el hombre es hombre, y las hembras
son mugeres.

Canuto.

Tuvo el otro
mucha razon.

Juanillo.

Tan siquiera

que coma los postres.

Don Fernando.

Bien;
por ser los postres, que venga.

Sale Doña Teresa.

No soy tan humilde yo,
que reciba por fineza
los postres. *Se sienta enfadada.*

Don Fernando.

No quiere vmd.
acompañarme á la mesa?

Doña Teresa.

No señor.

Don Fernando.

Mira, Juanillo,
asi las damas francesas
obsequian á sus maridos.

Juanillo.

¡Oh, señor, son cosas esas
de estrangis..... *Comiendo.*

Doña Teresa.

Mira, Picard,
los españoles se empeñan
en subir por las ventanas
á sus casas.

Picard.

Eso era
por estrangis.

Don Fernando.

Si ellos suben,

solo es porque las francesas
los abren.

Doña Teresa.

Y cuando suben
¿qué es lo que en su cuarto encuentran
sino su propio retrato?

Don Fernando.

¿Y ellos qué damas obsequian,
sino sus propias esposas?

Canuto.

Señor, dexaos de cuentas:
todo lo que ha sucedido
es por estrangis. Bien fuera
hacer las paces.

Doña Teresa.

Por mi
le declaro eterna guerra,
pues duda de mi constancia,
y llego á tener sospechas
contra mi honor.

Don Fernando.

Eso no:
á pesar de la apariencia,
siempre te juzgué inocente.

Doña Teresa.

¿Pues á qué fingir la ausencia,
y andar rondando mi calle?

D. Fernando.

¿Y á qué tienes la imprudencia
de abrir sin saber á quién?

Doña Teresa.

Si abri la ventana, era
por saber que tú me dabas
las músicas.

Picard.

Anacleta
me contó la grande intriga.

Canuto.

¡Ola, tales confidencias
tiene mi esposa con él!

Doña Teresa.

Informada de la pena
que me daba el ver ausente
á mi esposo, fue prudencia
aliviarmelas, contando
su maliciosa cautela.

Don Fernando.

Esa cautela que llamas
maliciosa, fue una prueba
de lo mucho que te estimo.
Conocí que estabas cierta
de que yo era quien rondaba
la calle; y con la sospecha
de que tratabas de darme
algun chasco que sirviera
para enmendarme, dispuse
que ese soldado subiera
en mi lugar.

Juanillo.

Si señora:

siempre Juan soldado lleva
el peligro, y la victoria
es del capitan: yo era
quien cantaba aquel jaleo,
y estaba la noche entera
llamando á vuestras ventanas.

Doña Teresa.

Vuestro capitan debiera,
pues conoce mi virtud,
no exponerse á tales pruebas,
que me han ofendido mucho.

Don Fernando.

Bien dices. Pero esta ofensa
lleva en sí misma el perdon.

Doña Teresa.

Le concedo muy de veras.

Juanillo.

Toquemos la retirada,
pues las paces ya estan hechas.

FIN.

Errata. En la pág. 3, verso 2.°, donde dice *sin riego de que me vean*, lease *sin rissgo de que me vean.*

LOS ZELOS INFUNDADOS,

ó

el marido en la chimenea:

COMEDIA ORIGINAL EN DOS ACTOS

por Don Francisco Martinez de la Rosa.

MADRID.

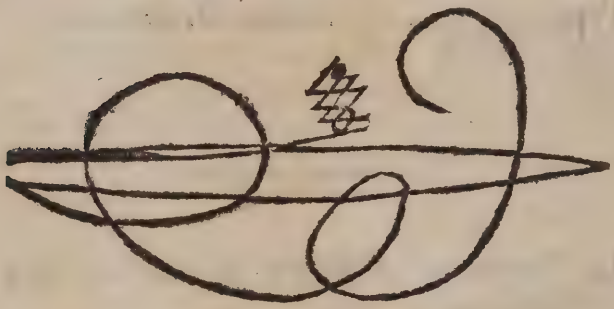
Imprenta de Repullés.

Enero. — 1833.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Anselmo. . . .	*Sr. E. Noren.*
Doña Francisca. . .	*Sra. C. Samaniego.*
Don Cárlos.	*D. C. Latorre.*
Don Eugenio. . . .	*Sr. J. Valero.*
Juan.	*Sr. A. Guzman.*
Pepa.	*Sra. R. Gonzalez.*

La Escena es en Cádiz en casa de Don Anselmo.

Quien reimprima esta Comedia sin licencia del Autor será perseguido ante la ley.



ACTO PRIMERO.

(El teatro representa una sala mediana con puerta á cada lado: una que conduce á la calle, y otra á las habitaciones interiores de la casa: en el testero de la sala habrá una chimenea francesa, que denotará estar apagada y cubierta con una mampara fácil de abrir y cerrar: habrá un bufete con recado de escribir, sillas y adornos decentes.)

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y DON CÁRLOS. (1)

DON EUGENIO.

¡Frasquita!

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay hermano mio!

DON CÁRLOS.

Eso me gusta: otro abrazo,
otro por mí... pero, ¡calle!
¿A qué viene ahora ese llanto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible que te veo
al cabo de tantos años?

DON EUGENIO.

Sí; ya me tienes aqui.

(1) Doña Francisca aparecerá cosiendo, y al ver á su hermano se arroja en sus brazos: don Eugenio, y detras don Carlos, en la accion de entrar.

DON CÁRLOS.

Y tan gordo y colorado
como un.....

DOÑA FRANCISCA.

¿Vienes bueno?

DON EUGENIO.

Algo cansado
de navegar mes y medio...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y padre?

DON CÁRLOS.

¿El Tio?.. tan guapo.

DOÑA FRANCISCA. (1)

Yo no te esperaba á tí...

DON EUGENIO.

Si se le puso en los cascos
el venir á acompañarme,
y no hubo remedio humano...
Deja solo al pobre viejo,
su escritorio abandonado...

DON CÁRLOS.

¿Pues vengo á estarme algun siglo?..
En viendo á Cádiz me marcho.

DON EUGENIO.

Y mientras... Mas de lo hecho
no hay que hablar. (2)
Se me hace estraño
el no ver á tu marido...

DOÑA FRANCISCA.

Salió esta tarde temprano

(1) A don Cárlos.
(2) Siéntanse.

á esperarte: y yo no sé...

DON EUGENIO.

Está el muelle tan poblado
de gente...

DOÑA FRANCISCA.

Pues fue al instante
que de la torre avisaron
que llegaba la fragata...

DON EUGENIO.

Padre le celebra tanto,
que deseo conocerle...

DON CÁRLOS.

Yo tambien.

DOÑA FRANCISCA.

No te ha engañado;
es honrado, generoso,
de buen fondo...

DON CÁRLOS.

¿Qué apostamos
á que tiene una gran falta?

DON EUGENIO.

¿Qué sabes tú?

DON CÁRLOS.

¿Pues no es claro?
¡Muger propia y tanto elogio!
Solo intenta abrir el paso
á algun pero... y pero grande...

DOÑA FRANCISCA. (1)

¡Ay!

DON CÁRLOS.

¿Lo ves?

(1) Suspirando.

DON EUGENIO.

Pero sepamos
qué defecto... ¿No lo dices?

DON CÁRLOS.

¿Es un poco aficionado
al juego?

DOÑA FRANCISCA.

Ni ve los naipes.

DON CÁRLOS.

¿Se suele *alegrar*, hablando
á estilo de caballeros,
por no decir si es *borracho*?

DOÑA FRANCISCA.

Nada menos.

DON CÁRLOS.

No lo digas,
que voy á dar en el clavo:
le gustan mucho las hijas
de Adan.

DOÑA FRANCISCA.

Jamas lo he notado...

DON CARLOS.

Pues prima, si eso es asi,
¿hay mas que canonizarlo?
ni juega, ni se embriaga,
ni le gustan picos pardos...

DON EUGENIO.

¿No te quiere?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¡Ojalá
que no me quisiera tanto!

DON CÁRLOS.

¡A Dios! ¿Es zeloso el pobre?

Pues buen trabajo le mando:
marido entrado en edad
y muger de pocos años,
¿qué habia de suceder?
En verdad hemos andado
muy torpes.

DON EUGENIO.

Tienes razon;
pero tú...

DOÑA FRANCISCA.

Jamas le he dado
el mas mínimo motivo;
pero él vive atormentado,
y me hace infeliz á mí.

DON CÁRLOS.

¿Y no hay medio de curarlo
de esa manía?

DOÑA FRANCISCA.

Ninguno.

DON EUGENIO.

Yo le hablaré.

DOÑA FRANCISCA.

Será en vano;
le convencerás, y luego...

DON EUGENIO.

Tiene juicio, y se hará cargo
de la razon.

DON CÁRLOS.

¡Gran proyecto!
¿Razones á un loco? ¡Bravo!

DON EUGENIO.

¿Pues qué remedio?

DON CÁRLOS.

Uno solo:
á un zeloso un desengaño.

DON EUGENIO.

¿Pero cuál?

DON CÁRLOS.

Hacerle ver
que con rejas y candados
la muger puede pegarla,
aunque la guardára el diablo:
que no es bueno descuidarse;
pero que tambien es malo
incitar á las ofensas
con recelos infundados:
en fin, que un marido cuerdo
es como el que tiene al canto
del camino real un huerto;
conviene que esté al reparo
y tome sus precauciones,
que eso es muy propio de un amo;
pero viva persuadido
á que si el mismo hortelano
da la fruta y no la guarda,
fiesta tendrán los muchachos.

DOÑA FRANCISCA.

Si te oyera mi marido...

DON CÁRLOS.

Si lo dejais á mi cargo,
yo me atrevo á convencerle...

DON EUGENIO.

¿Pues no dijiste?..

DON CARLOS.

¿Y acaso

intento yo convertirle
con sermones? Ni soñarlo:
al que adolece de zelos,
si no le cura algun chasco
de que él propio se avergüence,
es enfermo desahuciado.

DOÑA FRANCISCA.

Pues temo que mi marido
se encuentre ya en ese caso.

DON EUGENIO.

¿De cierto?

DOÑA FRANCISCA.

Tu lo verás:
cortés, afable en su trato,
de buena conversacion,
de talento despejado;
pero en tocando á ese punto,
le vuelven de arriba abajo:
da lástima... y lo peor
es que un maldito criado
le da cuerda á su mama,
y acaba de trastornarlo.

DON EUGENIO.

¡Bribon!

DOÑA FRANCISCA.

Le estafa, le engaña,
le cuenta embustes forjados
en su cabeza; me acecha,
me va siguiendo los pasos,
y despues le mete chismes...

DON CARLOS.

¡Vaya! Es preciso curarlo;
no hay recurso; yo lo haré:

lo primero, es necesario
que conozca á ese tunante...

DOÑA FRANCISCA.

Varias veces lo he intentado,
pero en valde; ¡está tan ciego!..

DON CARLOS.

Pues yo voy... ¿Pero quedamos
en que corre de mi cuenta?..

DOÑA FRANCISCA.

¿El qué?

DON CARLOS.

Dejar cuerdo y sano
al loco de tu marido.

DON EUGEEIO.

¡Cosas tuyas!

DON CARLOS.

¿Qué apostamos?

DOÑA FRANCISCA.

No es obra fácil.

DON CARLOS.

Pues antes
he de hacer otro milagro:
¿ves á ese espía, mas fiero
que un eunuco de serrallo?
Pues le he de hacer corredor
de amores contra su amo.

DOÑA FRANCISCA.

No le conoces.

DON CARLOS.

Yo sé
lo que son esos bellacos:
son como perros de puerta;
á una sombra, á un espantajo,

le ladran, se avanzan, muerden:
viene un ladron disfrazado,
les echa un poco de pan,
y le dejan libre el paso.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué humor tienes!

DON CARLOS.

A la prueba:
yo ya he dicho que me encargo
de la empresa, y estoy cierto...

DON EUGENIO.

Pero, ¿cómo?

DON CARLOS.

Estoy pensando...
y me ha ocurrido... ¿Quereis
que yo me finja tu hermano? (1)

DOÑA FRANCISCA.

¿Para qué?

DON CARLOS.

Lo vereis luego...

DOÑA FRANCISCA.

Eso no.

DON CARLOS.

¿Pues qué arriesgamos
en ello?

DON EUGENIO.

¿Pero á qué fin?..

DON CARLOS.

Dejadme á mí: yo le hablo;
finjo que eres un amigo
que me viene acompañando;

(1) A doña Francisca.

tu caro esposo se avispa;
seducimos al criado;
y cuando esté todo á punto,
le damos un desengaño.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no me atrevo...

DON CARLOS.

¿Por qué?
Es verdad, tendrá un mal rato;
pero despues...

DOÑA FRANCISCA.

Ni por pienso.

DON CARLOS.

El mismo tiene que darnos
las gracias...

DOÑA FRANCISCA.

¡Y he de inquietarle!...

DON CARLOS.

¿Pero con quién? Con tu hermano.

DOÑA FRANCISCA.

Despues se avergonzará...

DON CARLOS.

Pues eso es lo que buscamos.

DOÑA FRANCISCA.

No me resuelvo.

DON CARLOS.

Supon
que nos salga bien el chasco:
rabiará dos ó tres dias;
pero queda luego sano,
y por fuerza ha de alegrarse...
¿Nos sale mal? aguantamos
que se ria á costa nuestra,

y esa diversion le damos:
él siempre gana.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si mientras
sucediere algun fracaso?

DON CARLOS.

¿Y qué puede suceder?
¿No está siempre en nuestra mano
hacerle ver, cuando quiera,
que el amante es su cuñado,
que yo soy un primo loco,
que le ha vendido el criado,
que tú eres muger de bien?..

DOÑA FRANCISCA.

Mientras duda...

DON CARLOS.

¡Buen reparo!
¿Y qué dudará? ¿Unos dias?
Conozco yo mas de cuatro
maridos que dudan siempre,
y no están tristes ni flacos.

DOÑA FRANCISCA. (1)

¿Pero tú, qué dices?..

DON EUGENIO.

¿Yo?
Que este lo encuentra muy llano,
y despues...

DON CARLOS

¿Mas tú qué hallas
dificil?..

(1) A don Eugenio.

DON EUGENIO.

Mucho.

DON CARLOS.

Veamos.

DON EUGENIO.

Lo primero y principal,
que no soy yo para el caso.

DON CARLOS.

¿Pues tú qué tienes que hacer?
Para el enredo yo basto;
tú no harás sino callar.

DON EUGENIO.

¿Y he de estar siempre callado?

DON CARLOS.

No tal.

DON EUGENIO.

Pues lo echo á perder.

DON CARLOS.

¿Y no hay remedio?.. Finjamos
que eres algo sordo: asi
hablas poco, muy despacio,
piensas antes lo que dices,
y en viéndote en un mal paso,
recurres á la sordera,
callas y te haces morlaco.

DON EUGENIO.

Para hacer bien el papel...

DON CARLOS.

Tienes mucho adelantado:
naturalmente eres serio,
y poco hablador.

DON EUGENIO.

Al cabo

tengo que fingir amores...

DON CARLOS.

¡Por cierto que es gran trabajo!
¿Hombre, no te da vergüenza?
Si me dieran un ducado
por cada vez que los finjo,
tuviera ya un mayorazgo.

DON EUGENIO.

Pide talento...

DON CARLOS.

Eso sí;
pide un talento tan raro,
que la mozuela mas tonta
da leccion al mas pintado.

DON EUGENIO.

Pero al fin, ¿no tengo yo
que seducir al criado?

DON CARLOS.

¡Gran empresa! Ni la toma
de Granada costó tanto.

DON EUGENIO.

Es preciso ir poco á poco...

DON CARLOS.

Ponle una bolsa en la mano,
y escusa andar con rodeos;
en diciéndole tú claro,
esto quiero, ya verás
si él sabe proporcionarlo.

DOÑA FRANCISCA.

En dejándote á ti hablar...

DON CARLOS.

Pues ya me vais enfadando
con tantas dificultades.

DON EUGENIO.

¿Y si por un raro acaso
sospechara don Anselmo?..

DON CARLOS.

¿Cómo puede sospecharlo?
No nos ha visto en su vida;
digo que soy su cuñado;
su muger misma lo apoya;
tú, apesar de ser su hermano,
poco ó nada le pareces...
pues aunque se vuelva diablo,
¿cómo puede recelar?..

DOÑA FRANCISCA.

¡Quién sabe!

DON CARLOS.

Entonces nos damos
por vencidos.

DON EUGENIO.

Mucho temo...
que á las primeras de cambio...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no quisiera...

DON CARLOS.

Pues ya
lo hemos de ver.

DON EUGENIO.

Suenan pasos...

DON CARLOS.

Con efecto...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, y es él...
Yo ya estoy toda temblando;
mejor fuera...

DON CARLOS.

Chito, hermana,
que yo soy mayor y mando.

ESCENA II.

DICHOS Y DON ANSELMO. (1)

DON ANSELMO.

¡Hola!.. Dispénseme usted,
si he estado fuera de casa...

DON CARLOS.

Ya nos debemos tratar
con toda la confianza
de hermanos.

DON ANSELMO.

Con mucho gusto:
fui al muelle...

DON CARLOS.

Me lo acaba
de decir esta.

DON ANSELMO.

Mas viendo
que usted tanto se tardaba,
le pregunté á un marinero
que vi llegar en la lancha,
y me dijo que ya habia
dejado á usted en la plaza.

DON CARLOS.

Con efecto, así que pude

(1) Levántanse todos: don Cárlos se adelanta á dar la mano á don Anselmo; este saluda á don Eugenio, que le contesta con gravedad.

no perdí tiempo: las ganas
de pisar tierra eran muchas;
y el abrazar á una hermana
tan querida...

DON ANSELMO.

Eso es muy justo;
tambien ella lo anhelaba...

DON CARLOS.

Crucé el muelle; nos dejamos
ahí en la fonda de Malta
el equipage; y un mozo
nos trajo aqui sin tardanza.

DON ANSELMO.

¿Y este caballero?

DON CARLOS.

¡Oh!
Es mi amigo y camarada,
muy estimado de padre...

DON ANSELMO.

Yo celebraré que haya
ocasion en que servirle...

DON CARLOS.

No le ha dado á usted las gracias,
porque quizá no lo ha oido.

DON ANSELMO.

¿Pues qué?..

DON CARLOS.

Es que tiene la falta
de ser un poco teniente.

DON ANSELMO.

¡Qué dolor!

DON CARLOS.

Si no le hablan

con trompetilla, es en valde.

DON ANSELMO.

Y tan mozo...

DON CARLOS.

Y de una casa
tan principal: es quizá
el mas rico de la Habana...
Don Felix de Uganorrea...

DON ANSELMO.

¿Es asi como se llama?

DON CARLOS.

Sí señor.

DON ANSELMO.

¿Es vizcaino?

DON CARLOS.

Solo el nombre lo declara;
nació en el mismo Bilbao.

DON ANSELMO.

¿Será muy noble?..

DON CARLOS

¡Ahí es nada!
Sabe usted que hasta los hongos
nacen nobles en Vizcaya.
Pero él no hace caso de eso:
con su talento le basta;
aunque asi parece un bruto...

DON ANSELMO.

¡Hombre!

DON CARLOS.

Si no oye palabra:
en no alzando mas la voz,
se queda como una estátua.

DON ANSELMO.

Pues es lástima; que es jóven,
y tiene muy buena traza...

DON CARLOS.

Aun son mejores sus prendas;
solo le notan la falta
de ser muy enamorado...

DON ANSELMO.

Los mozos tienen á gala
el serlo.

DON CARLOS.

Pero no asi;
si no hay soltera ó casada
que esté á salvo...

DON ANSELMO. (1)

Me parece
que quizá tendrá usted ganas
de descansar, ó si gusta
de que allá dentro le hagan...

DON CARLOS.

No señor... pues, como digo...

DON ANSELMO.

Con navegacion tan larga...

DON CARLOS.

Pero ha sido divertida:
las horas se nos pasaban
oyéndole relatar
los lances que les jugaba
á los padres y maridos...
Ya se vé; con buena estampa,
muchos doblones, talento,

(1) Interrumpiéndole.

y hasta yo no sé qué gracia
que le presta la sordera...
Ello es una estravagancia;
pero al fin mugeres.

DON ANSELMO.

Cierto.

DON CARLOS.

¿No llevo razon, hermana?

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué se yo!..

DON CARLOS.

Todas sois unas;
yo digo las cosas claras.

DON ANSELMO.

¿Qué tienes?

DOÑA FRANCISCA.

Nada.

DON ANSELMO.

Creí...
como estabas tan callada.

DOÑA FRANCISCA.

Me sorprendió el verle entrar...

DON ANSELMO.

No es estraño; os aguardaba
conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

Así... de repente...

DON CARLOS.

Despues de una temporada
de seis años... Pues á padre
aun ya le parece larga
la ausencia de pocos meses.

DON ANSELMO.

Siempre con su buena pasta,
y tan gordo... ¿No es asi?

DON CARLOS.

Ya verá usted por sus cartas
su buen humor... en trayendo
el equipage...

DON ANSELMO.

Me agrada
aquel genio tan alegre...

DON CARLOS.

Siempre está como unas Pascuas:
¡vaya! si le viera usted
riyéndose á carcajadas
con los lances de don Felix...
Bien que los cuenta con gracia.

DON ANSELMO.

Pues parece taciturno.

DON CARLOS.

En tomando confianza
con la gente... verá usted
los ratos que nos aguardan
con él; se reirá usted mucho...
¿Y tú por, qué no le hablas, (1)
no estrañe?..

DON ANSELMO. (2)

¿Está usted cansado?

DON EUGENIO.

¿Casado yo? No, á Dios gracias;
aficionado no mas.

(1) A doña Francisca.
(2) A don Eugenio con viveza.

DON CARLOS.

¡Qué! si por allá le llaman
Herodes de los maridos...
Ya se ve, como que arma
tal degüello de inocentes!

DON ANSELMO.

¡Pues no tiene mala fama!

DON CARLOS.

Y la merece... quisiera
que ahora mismo nos contara...

DON ANSELMO.

Ahora no... en otra ocasion...

DON CARLOS.

Si él en eso no se cansa...
Sentémonos.

DON ANSELMO. (1)

Tome usted...

DON EUGENIO.

Está muy bien empleada...

DON ANSELMO.

Suplico á usted...

DON CARLOS.

Toma esta...
Aqui, al lado de mi hermana.

DON ANSELMO.

Es que...

DON CARLOS.

Fuera ceremonias;
con este son escusadas (2)

(1) A don Eugenio.

(2) Al tomar las sillas intenta don Anselmo, como por via de cumplimiento, alargar una á don Eugenio, y colocarse entre él y su muger; don Euge-

Yo le trato como á hermano;
y por eso, aunque él pensaba
buscar un alojamiento...

DON ANSELMO.

Hay escelentes posadas
en Cádiz; yo sé de una...

DON CARLOS.

Como él nunca se separa
de mí...

DON ANSELMO.

En esta misma calle...

DON CARLOS.

Y sé que tanto os agrada
la franqueza...

DON ANSELMO.

Con efecto;
si quiere dinero, cama,
ó muebles...

DON CARLOS.

No es menester;
Yo le he ofrecido esta casa...

DON ANSELMO.

Usted es muy dueño de ella;
pero...

DON CARLOS. (1)

Yo siempre contaba
con esa respuesta.

nio finge rehusarlo cortesmente, y don Cárlos hace que quede don Eugenio junto á doña Francisca, y que don Anselmo se siente junto á él, llamándole contínuamente la atencion.

(1) Interrumpiéndole.

DON ANSELMO.

Pero,
aunque parece tan ancha...

DON CARLOS.

Pues es bastante espaciosa.

DON ANSELMO.

Lo aparenta la fachada,
mas en el fondo...

DON CARLOS. (1)

¿Qué tal?

DON EUGENIO.

¿Eh?

DON CARLOS. (2)

¿Ves el lujo que gastan
los comerciantes de Cádiz?
Mi buen hermano se halla
estrecho en este palacio...

DON EUGENIO.

¡Oh! ¡Pues es hermosa casa!

DON ANSELMO. (3)

Es muy incómoda; mucho.

DON EUGENIO.

Pues siendo cómoda, basta.

DON ANSELMO. (4)

Es ya sordo de remate.

DON CARLOS. (5)

Suele estar como una tapia;

(1) A don Eugenio.
(2) Recio.
(3) Recio á don Eugenio.
(4) A don Carlos.
(5) A don Anselmo.

pero en hablándole recio...
Mi hermano siente en el alma (1)
no alojarte cual quisiera;
pero ofrece...

DON EUGENIO.

Muchas gracias;
yo en cualquier parte estoy bien.

DON CARLOS. (2)

Es tan grande su eficacia,
que con nada está contento.

DON EUGENIO.

Yo no sé cómo pagára
tanta fineza...

DON ANSELMO. (3)

Por mí...
Pero la alcoba es tan mala...

DON EUGENIO.

Usted, señor, me confunde;
yo no me merezco nada.

DON ANSELMO. (4)

Muy calorosa en verano...

DON EUGENIO.

¡Qué! Viniendo de la Habana,
no se estrañará el calor...

DON ANSELMO. (5)

Y acude luego una plaga
de mosquitos...

(1) Alto á don Eugenio.
(2) Idem.
(3) Idem.
(4) Idem.
(5) Idem.

DON EUGENIO.

Yo me pongo
mi mosquitero en la cama,
y no les temo.

DON ANSELMO. (1)

Mi esposa
durmió en ella una semana,
y no pudo resistir...
¿No es verdad? (2)

DOÑA FRANCISCA.

Cierto.

DON ANSELMO.

Pasaba
unas noches... que lo diga...

DOÑA FRANCISCA.

Es asi.

DON ANSELMO. (3)

Yo me alegrara
tener otra proporcion;
pero...

DON EUGENIO.

Me faltan palabras
para decir cuánto aprecio...

DON CARLOS.

Me parece que ya basta
de cumplimientos, señores.

DON ANSELMO. (4)

Mejor fuera...

(1) Alto.
(2) A doña Francisca.
(3) Recio á don Eugenio.
(4) A don Eugenio.

DON EUGENIO. (1)

Gracias; gracias.

DON CARLOS. (2)

¿No ofrece usted lo que tiene?
¿Pues qué mas? En una sala
podemos vivir los dos...
Tú lo dispondrás, hermana,
como mejor te parezca,
que ahora vamos á que traigan
el equipage. (3)

DOÑA FRANCISCA.

Está bien.

DON CARLOS. (4)

Si usted no se incomodara,
y quisiera acompañarnos...

DON ANSELMO.

Vamos.

DON CARLOS.

Porque esa canalla
de mozos, en conociendo
forasteros, los estafan.

DON ANSELMO.

Es asi.

DON CARLOS. (5)

Si tú no quieres
venir...

DON EUGENIO.

Bueno.

(1) Interrumpiéndole.
(2) A don Anselmo.
(3) Levántanse todos.
(4) A don Anselmo.
(5) A don Eugenio.

DON CARLOS.

No haces falta,
que mi hermano va conmigo.

DON ANSELMO.

Es que siempre acomodara...

DON CARLOS.

¿Para qué?

DON ANSELMO.

Si son el diantre;
y la pegan, aunque haya
cien testigos...

DON CARLOS.

No haya miedo.

DON EUGENIO.

¿Con que no voy?

DON CARNOS. (1)

Nos aguardas
aqui.

DON ANSELMO. (2)

Bien podeis venir.

DON CARLOS.

A la otra puerta.

DON EUGENIO.

¿Qué?

DON CARLOS.

Nada.
Que estás gordo.

DON EUGENIO.

Si soy sordo,
¿qué le hemos de hacer?

(1) A don Eugenio.
(2) A don Eugenio, que finge no oirle.

DON CARLOS.

Ya escampa.

DON EUGENIO.

Harto siento incomodar...

DON ANSELMO.

En hablándole en voz alta...
Que venga usted con nosotros. (1)

DON EUGENIO.

Bien...

DON CARLOS. (2)

O si no tienes gana,
y quieres quedarte...

DON EUGENIO.

Bien.

DON ANSELMO. (3)

Mientras hablamos, se pasa
el tiempo... Vamos, don Felix. (4)

DON CARLOS.

Pues yo me quedaré en casa,
y eso gano; ustedes van...

DON ANSELMO.

¡Viva, viva! Asi me agrada,
con franqueza.

DON EUGENIO. (5)

¿Y tú no vienes?

DON ANSELMO. (6)

Quiere estarse con su hermana

(1) Muy recio á don Eugenio.
(2) En igual tono á don Eugenio.
(3) Interrumpiéndole.
(4) Cojiéndole amistosamente del brazo.
(5) A don Cárlos.
(6) Recio á don Eugenio.

hablando de la familia.

DON EUGENIO.

Bien hecho.

DON ANSELMO. (1)

Vámonos.

DON CARLOS.

Vayan
ustedes con Dios... ¡Ah! Oye: (2)
Cuenta alguna de tus gracias
por el camino.

DON EUGENIO.

Otro dia...

DON CARLOS. (3)

Oirá usted sus humoradas...

DON ANSELMO.

Bueno.

DON CARLOS.

Os dará mucho gusto
el ver cómo tiene maña
para tanto enredo... á cuatro
engañaba en una casa.

DON ANSELMO.

¡Cuatro mugeres, y juntas!..
No puede ser.

DON CARLOS. (4)

Dos hermanas,
madre y tia, ¿cuántas son?

(1) A don Eugenio.
(2) Llamando recio á don Eugenio y deteniéndole.
(3) A don Anselmo.
(4) Con rapidez.

DON ANSELMO.

Es dificil.

DON CARLOS. (1)

Le contaba
lo de las cuatro...

DON EUGENIO.

¿Qué cuatro?

DON CARLOS. (2)

Cuando á un tiempo enamorabas...

DON EUGENIO.

No eran cuatro.

DON ANSELMO. (3)

¿Lo vé usted?

DON CARLOS.

Pues...

DON EUGENIO. (4)

Cinco con la criada.

DON ANSELMO. (5)

Queden ustedes con Dios.
(¡Maldita sea tu casta!)

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA Y DON CARLOS. (6)

DON CARLOS.

¡Qué vanderilla que lleva!

(1) Recio á don Eugenio.
(2) Idem.
(3) A don Cárlos.
(4) Presentando los dedos de la mano.
(5) Llevandose de un tiron á don Eugenio.
(6) Siéntanse.

No es el susto para menos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ves lo que yo te decia?
Si yo conozco su genio.

DON CARLOS.

No pensé que fuera tanto;
es mucho asunto.

DOÑA FRANCISCA.

Mas siento
su mal rato que no él.

DON CARLOS.

Ha sufrido en sus adentros
el martirio... se notaba
que estaba el pobre violento.

DOÑA FRANCISCA.

Yo ya estuve si descubro...

DON CARLOS.

Pues buena la hubieras hecho.

DOÑA FRANCISCA.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Todo se perdia.

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte nada espero.

DON CARLOS.

Yo sí.

DOÑA FRANCISCA.

Verás cuál te engañas.

DON CARLOS.

Pronto tenemos de verlo:
el principio salió bien;
él se ha tragado el anzuelo,
y lo lleva... ¿No notaste

sus escusas y rodeos
por deshacerse del huésped?
¡Pues no digo el otro aprieto
de dejarle aqui contigo!
Yo tuve por buen acuerdo
que toser, por no reirme;
pero el don Felix tan serio,
que por poco hasta yo mismo
dudo si es sordo en efecto.

DOÑA FRANCISCA.

Yo me hallaba tan turbada,
que si llego á hablar...

DON CARLOS.

Por eso
yo estaba siempre á los quites.

DOÑA FRANCISCA.

Trabajo en valde.

DON CARLOS.

Veremos.

DOÑA FRANCISCA.

Si no puedes tú creer...
Yo le estimo como debo,
conozco sus buenas prendas,
le quiero... pero hay momentos
que casi, casi... Bien sé
que nace de mucho afecto
su manía; mas con todo,
es un contínuo tormento.
Si salgo y viene conmigo,
va á mi lado sin sosiego;
si él no puede, va el criado;
y algunas veces de intento
me deja ir sola, y despues

me va siguiendo á lo lejos.
¡Pues no digo en el teatro!
Si miro al patio, si vuelvo
los ojos á cualquier parte
ó saludo á algun sugeto,
ya está en ascuas; y al contrario,
si siquiera pestañeo
por atender á la escena,
se le viene al pensamiento
que algun cómico me gusta.

DON CARLOS.

Eso no es vivir.

DOÑA FRANCISCA.

Prefiero
Casi siempre estarme en casa;
pero ¿qué? Cuando yo pienso
que fue al negocio mas grave,
vuelve con cualquier pretesto...
ya se le ofreció un papel,
ya se le olvidó el pañuelo;
y mientras mas disimula,
por no mostrar sus recelos
y disgustarme, peor;
él se pudre en sus adentros
y me quema á mí. — "¿Quién vino? —
Nadie -- Pensé... pues encuentro
esta silla en otro sitio...
y está caliente el asiento."
Suelo enfadarme, y entonces
conoce el pobre su yerro,
y dice que fue una chanza...
Por lo demas, nada tengo
de que quejarme, me adora,

me da gusto en cuanto quiero...

DON CARLOS.

Pues es lástima que un hombre
tan cabal, tenga un defecto
tan ridículo...

DOÑA FRANCISCA.

Es asi.

DON CARLOS.

Y si encontrara á lo menos
algun motivo...

DOÑA FRANCISCA.

Seguro.

DON CARLOS.

Pero en picándose en zelos,
se vuelven tontos los hombres...
¿Y qué adelantan con eso?

DOÑA FRANCISCA.

Nada; si quisiera una...

DON CARLOS.

Ahora mismo se está viendo: (1)
despues de tanto trabajo,
fue tu marido contento
porque se llevaba al otro;
y está el pobre muy ageno
de que yo no soy tu hermano...

DOÑA FRANCISCA.

Pues cuando llegue á saberlo...

DON CARLOS.

¿Qué importa? Ya será tarde.

(1) En este punto va á salir por la puerta interior el criado, pero se detiene y se pone á escuchar lo que hablan los dos; mientras ellos continúan sin echarlo de ver.

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte mucho temo
que lo llegue á recelar...

DON CARLOS.

¿Somos acaso tan lerdos?

DOÑA FRANCISCA.

Pero él es muy malicioso.

DON CARLOS.

En logrando nuestro objeto,
mas que despues lo malicie.

DOÑA FRANCISCA.

Quizá él no caiga tan presto;
pero si entiende el criado...

DON CARLOS.

¿Pues acaso es muy discreto?

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué discreto! Un animal,
tan picaro como necio. (1)

ESCENA IV.

DOÑA FRANCISCA, DON CARLOS, JUAN Y PEPA.

JUAN.

(¡A buena ocasion!)

PEPA.

Señora,
yo no he encontrado allá dentro
la llave de la despensa.

(1) Al llegar aqui siente el criado venir á Pepa; vuelve la cara y sale; viene ella detrás, y doña Francisca y don Carlos suspenden la conversacion.

DOÑA FRANCISCA.

Aqui está.

PEPA. (1)

Os estaba oyendo
ese bribon; yo le ví...

DOÑA FRANCISCA. (2)

¿Habrá estado mucho tiempo?

PEPA. (3)

No lo sé. (4) Voy á sacar...

DOÑA FRANCISCA.

Tómala, y traémela presto.

ESCENA V.

Los mismos, menos PEPA.

DOÑA FRANCISCA. (5)

¿Qué busca usted?

JUAN. (6)

Un papel;
y por aqui no lo encuentro...
no sé donde se ha caido...

(7) DOÑA FRANCISCA.

Lo oyó todo.

DON CARLOS.

No lo creo.

(1) Al oido á doña Francisca.
(2) Tambien bajo.
(3) Bajo.
(4) Alto.
(5) A Juan.
(6) Buscando por el fondo de la escena.
(7) Esta parte del diálogo la dicen uno y otro en tono bajo, como reservándose del criado.

DOÑA FRANCISCA.

Lo verás.

DON CARLOS.

Pues fuera chasco.

DOÑA FRANCISCA.

Tan al princípio...

DON CARLOS.

No pierdo
la esperanza todavia...

DOÑA FRANCISCA.

El diablo mismo lo ha hecho.

DON CARLOS. (1)

Pues padre me encargó mucho...

JUAN.

Nada, nada, no lo veo...

DOÑA FRANCISCA.

En la cocina...

JUAN.

No está.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ni en los otros cuartos?

JUAN.

Menos;
él ha de estar por aqui...

DOÑA FRANCISCA.

¿Por qué no lo buscais luego?

JUAN.

Es la cuenta... ¿y quiere usted
que esté con tanto sosiego? (2)

(1) En tono alto, viendo acercarse á Juan.
(2) Se aleja buscando.

DOÑA FRANCISCA. (1)
¿Ves su malicia?
DON CARLOS. (2)
Él se aguarda
por ver lo que coje al vuelo...
DOÑA FRANCISCA. (3)
Pues ha de llevarse chasco. —
¿Vamos al otro aposento, (4)
y en el balcon?...
DON CARLOS. (5)
Dices bien:
alli se verá á lo menos
pasar gente; y cuando venga
mi cuñado... (6)
DOÑA FRANCISCA. (7)
¿Ves?
DON CÁRLOS. (8)
Ya veo.
DOÑA FRANCISCA. (9)
Todo se perdió.
DON CÁRLOS. (10)
¿Por qué?
Ya se encontrará remedio. (11)

(1) Bajo á don Cárlos.
(2) Idem.
(3) Idem.
(4) Alto.
(5) Levántanse.
(6) Juan tose con malicia.
(7) Bajo á don Cárlos.
(8) Idem.
(9) Idem.
(10) Idem.
(11) Al irse los dos sale Pepa, da la llave á doña Francisca, y se dirige hácia Juan.

ESCENA VI.

PEPA Y JUAN.

PEPA. (1)
Tome usted. (2) Muy afanado
está un hombre.

JUAN.
Yo no tengo
que dar cuenta á usted ni á nadie.

PEPA.
Por si fuere de provecho...

JUAN.
A cien leguas de distancia.

PEPA.
Yo no he visto un caballero
mas galan con las mugeres...

JUAN.
¡Mugeres! En todas fuego.

PEPA.
¡Vaya! Ese es mucho rigor,
señor don Juan.

JUAN.
Yo me entiendo.

PEPA.
¿No habrá una escepcion siquiera?

JUAN.
Todas dentro de un mortero,
y la mejor...

(1) A doña Francisca.
(2) A Juan.

PEPA.

¿La dejais?

JUAN.

Para hacer el bota-fuego.

PEPA.

Gracias por tanto favor.

JUAN.

Es justicia á palo seco.

PEPA.

¿Pero no hay buena ni una?

JUAN.

Ni media.

PEPA.

Pues yo no puedo
creer que todas...

JUAN.

Si al nacer,
ya traen al diablo en el cuerpo...
No hay que reirse; á la prueba:
los muchachos son traviesos,
es verdad; pero no gastan
malicia alguna en sus juegos:
corren, saltan, se divierten
á la pelota, al hoyuelo,
con el trompo ó la pandorga,
segun lo requiere el tiempo:
pero ¿las niñas?... ¡Ya va!
Aun no se las ve en el suelo,
y ya juegan á visita,
á hacerse mil cumplimientos,
á hablar de novios y modas,
y responder á un requiebro. —
Que crecieron en edad;

aun no echan bien un remiendo
ni saben poner la olla,
y hablan ya de casamiento...
la risa, el llanto, el amor,
las rabietas y los zelos,
mentira todo, mentira,
para echar la red á un tiempo
á cien novios, y en la bulla
dejar al mas tonto dentro. —
Pues, señor, ya se casaron...

PEPA.

¿No acaba usted con su cuento?

JUAN.

Pues, como digo, se casan;
¿Pero se enmiendan por eso?
Al contrario, andan mas sueltas,
y echan á lucir su genio.
¿Para qué es fingir? Ya el pobre,
velis, *nolis*, está preso;
y ha de morir con la cruz,
si no las mata primero.
Pues que sufra ó que reviente;
luzcan ellas su cortejo,
y calle el pobre marido,
ó tenga en casa un infierno.

PEPA.

¿Pero todas?..

JUAN.

Sí señora,
todas: y las que creemos
con mas juicio, es porque saben
ocultar mejor el juego. —
Pero á mí no me la pegan;

yo, hija mia, las entiendo...

PEPA.

¿Y por qué lo dice usted?

JUAN.

Piensan que me mamo el dedo;
pero ya verán...

PEPA.

No sé...

JUAN.

Ni yo.

PEPA.

Pero ¿qué hay de nuevo?

JUAN.

Nada.

PEPA.

Por si era de ahora...

JUAN.

No señora: es ya muy viejo
el haber encubridoras
donde quiera que hay rateros.

ESCENA VII.

Dichos, DON ANSELMO, *y unos mozos que conducen equipage.*

DON ANSELMO. (1)

Cuidado al entrar... (2) Vé tú,
y condúcelos adentro.

(1) A los mozos.
(2) A Pepa.

ESCENA VIII.

DON ANSELMO Y JUAN.

JUAN.

¡Señor, señor!.. ¡qué traicion!

DON ANSELMO.

¿Qué dices, hombre?

JUAN.

No puedo
esplicarme mas.

DON ANSELMO.

¿Qué hay?

JUAN.

Si no puede usted creerlo...

DON ANSELMO.

Vamos, dílo.

JUAN.

¡Qué traicion!
¡y con un señor tan bueno!

DON ANSELMO.

Pero habla claro.

JUAN.

¡Bribones!
Ya está todo descubierto...

DON ANSELMO.

¿Qué?

JUAN.

¡Y usted tan confiado!

DON ANSELMO.

Vaya, acaba, majadero,
que estoy ya...

JUAN.

Lo sabrá usted...

DON ANSELMO.

Dílo pronto.

JUAN.

No me atrevo...

DON ANSELMO.

Acaba.

JUAN.

¿Lo digo?

DON ANSELMO.

Sí.

JUAN.

¿Y si os pesa?

DON ANSELMO.

Dílo presto.

JUAN. (1)

Nada: que os la pega el ama.

DON ANSELMO.

¡Hombre, calla, que me has muerto!

JUAN.

¿Pues no quiso usted?..

DON ANSELMO.

¿De veras?

Piénsalo bien.

JUAN.

Estoy cierto.

DON ANSELMO.

¿Quién te lo ha dicho?

JUAN.

¿A mí?.. nadie.

(1) Con frialdad.

DON ANSELMO.

¿Pues quién lo ha visto?

JUAN.

Yo mesmo.

DON ANSELMO.

No mas, Juan.

JUAN.

Con estos ojos.

DON ANSELMO.

¿Y cuándo?

JUAN.

No ha mucho tiempo.

DON ANSELMO.

¿Dónde?

JUAN.

En esta misma sala.

DON ANSELMO.

¿Con quién?

JUAN.

Con el forastero.

DON ANSELMO. (1)

Hombre de Dios, si es su hermano.

JUAN.

¿Su hermano?.. como mi abuelo.

DON ANSELMO.

No hablo del que fue conmigo...

JUAN.

Del que se quedó: ya entiendo.

DON ANSELMO.

Pues eso...

JUAN.

No es tal hermano.

(1) Respirando recio.

DON ANSELMO.

Juan, ¿estás loco?

JUAN.

Muy cuerdo.

DON ANSELMO.

Pero ¿quién pudo decirlo?

JUAN.

Ellos mismos lo dijeron.

DON ANSELMO.

Y ¿quién lo oyó?

JUAN.

Esta persona.

DON ANSELMO.

¿Cómo?

JUAN.

Sin notarlo ellos.

DON ANSELMO.

¿Dónde estabas?

JUAN.

En la puerta.

DON ANSELMO.

¿Lo oiste bien?

JUAN.

Si hablaban recio...

DON ANSELMO.

¿Pero qué hablaban?

JUAN.

Lo dicho.

DON ANSELMO.

¿Nada mas?

JUAN.

¿Y es poco eso?

DON ANSELMO. (1)

¿Dijo que no era su hermano?

JUAN.

Sí señor.

DON ANSELMO.

Pues no lo creo.

JUAN.

¿Lo ve usted?

DON ANSELMO.

Tú te engañaste.

JUAN.

¡Yo engañarme!

DON ANSELMO.

No hay remedio.

JUAN.

Me lleva el diablo...

DON ANSELMO.

Cuidado
no salga luego un enredo...

JUAN.

¿Es ese el pago que saco?
¡Yo enredador y embustero!

DON ANSELMO.

No digo tal...

JUAN.

Pero á bien
que yo la culpa me tengo;
y en callando lo demas...

DON ANSELMO.

¿Pues qué mas hay?

JUAN.

Si yo miento...

(1) Con énfasis.

DON ANSELMO.

No, Juan.

JUAN.

Si será otro chisme...

DON ANSELMO.

Por Dios, Juanito, y te ofrezco
un doblon...

JUAN.

Y creerá usted
que lo hago por el dinero.

DON ANSELMO.

No, Juan mio; dílo todo.

JUAN.

Pues señor, ellos dijeron
que van á engañar á usted:
la señora tiene miedo
de que usted descubra el ajo;
pero el otro caballero
dice que en logrando...

DON ANSELMO.

¡Calla!

JUAN.

Y despues del asno muerto...

DON ANSELMO.

Calla, por Dios.

JUAN.

Si lo oí...

DON ANSELMO.

¡Mi frasquita!.. Yo no puedo
persuadirme...

JUAN.

Tal vez sean
unos amores añejos...

DON ANSELMO.

Pero..

JUAN.

Quizá desde niños...

DON ANSELMO.

Ello es preciso saberlo.

JUAN.

¿Pues os queda alguna duda?

DON ANSELMO.

Sí, Juan; yo te lo confieso.

JUAN.

¿No basta que yo lo diga?

DON ANSELMO.

Sí; pero con todo, quiero
averiguarlo yo mismo...

JUAN.

¿Para qué?

DON ANSELMO.

Asi me convenzo.

JUAN.

¿Duda usted de mí?

DON ANSELMO.

No, Juan;
pero no puedo creerlo.

JUAN.

¿Por qué?

DON ANSELMO.

Si es casi imposible...
Si ellos saben que yo puedo,
á la primera sospecha,
descubrir todo el enredo...

JUAN.

Pues señor, lo dicho dicho.

DON ANSELMO.

Saben que yo estoy impuesto
en toda su parentela,
en los asuntos secretos
de su casa, en sus negocios;
y que al mas leve recelo,
con dos preguntas no mas...

JUAN.

Yo en mis trece me mantengo.

DON ANSELMO.

¿Pero, y las cartas que trae?

JUAN.

¿Las dió ya?

DON ANSELMO.

Las dará luego.

JUAN.

¡Pues!..

DON ANSELMO.

¡Y habian de atreverse!..

JUAN.

¡Qué se yo!

DON ANSELMO.

Pues no lo creo. —
La verdad, Juan, no te enojes:
tú has bebido sin remedio
algun traguillo de mas.

JUAN.

Si hace un mes que no lo pruebo.

DON ANSELMO.

Vamos, confiésalo, hombre...

JUAN.

Señor, que me caiga muerto...

DON ANSELMO.

No jures.

JUAN.

Si no he bebido...

DON ANSELMO.

Eso no es ningun defecto;
y en diciéndome que sí,
me vuelves el alma al cuerpo.

JUAN.

¡Si no lo he probado, dale!

DON ANSELMO.

Y aun me parece que advierto
en tus ojos...

JUAN.

¡Hay tal tema!

DON ANSELMO.

La verdad, ¿cuántas cayeron?

JUAN.

¿Por fuerza he de estar borracho?

DON ANSELMO.

Si yo mismo lo estoy viendo.

JUAN.

¿Qué ve usted?

DON ANSELMO.

Si lo confiesas,
te pago un tonel entero.

JUAN.

Pues digo que no, que no.

DON ANSELMO.

¿Con que te afirmas en ello?

JUAN.

Si señor.

DON ANSELMO.

Pues oye, Juan:
yo voy con maña primero
á tentar el vado...

JUAN.

Bien.

DON ANSELMO.

Si tu aviso sale cierto,
cuenta con un buen regalo;
pero sino...

JUAN.

Nada temo.

DON ANSELMO.

Mira que te acuerdas, Juan.

JUAN.

Si digo que me convengo.

DON ANSELMO.

Que voy ahora mismo...

JUAN.

Ahora.

DON ANSELMO.

Que quedas por embustero...

JUAN.

A buen seguro.

DON ANSELMO.

Pues vamos...

JUAN.

No hay que andar, que salen ellos.

ESCENA IX.

DON ANSELMO, JUAN, DOÑA FRANCISCA, Y DON CÁRLOS. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Te esperábamos allí;
y como tardabas tanto...

DON ANSELMO.

Iba ya; pero tenía
que darle á Juan un recado...

DON CARLOS.

¿Y don Felix?

DON ANSELMO.

Vendrá luego;
quedó en la fonda cuidando
del resto del equipage...

DON CARLOS.

Usted se habrá molestado...

DON ANSELMO.

No señor.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué tienes?

DON ANSELMO.

¿Yo?

DOÑA FRANCISCA.

Tienes el rostro alterado...

DON ANSELMO.

No es cosa...

(1) Salen los mozos descargados, pasan por detrás de los actores, y se van por la otra puerta.

DON CARLOS.

Y descolorido...

DON ANSELMO.

Me dí al subir un golpazo...

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué parte?

DON ANSELMO.

En la rodilla,
que vi estrellas.

DON CARLOS.

Unos paños
con aguardiente...

DON ANSELMO.

A la noche.

DOÑA FRANCISCA.

¿Para qué es tardar? ¿Los saco?

DON ANSELMO.

No; luego.

DON CARLOS.

Es que si se enfria...

DON ANSELMO.

En dando aqui cuatro pasos...
Ven, Juan.

JUAN.

Apóyese usted. (1)

DOÑA FRANCISCA.

¿Se va el dolor mitigando?

(1) Don Anselmo se pasea cojeando, apoyado en el brazo de Juan, y dirigiendo la palabra á don Cárlos, que estará al lado de doña Francisca, á quien hara señas con disimulo cuando los otros dos hablen aparte, que será cuando esten mas distantes, lo que formará un juego de teatro.

DON ANSELMO.

Un poco: si doy mas recio,
me quedo cojo en el acto.—
Yo conocí á vuestro tio...

DON CARLOS.

Aquel se encojó bailando.

DON ANSELMO.

Es verdad.

DON CARLOS.

Se lo oí mil veces.

DON ANSELMO.

¿No se llamaba?..

DON CARLOS.

Don Pablo
Escamilla.

DON ANSELMO.

Con efecto.

DON CARLOS. (1)

El estaba emparentado
con nosotros por dos partes:
mi abuelo y su padre hermanos;
él nuestro tio segundo;
y luego estuvo casado
con nuestra prima carnal,
doña Gertrudis Montalvo,
hija de tia Isabél,
á quien pasó el mayorazgo
por estinguirse las líneas
de los Mendez y los Castros...

DON ANSELMO.

Me lo contó vuestro padre...

(1) Con suma rapidez.

DON CARLOS.

¡Toma si os lo habrá contado!
En tocándole á esa tecla...
Me hizo aprender todo el árbol
genealógico.

DON ANSELMO. (1)

¿Ves, hombre?

DON CARLOS.

Lo sé como un papagayo.

DON ANSELMO.

¿Y aquel tio que fue á Lima
y gastaba gran boato?

DON CARLOS.

Buen comerciante español:
su padre juntó los cuartos;
él quiso hacerse marqués;
y andan sus hijos descalzos.

DON ANSELMO. (2)

¿Ves, Juan?

JUAN. (3)

Sonsáquele usted.

DON CARLOS.

El menor pega un petardo
al mas diestro.

DON ANSELMO.

Harto me escuece.

DON CARLOS.

Orden traigo de abonaros

(1) Aparte á Juan.
(2) Idem.
(3) En tono bajo.

por cuenta de padre...

DON ANSELMO.

¿Cómo?

DON CARLOS.

Si padre quiere pagarlo.

DON ANSELMO.

¿Para qué se mete en eso?

DON CARLOS.

Diez mil quinientos y tantos...

DON ANSELMO. (1)

Cabalmente. ¿Oyes, bribon? (2)

JUAN. (3)

Señor...

DON ANSELMO. (4)

Mira que te mato.

DON CARLOS.

En la cuenta de la azúcar...

DON ANSELMO.

Como usted guste. — ¿Y los paños
se vendieron bien?

DON CARLOS.

Los finos
sí señor; pero los bastos...

DON ANSELMO.

Eran...

DON CARLOS.

Treinta y siete piezas. (5)

(1) A don Cárlos.
(2) A Juan en tono bajo.
(3) Idem.
(4) Idem
(5) Don Anselmo tira un pellizco á Juan, que se queja.

JUAN.

¡Ay!

DON ANSELMO. (1)

Calla... (2) ¿Con que, baratos?

DON CARLOS.

Sí señor: no hubo otro arbitrio.

DON ANSELMO.

¿No se acuerda usted á cuánto?..

DON CARLOS.

Me parece... no estoy fijo;
pero es muy fácil mirarlo.

DON ANSELMO.

Quisiera...

DON CARLOS.

Pronto se sabe;
todas las cuentas las traigo
en el cofre mas pequeño...

DON ANSELMO.

No os incomodeis...

DON CARLOS.

Al cabo
tengo que abrirlo despues,
y me entretengo este rato.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO Y JUAN.

JUAN.

Oiga usted...

(1) A Juan.
(2) A don Cárlos.

DON ANSELMO.

Vete, tunante.

JUAN.

¿Pero...

DON ANSELMO.

Pronto.

JUAN.

Voy...

DON ANSELMO.

Volando.

JUAN.

¡Por las ánimas benditas!

DON ANSELMO.

No quiero hablar con borrachos.

ESCENA XI.

DON ANSELMO Y DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Estás enfadado?

DON ANSELMO.

No;
pero este Juan, en bebiendo
un trago, está tan penoso...
y no quiere conocerlo
y recojerse.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y la pierna?

DON ANSELMO.

Ya me va doliendo menos.

DOÑA FRANCISCA.

Pues te noto un no se qué...

DON ANSELMO.

La verdad, traigo un proyecto
hace rato en la cabeza...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y no puedo yo saberlo?

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues por qué no lo dices?

DON ANSELMO.

Si te empeñas...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no tengo
mas empeño que tu gusto.

DON ANSELMO.

Vas á pensar que son zelos...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no.

DON ANSELMO.

Y es curiosidad...

DOÑA FRANCISCA.

Está bien.

DON ANSELMO.

Si no me atrevo...

DOÑA FRANCISCA.

Dílo.

DON ANSELMO.

Te vas á reir.

DOÑA FRANCISCA.

No me reiré.

DON ANSELMO.

¿Y has de hacerlo?

DOÑA FRANCISCA.

Segun fuere.

DON ANSELMO.

Es un antojo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Puedo yo?

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

Pues lo ofrezco.

DON ANSELMO.

Tanto me ha hablado tu hermano
del dichoso torastero
y su don de enamorar,
que me ha ocurrido el deseo
de ver yo mismo su maña...

DOÑA FRANCISCA.

Él te dirá...

DON ANSELMO.

Si no es eso.
¿Qué gracia tiene el oirle,
como quien escucha un cuento?
Yo quiero verle en los lances,
sin que él sepa que le veo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y cómo?

DON ANSELMO.

De un modo fácil:
él ha de venir muy presto;
me escondo: te encuentra sola;
piensa que te habla en secreto;
y si es cual le pinta el otro,
te empieza á hundir á requiebros...

DOÑA FRANCISCA.

Déjate de tonterías.

DON ANSELMO.

¿Pero qué se pierde en eso?

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si no me dice nada?

DON ANSELMO.

Mejor, me quedo contento.

DOÑA FRANCISCA.

Pero, ¿no conoces?..

DON ANSELMO.

Sí,
que es necedad, lo confieso;
pero si soy muy curioso...

DOÑA FRANCISCA.

Si fuera asi.. pero veo
que eso es dudar aun de mí.

DON ANSELMO.

¡De tí! ¿Pues no te lo advierto?
A él solo se le arma el lazo;
tú sabes que estoy oyendo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que te obstinas?..

DON ANSELMO.

Muger,
te compro un rico aderezo
como me des ese gusto...

DOÑA FRANCISCA.

Si es tu gusto, me convengo.

DON ANSELMO.

Pues bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y dónde has de estar?

DON ANSELMO.

Ya lo he pensado: me meto
dentro de esa chimenea...

DOÑA FRANCISCA.

¡Hombre!

DON ANSELMO.

Verás como quepo.

DOÑA FRANCISCA.

Vas á estar como en un potro...

DON ANSELMO.

Es mi gusto, y no lo siento.

DOÑA FRANCISCA.

Con todo...

DON ANSELMO.

Miralo ahora. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Que viene gente...

DON ANSELMO.

A buen tiempo.

ESCENA XII.

Dichos y JUAN.

JUAN. (2)

Señor...

DON ANSELMO.

A dormir el lobo.

JUAN.

No es verdad...

(1) Alza la mampara de la chimenea, va á meterse, y al sentir pasos vuelve á cerrarla.
(2) Con timidez.

DON ANSELMO.

Ya estoy en eso.

JUAN

¿Está usted desengañado?

DON ANSELMO.

Sí, Juan, estoy satisfecho.

JUAN.

Es que yo...

DON ANSELMO.

Si te disculpo.

JUAN.

No fui yo...

DON ANSELMO.

Tu compañero.

JUAN.

¿Qué compañero?

DON ANSELMO.

Despues...

JUAN.

¿Me oirá usted?

DON ANSELMO.

Cuando estés fresco.

JUAN.

¿Con que eso es decir que estoy?..

DON ANSELMO.

¡Dale, bola! ¿Otra te pego?

JUAN.

Haga usted pruebas, señor.

DON ANSELMO.

¿Te acuestas, Juan ó te encierro?

JUAN.

Ensartaré treinta agujas...

DON ANSELMO.

Mas que ensartáras un ciento.

JUAN.

Mireme usted en un pie... (1)

DON ANSELMO.

¿Lo ves que te estás cayendo?

JUAN. (2)

Otra vez...

DON ANSELMO. (3)

No mas.

JUAN.

Ahora...

DON ANSELMO.

¿Te vas, bribon, ó te echo?

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO.

DON ANSELMO.

Gracias á Dios que se fue...
Asi que me esconda dentro,
te sientas delante, y hablas...

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

No me andes con peros;
¿no lo has ofrecido?

(1) Al ponerse estrivado en un pie, vacila y se apoya en el otro.
(2) Con la accion.
(3) Apartando con enfado la vista.

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

¿Quieres?

DOÑA FRANCISCA.

Bien.

DON ANSELMO.

Pues que hables recio.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué digo?

DON ANSELMO.

Cualquier cosa;
si es solo á ver si la entiendo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me siento?

DON ANSELMO.

Ahí delante. —
Vamos á ver... ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué es eso?

DON ANSELMO.

No es cosa.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te has hecho mal?

DON ANSELMO.

Fue un golpecillo ligero;
pero ya... ¡Bravo!

DOÑA FRANCISCA.

¿Estás bien?

DON ANSELMO.

Como un alcalde en su asiento.
A hacer la prueba. — A Dios, hija. (1)

(1) Segun van denotando los versos, al esconder-

DOÑA FRANCISCA.

"Buenas tardes, caballero..."

DON ANSELMO.

¿Has hablado ya?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, hombre.

DON ANSELMO.

Pues nada se oye de adentro.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué arbitrio?

DON ANSELMO.

Hablar mas alto.
(Ya que tiene ese defecto
el general enemigo,
vamos á sacar provecho.) (1)

DOÑA FRANCISCA.

"No está mi marido en casa;
fue á un asunto de comercio."

DON ANSELMO. (2)

Muger, ¿estás ronca?

DOÑA FRANCISCA.

¿Yo?

DON ANSELMO.

Si apenas percibo el eco.

se don Anselmo en la chimenea se da un golpe en la cabeza, pero sigue y se coloca en una postura ridícula; cierra despues; doña Francisca se sienta delante con la costura, y él quita ó pone la mampara, segun que habla con su muger, ó que haga pruebas á ver si oye lo que esta dice fingiendo hablar con otro.

(1) Cierra otra vez.
(2) Abriendo la mampara.

DOÑA FRANCISCA.

Pues hablé claro, muy claro.

DON ANSELMO. (1)

¡Vaya que sordo me he vuelto!..
Asi me voy á abrasar. (2)

DOÑA FRANCISCA.

Pues déjalo.

DON ANSELMO.

Ni por pienso;
ello ha de ser. Si pudiera...
¡Escelente pensamiento!

DOÑA FRANCISCA.

¿Cuál?

DON ANSELMO.

¿Querrás?

DOÑA FRANCISCA.

Sí no lo has dicho.

DON ANSELMO.

Díme tú que sí primero.

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

Es muy fácil.

DOÑA FRANCISCA.

Lo haré.

DON ANSELMO.

¿Lo prometes?

DOÑA FRANCISCA.

Lo prometo.

DON ANSELMO.

Pues oye: yo vi en Madrid

(1) Limpiándose los oidos.
(2) Saliendo fuera.

llevar algunos cocheros
un cordon de seda atado,
y tirarles desde adentro
del coche para llamarlos...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué tenemos con eso?

DON ANSELMO.

Que si quisieras...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué? sigue...

DON ANSELMO.

Aqui es muy fácil hacerlo...

DOÑA FRANCISCA.

¿El qué?

DON ANSELMO.

Yo te ato una cinta...

DOÑA FRANCISCA.

¡A mí!

DON ANSELMO.

Sí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero á qué efecto?

DON ANSELMO.

¿No lo has comprendido?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Es sencillo.

DOÑA FRANCISCA.

No te entiendo.

DON ANSELMO.

¿No quiero estar escuchando?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

¿No quiero que hables recio,
para oirlo todo?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

Bien:
pues asi que desde adentro
te tire un poco, es señal
de que en ayunas me quedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué cosas tienes!

DON ANSELMO.

Si es fácil:
en abriendo un agujero
á la mampara, por él
entra la cinta, y le observo...

DOÑA FRANCISCA.

Por Dios, hombre...

DON ANSELMO.

Asi descanso,
y sasisfago el deseo.

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

¿La cinta? Aqui hay una,
que ni de molde. (1)

DOÑA FRANCISCA.

No es eso.

(1) Sacándola del tabanque de la costura.

DON ANSELMO.

¿El pasarla? ¡Gran trabajo!
Mira .. asi... bien .. ya está hecho. (1)

DOÑA FRANCISCA.

Si lo que digo...

DON ANSELMO.

¿No quieres?

DOÑA FRANCISCA.

De pensarlo me avergüenzo.

DON ANSELMO.

¿Qué vergüenza? ¿Y quién lo sabe?
En entrándome en mi puesto,
te colocas tú muy cerca,
prendes en el brazo izquierdo
la cinta con este lazo... (2)

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si se ve?

DON ANSELMO.

¿Y el pañuelo
y la silla no la ocultan?
Tú finges que estas cosiendo;
viene, hablais... pero cuidado
que en tirándote con tiento,
es que levantes la voz...

DOÑA FRANCISCA.

Ya estoy.

DON ANSELMO.

Y si tiro mas recio,

(1) Coge las tijeras, abre el lienzo de la mampara, y pasa la cinta.

(2) Con el estremo de la cinta echa un lazo á propósito, y se lo da á doña Francisca, la que á su tiempo hace lo que han espresado estos versos.

es que no oigo una palabra...
¿Me entiendes?

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

DON ANSELMO.

Pues á ello. (1)
¡Ah!.. si te tiro tres veces,
es que ya aguantar no puedo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

DON ANSELMO.

Despedirle.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

DON ANSELMO.

Con cualquier pretesto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si no se fuere?

DON ANSELMO.

Salgo,
y echo á rodar los trebejos.

DOÑA FRANCISCA.

Esto ya raya en locura...

DON ANSELMO.

Gente suena... Vamos presto. (2)

(1) Va á meterse dentro de la chimenea, pero se detiene para decir lo que sigue.

(2) Don Anselmo se mete en la chimenea, cierra la mampara, y tiene desde adentro cojido uno de los estremos de la cinta, atada al brazo de doña Francisca.

ESCENA XIV.

Dichos y DON EUGENIO. (1)

DOÑA FRANCISCA. (2)

Dentro estará la criada;
dejadlo en el mismo cuarto...
Señor don Felix, mi esposo (3)
dejó al salir encargado
que le digesen á usted... (4)

DON EUGENIO.

¿Con que ha salido?..

DOÑA FRANCISCA.

Hace rato.

DON EUGENIO.

Lo celebro mucho.

DOÑA FRANCISCA.

Dijo
que en dejando despachado
un asuntillo muy breve,
iba á la fonda á buscaros.

DON EUGENIO.

Yo siento que se moleste;
mas si tengo de ser franco,

(1) Despues de sonar ruido de pasos, entran los mozos cargados, y cruzan la escena: detrás sale don Eugenio, á tiempo que doña Francisca le dirige la palabra, cuidando ambos en este diálogo de esforzar siempre la voz, escepto en las palabras que van entre comillas, que deben decirse en voz baja.

(2) A los mozos.

(3) A don Eugenio.

(4) Hace con disimulo una seña de que está en la chimenea.

el placer que ahora disfruto
de poder veros y hablaros...

DOÑA FRANCISCA.

Quizá esté allá...

DON EUGENIO.

Y no es de ahora
el tenerlo deseado;
los elogios que oí hacer
á vuesto padre y hermano
me dejaron de tal suerte,
al verlos hoy confirmados...

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted que ya habrá ido...

DON EUGENIO. (1)

Que me ha parecido un año
el tiempo que he estado fuera;
y ya que por dicha hallo
ocasion tan oportuna... (2)

DOÑA FRANCISCA.

No hay duda; estará esperando...
"Por Dios, hombre."

DON EUGENIO.

Fuera un crímen
dejarla pasar en claro. —
"Que la pague." Os lo confieso:
llegar, veros, admiraros,
y sentir ya...

DOÑA FRANCISCA.

Caballero,
usted está acostumbrado

(1) Sin atender á lo que ella le dice.
(2) Toma una silla y se coloca á su lado.

á la lisonja, y no gusto...

DON EUGENIO.

¡Lisonja decís! ¡qué engaño!
Con veros solo una vez,
se grabó vuestro retrato
donde el tiempo ni la ausencia
lograrán nunca borrarlo.
"Duro en él."

DOÑA FRANCISCA.

Esos obsequios
estan mejor empleados
en las solteras; nosotras...

DON EUGENIO.

¡Ah! ¿Por qué maligno hado
llego tan tarde á este pueblo?
No: ninguno fuera osado
á disputarme un tesoro...
¿Mas qué he de hacer en mi caso?
Verlo, callar con respeto,
y cuando mas envidiarlo.

DOÑA FRANCISCA.

"Calla por Dios."

DON EUGENIO. (1)

Y fortuna
de que en su casa me hallo,
que la veré á todas horas,
que oiré su acento...

DOÑA FRANCISCA.

Cuidado
no os oiga alguno, y presuma...

DON EUGENIO

¿Pues para qué hablais tan alto?

(1) Alzando la voz con vehemencia.

DOÑA FRANCISCA.

Como usted...

DON EUGENIO.

No soy tan sordo;
puede usted hablar mas bajo.

DOÑA FRANCISCA.

Antes noté...

DON EUGENIO.

¿Y comparais
el acento destemplado
de vuestro esposo, con ese
tan apacible y tan grato?
Nunca, nunca los oidos
cuando oye el alma, son tardos.

DOÑA FRANCISCA.

Yo le ruego á usted... "Que tira."

DON EUGENIO.

Si hablais recio, los criados
se enterarán... "No te entiendo."

DOÑA FRANCISCA.

"Que estoy atada del brazo."

DON EUGENIO. (1)

Id con Dios; yo voy detrás...
¡Qué gallegos tan pesados!

DOÑA FRANCISCA.

Repito á usted que mi esposo...

DON EUGENIO. (2)

Es por cierto afortunado
en gozar siempre la dicha
que gozo este breve rato.

(1) A los mozos que pasan y salen.
(2) Colocándose mejor en la silla.

"¿No lo quiere? pues que sufra."

DOÑA FRANCISCA.

Sin duda se le hará estraño
que no volvais con los mozos...
"Que aprieta"

DON EUGENIO.

Yo los alcanzo.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted que van de prisa...
"Que tengo ya hinchado el brazo."

DON EUGENIO.

Sin llevar una esperanza,
no me es posible dejaros...

DOÑA FRANCISCA.

Yo ruego á usted que se vaya...
"Que va de dos." (1)

DON EUGENIO.

Si retardo
obedecer vuestra órden,
culpad sólo á vuestro encanto...
pero si habeis de sentirlo,
obedezco, sufro y callo. (2)

DOÑA FRANCISCA.

"Que va de tres." Id con Dios.

DON EUGENIO. (3)

Ya cumplo vuestro mandato;
y sacrifico mi gusto
al temor de disgustaros. (4)

(1) Asi en este como en los demas pasages semejantes se debe percibir el movimiento de tirarle don Anselmo del brazo.

(2) Levantándose.

(3) Despidiéndose.

(4) Don Eugenio hace que se va: don Anselmo

¡Ay! ¡Si llevara el consuelo!..
pero soy muy temerario;
¿no es verdad?—Mas á lo menos,
no olvideis á un desdichado.

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA Y DON ANSELMO. (1)

DON ANSELMO.

¡Esto es una picardía!
y yo no quiero aguantarla.

DOÑA FRANCISCA. (2)

¡Jesus, cuánto polvo! Espera...

DON ANSELMO.

¡Pues salgo yo para gracias!

DOÑA FRANCISCA.

Pero yo, ¿qué culpa tengo?

DON ANSELMO.

¿Y yo á tí te digo nada?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues á quién?

DON ANSELMO.

Luego me oirás
con tu hermanito del alma...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y él acaso?..

abre la mampara para salir, y al advertir que el otro vuelve desde la puerta, cierra precipitadamente y se esconde.

(1) Doña Francisca se levanta y saca del brazo la cinta; don Anselmo sale de la chimenea lleno de polvo y colérico.

(2) Yendo á sacudirle el polvo.

DON ANSELMO.

De por fuerza
quererle meter en casa...

DOÑA FRANCISCA.

Escúchame, y no te enfades...

DON ANSELMO.

Sabiendo sus malas mañas...

DOÑA FRANCISCA.

Mira que estás engañado...

DON ANSELMO.

¡Vaya el sordo en hora-mala!

DOÑA FRANCISCA.

Yo ya estoy arrepentida...

DON ANSELMO.

Si contigo no va nada...

DOÑA FRANCISCA.

Pues óyeme...

DON ANSELMO.

¡Juan!

DOÑA FRANCISCA.

Escucha...

DON ANSELMO.

Yo soy dueño de mi casa.

DOÑA FRANCISCA.

Que es mi hermano...

DON ANSELMO.

Mas que riña
con él y toda tu casta.

DOÑA FRANCISCA.

Si es una equivocacion...

DON ANSELMO.

¡Juan!!, si no que está en la cama...
¡Juan!!!

JUAN. (1)

¡Señor!

DON ANSELMO.

Vete tú adentro.

DOÑA FRANCISCA.

Oye solo dos palabras...

DON ANSELMO.

Si voy al instante... ¡dale!
Espérame en la otra sala. (2)

ESCENA XVI.

DON ANSELMO Y JUAN.

DON ANSELMO. (3)

Juan, ahora sí.

JUAN.

¿No lo dije?

DON ANSELMO.

No creyera tal infamia.

JUAN.

Yo sí.

DON ANSELMO.

Díme con franqueza:
¿podrás llevar una carta?

JUAN.

¿Por qué no?

(1) Desde lejos.
(2) Durante esta escena don Anselmo discurre por el teatro con suma agitacion, y doña Francisca le sigue como para aplacarle, hasta que al fin se va esta á tiempo que sale Juan por la misma puerta.
(3) Despues de una corta suspension.

DON ANSELMO.

Pero, cuidado
no la pierdas ó te caigas...

JUAN.

¡Dale!

DON ANSELMO.

Míralo primero.

JUAN.

¿Volvemos á las andadas?

DON ANSELMO.

No te enfades; si tú puedes,
vas al instante á llevarla.

JUAN.

Con mucho gusto; y si es...

DON ANSELMO.

Para echar fuera de casa
al tal huésped...

JUAN.

Muy bien hecho.

DON ANSELMO.

Aqui... con cuatro palabras... (1)

JUAN.

No que no; bueno anda el tiempo
para dormirse en las pajas...
Lejos es y sopla el diablo;
con que, en estando arrimada
la estopa al fuego, ¿qué tal?..
Si usted un poco se tarda,
estrechan el parentesco
el hermanito y la hermana.

(1) Siéntase á escribir en un bufete: Juan en el interin se pasea por el teatro, entretenido en su conversacion.

Pero quiso Dios que pronto
se descubrió la empanada;
y aunque usted no me creyó...

DON ANSELMO. (1)

Poca prosa... y cuentas claras...

JUAN.

Al fin ha abierto los ojos:
yo por mí, si me casára,
aunque fuera mi muger
horrible, vieja y beata,
(que es tener en una pieza
los enemigos del alma)
ni de mi propia camisa,
con ser mia, me fiara.
Y aun asi... No hay que cansarse;
ningun marido se escapa:
¿es bonita la muger?..
Le dan hasta que la ablandan:
¿es fea?.. Mucho peor;
busca cortejo, y lo paga.
¡Ah, Juan! escarmienta en otros...

DON ANSELMO. (2)

No va mal... con esto basta. (3)
¿Con que estás en que la llevas
ahí á la fonda inmediata?..

JUAN.

Ya estoy.

DON ANSELMO.

Preguntas primero...

(1) Hablando consigo.
(2) Leyendo la esquela.
(3) Cerrándola.

JUAN.

¿Pero á quién he de entregarla,
si está ahí dentro?

DON ANSELMO. (1)

¿Cómo dentro?

JUAN.

Si le he visto en la otra sala...

DON ANSELMO.

¿A quién?

JUAN.

Al supuesto hermano.

DON ANSELMO.

Juan, ¿te dura la borrasca?

JUAN.

Si le he visto: ¡hay tal porfia!..

DON ANSELMO.

Vamos, vuélvete á la cama...

JUAN.

Yo voy á perder el juicio;
si está allí, junto á unas arcas,
revolviendo sus papeles...

DON ANSELMO.

Si no es ese.

JUAN.

Yo pensaba...
como comprendí que era
el que enamoraba al ama...

DON ANSELMO.

Pues bien.

JUAN.

¿Y no está allá dentro?

(1) Levantándose de pronto.

DON ANSELMO.

Si es el otro camarada...

JUAN.

¡Oiga! ¿Los dos van á medias?

DON ANSELMO.

¿Juan, ó demonio, no callas?

JUAN.

Ya callo.

DON ANSELMO.

Pues chito, y oye:
vas, preguntas si está en casa
don Felix... del apellido
no me acuerdo... él acababa
asi... en cosa de *gurréa*...
pero á bien que no hace falta:
preguntas por un sugeto
que ha llegado de la Habana,
jóven, alto, un poco sordo...

JUAN.

Bien está.

DON ANSELMO.

Le das la carta
de mi parte.

JUAN.

En propia mano.

DON ANSELMO.

Y te vuelves sin tardanza.

JUAN.

Asi lo haré.

DON ANSELMO.

Porque luego
tengo que salir de casa,
y es preciso que te quedes...

JUAN.

Eso sí; ponerle guardas
al corral, y el lobo dentro.

DON ANSELMO.

Bien, lo que quieras; despacha.

JUAN.

Pero, ¿no tengo razon?..

DON ANSELMO.

Ya lo veremos mañana;
anda, corre.

JUAN.

Quizá ahora
esten pelando la paba...

DON ANSELMO.

¡Maldito sea tu vino!
¿No vas?

JUAN.

Ya voy.

DON ANSELMO.

Pues acaba. —
Ya está despachado el sordo...
el cuñadito nos falta (1)

(1) Vase Juan por la puerta que conduce á la calle, y don Anselmo se entra por la de enfrente á tiempo de decir los dos últimos versos.

ACTO SEGUNDO.

(Es de noche: el teatro representa un gabinete; en el fondo un balcon cerrado: á la izquierda de los espectadores una puerta, que denota conducir á la calle; y á mano derecha dos puertas que dan entrada á lo interior de la casa: entre ambas habrá una mesa con libros, labores mugeriles, y dos bujias encendidas.)

ESCENA PRIMERA.

DON ANSELMO, DON CARLOS Y DOÑA FRANCISCA. (1)

DON CARLOS.

No señor, yo he de ir allá.

DON ANSELMO.

¿Pero á qué?

DON CARLOS.

¿Con que usted piensa
que voy á dejarlo asi?

DON ANSELMO.

Y yendo, ¿qué se remedia?

DON CARLOS.

Averiguar la verdad,
confundirle en mi presencia,
exigir satisfaccion...

(1) Doña Francisca estará hojeando un libro al lado de la mesa, y los otros dos en pie.

DON ANSELMO.

Vamos, tenga usted mas flema,
y nó tome tan á pecho...

DON CARLOS.

¿Y es usted quien lo aconseja?

DON ANSELMO.

Y el ofendido tambien.

DON CARLOS.

¡Pues alabo la paciencia!

DON ANSELMO.

Al pronto me incomodé;
pero asi que un hombre piensa...

DON CARLOS.

Pues debiera usted pensarlo
antes de darme las quejas.

DON ANSELMO.

Bien lo conozco... la sangre
se me subió á la cabeza;
pero no quise agraviaros...

DON CARLOS.

Yo no ando con etiquetas,
ni estoy con usted sentido...

DON ANSELMO.

A bien que ya con mi esquela
está remediado todo.

DON CARLOS.

Para que otra vez aprenda
á respetar cual se debe
una casa como esta.

DON ANSELMO.

En no volviendo á pisarla,
él allá se las avenga.

DON CARLOS.

¿Y á usted le basta?

DON ANSELMO.

A mí sí.

DON CARLOS.

Pues á mí no; que en materias
de honor...

DON ANSELMO.

Como es un amigo...

DON CARLOS.

Por eso es mayor la ofensa:
yo le traigo, le celebro;
usted le brinda, le estrecha
á vivir aqui conmigo,
y casi á admitir le fuerza...

DON ANSELMO.

Asi pasó.

DON CARLOS.

Y el ingrato
os va á pagar la fineza
con una accion tan villana...

DON ANSELMO.

En verdad, la cosa es fea.

DON CARLOS.

¿Y quiere usted que la dejo
sin castigo?.. Mas que fuera
mi propio hermano; eso no:
y por fin, si se dijera:
"fué despues de mucho tiempo;
cedió al cabo á la violencia
de una pasion reprimida..."
Vaya muy enhorabuena;
¡pero llegar y pegar!..

DON ANSELMO.

Yo, si usted no se ofendiera,
le diria...

DON CARLOS.

Diga usted.

DON ANSELMO.

Que los que tanto celebran
sus lances...

DON CARLOS.

Tienen la culpa:
¿no es asi?

DON ANSELMO.

Como usted quiera.

DON CARLOS.

No lo niego; y yo tambien...

DON ANSELMO.

A mí me causó sorpresa
que os hicieran tanta gracia
sus cosas...

DON CARLOS.

¿Y quién creyera
que hasta conmigo?..

DON ANSELMO.

Por eso
cuando á un marido le juegan
alguna burla pesada,
los solteros la celebran;
pero en entrando en el gremio,
no se rien tan de veras.

DON CARLOS.

Tiene usted razon; soy franco;
pero usted verá mi enmienda;
y si aplaudí sus locuras,

tambien sabré contenerlas.

DON ANSELMO.

No señor; ya se acabó...

DON CARLOS.

¡Acabarse! Ahora se empieza.

DON ANSELMO.

Yo estoy por medio...

DON CARLOS.

¡Eso no!

DON ANSELMO.

¿Y si la hermana se empeña?

DON CARLOS.

Mas que fuese...

DON ANSELMO. (1)

Habla, muger,
que parece que estás muerta.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué quieres tú que diga? (2)

DON ANSELMO.

¡Miren por dónde resuella!
¿Pues qué, no te has enterado?

DON CARLOS.

Mi hermana tiene vergüenza,
y hace muy bien en sentir
una infamia como esa.

DON ANSELMO.

Pero ¿qué muger se libra
de que un hombre se le atreva?

DON CARLOS.

¿Con que no debe afligirse?

(1) A doña Francisca.
(2) Levantase.

DON ANSELMO.

¿Y qué culpa tiene ella?
Vamos, sosiégate, hija; (1)
mira que me causa pena
el verte asi... ¿Quieres algo?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Levanta la cabeza;
habla, anímate... Si todos
conocemos tu inocencia...

DOÑA FRANCISCA.

Si no tengo nada...

DON ANSELMO.

¡Hay cosa!
Mire usted lo que me quema...

DOÑA FRANCISCA.

Pero...

DON ANSELMO.

Si yo me enojara,
si enfadado le dijera
una palabra mal dicha...

DON CARLOS.

Déjela usted que lo sienta.
Haces, Frasquita, muy bien;
pero corre de mi cuenta
tu desagravio, y sabré
dejar tu opinion bien puesta.

DON ANSELMO.

¡Esta es otra! ¿Pues quién tiene
ni la duda mas ligera?..

(1) Acércase á doña Francisca.

DON CARLOS.

Sosiega y fia en tu hermano;
yo sé cómo se manejan
estos lances...

DON ANSELMO.

Pero hombre...

DON CARLOS.

Cuerpo á cuerpo, donde él quiera...

DON ANSELMO.

Hermano, ó yo no me esplico,
ó usted no entiende mi lengua.

DON CARLOS.

Yo entiendo muy bien las cosas.

DON ANSELMO.

Pero óigame usted siquiera...

DON CARLOS.

Despues de ir allá y vengarme...

DON ANSELMO.

No saldrá usted por mis puertas.

DON CARLOS. (1)

Animo, hermana, que pronto
vas á quedar satisfecha...

DON ANSELMO.

Detenle, muger, por Dios,
no suceda una tragedia. (2)

(1) En ademan de querer irse.
(2) Don Anselmo detiene á don Carlos, á tiempo que ven llegar al criado.

ESCENA II.

Dichos y JUAN.

DON ANSELMO. (1)
¿Por qué no tardaste mas?
JUAN.
Me esperé por la respuesta...
DON ANSELMO.
¿Qué respuesta?
JUAN.
Aqui la traigo... (2)
Y tambien me dió esta esquela
para usted... (3)
DON CARLOS.
¿Veis qué osadía?
DON ANSELMO.
Veremos qué dice en ellas. (4)
DON CARLOS.
¿Qué ha de decir? Disculpar
su mala correspondencia.
DON ANSELMO. (5)
Con efecto.
DON CARLOS.
Pues á mí,
aunque me escriba una resma
de papel... (6)

(1) A Juan.
(2) Dale una carta.
(3) A don Cárlos.
(4) Lee para sí.
(5) Sigue leyendo.
(6) Lee.

JUAN. (1)

¿Qué tiene usted?

DOÑA FRANCISCA.

Estoy un poco indispuesta.

JUAN.

¿Y lo deja usted asi?
Si acaso fuere jaqueca,
con chocolate ó café...

DOÑA FRANCISCA.

Luego en lugar de la cena...

JUAN.

Mas vale ahora mismo... Voy.

DOÑA FRANCISCA.

Despues.

JUAN. (2)

Es que me interesa
que esté usted de buen humor...

DOÑA FRANCISCA.

No os entiendo.

JUAN. (3)

Tiempo queda.

DON CARLOS. (4)

Disculpas todo, disculpas;
mas conmigo ni por esas.

DON ANSELMO. (5)

Vete á dentro.

JUAN.

Ya me iba.

(1) Acercándose á doña Francisca.
(2) Con sigilo.
(3) Idem.
(4) Guardando la carta.
(5) A Juan.

ESCENA III.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO Y DON CÁRLOS.

DON ANSELMO.

Su carta está muy atenta;
y á no saber tan de fijo...

DON CARLOS.

¿Serán escusas?

DON ANSELMO.

Se empeña
en persuadirme que es falso
lo que le digo en mi esquela;
y lo atribuye á algun chisme...

DON CARLOS.

¿Pero la cosa es tan cierta
que no deje duda?

DON ANSELMO.

¿Duda?..
Ni por asomo siquiera.

DON CARLOS.

Usted tendrá allá sus datos.

DON ANSELMO.

De seguro.

DON CARLOS.

Pero cuenta
no esté usted mal informado...

DON ANSELMO.

Si os digo que no.

DON CARLOS.

Pudieran
haber entendido mal
alguna chanza ligera...

DON ANSELMO.

Pesadas y muy pesadas;
y no chanzas, sino veras.

DON CARLOS.

¿Y es de fiar quien lo dijo?

DON ANSELMO.

Yo no sé que nunca miente.

DON CARLOS.

Con todo... ¿lo fia usted?

DON ANSELMO.

Como si yo mismo fuera.

DON CARLOS.

Mucho crédito os merece;
y á veces el que uno piensa...

DON ANSELMO.

Pues suponga usted que fui.

DON CARLOS.

Es que hay mucha diferencia
de ser usted mismo ú otro...

DON ANSELMO.

Pues fui yo.

DON CARLOS.

Ya no me queda
rastro de duda: tan solo
que no entiendo la manera
de que usted pudiese oirlo...

DON ANSELMO.

Esas ya son otras cuentas:
repito que lo escuché..

DON CARLOS.

Pero si no estabais cerca...

DON ANSELMO.

Estaba alli mismo.

DON CARLOS.

¿Y cómo
quiere usted que yo lo crea?
Por atrevido que fuese,
de un marido en la presencia...

DON ANSELMO.

¡Dale! Si no me veía...

DON CARLOS.

Estariais en la puerta...

DON ANSELMO.

No señor.

DON CARLOS.

Pues no sé dónde...

DON ANSELMO. (1)

Estaba en la chimenea.

DON CARLOS.

¿De veras?.. ¡Cosa mas rara!

DON ANSELMO.

Cuando á un hombre le interesa...

DON CARLOS.

Decís bien; pero si yo
no supiera vuestras prendas,
pensara que erais zeloso,
y en estremo lo sintiera.

DON ANSELMO.

Pues no lo soy.

DON CARLOS.

Será cierto;
mas una accion como esa...

DON ANSELMO.

Fue mera curiosidad;

(1) Con impaciencia.

sino que lo diga ella... (1)
¿Estás muda?

DOÑA FRANCISCA.

No.

DON ANSELMO.

Pues habla,
porque tu hermano sospecha
que soy zeloso...

DOÑA FRANCISCA.

¿Tú?.. no...

DON ANSELMO.

Mas despacio.

DON CARLOS.

Que no sea
esto ocasion de disgustos.

DON ANSELMO.

No señor; pero me vuela
que no digan la verdad,
ó que la digan á medias.

DOÑA FRANCISCA.

Si dije que no, ¿qué mas?

DON ANSELMO.

Pero un no... de veinte leguas.

DON CARLOS.

Basta con que usted lo afirme.

DON ANSELMO.

Es que siento que usted crea...

DON CARLOS.

Yo no puedo imaginar
que usted tenga esa flaqueza.

(1) A doña Francisca.

DON ANSELMO.

Haceis bien.

DON CARLOS.

Y con efecto,
no os puedo dar mejor prueba
que creer lo que me decís,
aunque mi amigo lo niega.

DON ANSELMO.

Pasó asi.

DON CARLOS.

Si no lo dudo;
mas ya que se echa por tierra
el don Felix, y usted mismo
me aconseja la prudencia...

DON ANSELMO.

Mas vale.

DON CARLOS.

Si usted se aviene,
yo por mi parte quisiera...

DON ANSELMO. (1)

¿Volverle á meter en casa?

DON CARLOS.

No señor; que usted hiciera
un sacrificio en mi obsequio...

DON ANSELMO.

Segun y conforme sea.

DON CARLOS.

Nunca puedo yo exigir
cosa que os fuere molesta;
es solo en bien de la paz:
ya no es decente que vuelva

(1) Con viveza.

á vivir aqui don Felix...

DON ANSELMO. (1)

Ni soñarlo.

DON CARLOS.

Mas su ofensa
se le debe perdonar
á su edad y á su flaqueza...

DON ANSELMO.

No tengo en ello reparo.

DON CARLOS.

Por lo tanto conviniera
hablarse y quedar amigos...

DON ANSELMO.

Os juro que no me queda
ningun rencor.

DON CARLOS.

Pues no basta;
es menester que él lo sepa.

DON ANSELMO.

Se lo direis de mi parte.

DON CARLOS.

¿Y no le luciera mas fuerza
oirlo de usted?.. Eso sí
que fuera darle una prueba
de generoso y de noble.
¿No os quiso ofender? Pues vea
que usted lo olvida, y se brinda
á servirle en cuanto pueda.

DON ANSELMO.

Fuera de casa, en un todo.

(1) Interrumpiéndole.

DON CARLOS.

Si usted conmigo viniera
á la fonda...

DON ANSELMO.

¿Cuándo?

DON CARLOS.

Ahora:
no cabe mejor respuesta
á su carta.

DON ANSELMO.

Bien... mañana.

DON CARLOS.

¿Y por qué? La gracia es esa;
al momento de nacer,
cortar las desavenencias.

DON ANSELMO.

Me cuesta dificultad...

DON CARLOS.

En eso está la grandeza
de alma, en vencerse á sí mismo:
él tiene honor y vergüenza;
y al ver ese proceder,
ha de ser mayor su pena.

DON ANSELMO.

Es que...

DON CARLOS.

Vamos... usted sabe
las relaciones que median
entre los dos, la amistad
que mi padre le profesa,
y el obsequio es á nosotros...

DON ANSELMO.

Pues vamos enhorabuena.

DON CARLOS.

¡Viva! -- ¡Qué marido, hermana!

DON ANSELMO.

Sin duda usted se chancea:
¿qué mérito tengo en eso?

DON CARLOS.

Mucho mas del que usted piensa:
ya todo está concluido,
todo.

DON ANSELMO. (1)

Tan solo nos resta
que tú estés tambien alegre...

DOÑA FRANCISCA.

Estaré como tú quieras.

DON ANSELMO.

¡Juan!

JUAN. (2)

¿Manda usted?

DON ANSELMO.

Sal al punto.

ESCENA IV.

Dichos y JUAN.

DON ANSELMO. (3)

Ten cuidado con la puerta,
que voy á salir.

JUAN.

Muy bien.

(1) A doña Francisca.
(2) Desde adentro.
(3) A Juan.

DON ANSELMO. (1)

Es que estos dias se suenan
tantos robos por ahí...

DON CARLOS.

Nunca es mala la cautela.

DON ANSELMO. (2)

Como siempre.

JUAN. (3)

Ya.

DON ANSELMO. (4)

¡Cuidado!

JUAN. (5)

No hay miedo.

DON ANSELMO. (6)

¡Pero, ojo alerta!

DON CARLOS. (7)

Haz lo que te diga Juan.

DOÑA FRANCISCA. (8)

Y si luego...

DON CARLOS. (9)

Nada temas.
Con que, (10) ¿quieres algo?

DOÑA FRANCISCA.

No.

(1) A don Cárlos.
(2) A Juan con secreto.
(3) Idem.
(4) Idem.
(5) Idem.
(6) Idem.
(7) A doña Francisca en secreto.
(8) Idem.
(9) Idem.
(10) Recio.

DON CARLOS. (1)

Pues vamos, cuando usted quiera.

DOÑA FRANCISCA.

Vayan ustedes con Dios.

DON ANSELMO.

A Dios, hija, hasta la vuelta.

ESCENA V.

DOÑA FRANCISCA Y JUAN. (2)

JUAN.

Siempre usted con esos libros,
siempre bordando ó leyendo...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

JUAN.

Yo no soy
adulador ni embustero;
porque, como dijo el otro,
cada cual tiene su genio...
pero yo no he visto un ama
como usted... salud, dinero,
hermosura, pocos años,
y no andar en pasatiempos,
sino estar siempre en la casa
cuidando de su gobierno...
¡Vaya! en todo el mapa-mundi
quizá no se halle otro ejemplo.

(1) A don Anselmo.

(2) Doña Francisca se pone á leer y se manifiesta distraida, mientras Juan se le va acercando poco á poco y hablándole cada vez con mas interés.

DOÑA FRANCISCA.

No tanto, Juan.

JUAN.

¿Cómo no?
y muy corto que me quedo.
Y no pienso asi de ahora;
siempre he pensado lo mesmo;
aunque usted haya creido
sin el menor fundamento
que me arrimo mas al amo...

DOÑA FRANCISCA.

Yo no.

JUAN.

Mucho lo celebro;
porque sintiera en el alma
lo contrario... pero advierto
que usted no es franca conmigo,
que me mira con recelo...

DOÑA FRANCISCA.

Es aprension.

JUAN.

Y quisiera
que llegase con el tiempo
una ocasion...

DOÑA FRANCISCA.

No lo dudo.

JUAN.

Pero un asunto de empeño,
en que se prueban los hombres...

DOÑA FRANCISCA.

Por ahora...

JUAN.

Ya lo veo;

pero entonces, á fé mia,
que viera usted lo que es bueno.
Eso sí, yo tendré faltas;
pero á guardar un secreto
y á ser fiel nadie me gana;
y por usted al infierno.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias.

JUAN.

Y ya sabe usted
que yo no soy zalamero,
ni porque esté usted delante
le digo lo que no siento;
mejor hablo á las espaldas.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias.

JUAN.

No hace mucho tiempo,
que lo mismo C por B
se lo dije á un caballero...
bien que el tal ya lo sabia;
y como tiene talento,
al instante que vió á usted
formó ese mismo concepto...
¿No acierta usted de quien hablo?

DOÑA FRANCISCA.

No caigo.

JUAN.

El es un sugeto
de mérito, hermoso jóven,
y habla con tanto gracejo...

DOÑA FRANCISCA.

Por esas señas...

JUAN.

Pues no,
no habrá muchos en el pueblo
que le lleguen... ¡qué llegarle!
hasta un ligero defecto
que tiene, le agracia mas...

DOÑA FRANCISCA.

¿Es acaso el forastero?

JUAN.

El mismo que viste y calza:
vamos, señora, me alegro
de que usted lo haya acertado...

DOÑA FRANCISCA.

Casualidad.

JUAN.

Por supuesto:
pero, aqui para los dos,
¿no es verdad que le celebro
con razon?

DOÑA FRANCISCA.

¿Y yo qué sé?

JUAN.

¡Qué buen mozo! ¡Qué discreto!
¿Y quién resiste á su labia?
Yo soy franco, y lo confieso:
me ha cautivado aquel hombre
con solo hablarle un momento.
¡Con qué suavidad me dijo:
"Amiguito, mucho siento
que su amo de usted me dé
este mal rato... mas creo
que aquella amable señora
no tendrá tan mal concepto

de mí: si me conociese!..
pero quisiera á lo menos
hablarle una sola vez;
porque estoy con el recelo
de que para indisponerme
le fraguen algun enredo."

DOÑA FRANCISCA.

¿Y usted no le dijo?..

JUAN.

¡Toma!
Le hice mil cargos primero;
le dije que era imposible,
que estais como en un convento,
que no pensase en tal cosa...

DOÑA FRANCISCA.

Muy bien dicho.

JUAN.

Pero luego
se puso el hombre tan triste,
que tomé por buen acuerdo
el darle alguna esperanza...

DOÑA FRANCISCA.

¡De hablarme á mí!.. Muy mal hecho.

JUAN.

¿Y qué pude hacer, señora?
No es uno decirlo ó verlo.
Y aun asi, dudé gran rato;
pero dije en mis adentros:
¡qué se yo!.. quizá traerá
algun encargo secreto
del padre de la señora...

DOÑA FRANCISCA.

Por mi parte no lo creo...

JUAN.

¿No puede ser?

DOÑA FRANCISCA.

Ya...

JUAN.

Pues bien:
y sobre todo, ¿qué riesgo
hay en hablarle un instante?..

DOÑA FRANCISCA.

Mucho.

JUAN.

Pues yo no lo encuentro:
el amo ha salido ahora,
y no ha de volver tan presto;
usted habla aqui con él;
la criada está allá dentro;
yo al cuidado...

DOÑA FRANCISCA.

¿Está usted loco?

JUAN.

Pero, ¿quién ha de saberlo?

DOÑA FRANCISCA.

Cualquiera.

JUAN.

¿Cualquiera?.. Nadie:
él viene; le abro con tiento;
hablan ustedes á solas;
se va como vino, y cierro.

DOÑA FRANCISCA.

No hay que soñarlo siquiera...

JUAN.

Pero, ¿por qué?

DOÑA FRANCISCA.

No me atrevo.

JUAN.

Si fuera alguna accion mala;
pero con un fin honesto...
Lo primero que le dije:
"usted es un caballero,
y ha de obrar como quien es,
porque sino reñiremos."
Eso sí, seor Juan Zapata,
la honradez es lo primero;
y antes morirme de hambre
que ser del órden tercero.

DOÑA FRANCISCA.

Yà lo sé.

JUAN.

¿Pues á qué viene
tener usted tanto miedo?
¿Con que voy?..

DOÑA FRANCISCA. (1)

¿Dónde?

JUAN.

A llamarle.

DOÑA FRANCISCA.

Yo por mí no me resuelvo;
que diga á usted lo que quiere...

JUAN.

¿A mí? ¡Lindo pensamiento!
¿Y si es cosa reservada?

DOÑA FRANCISCA.

Entonces...

(1) Levantándose.

JUAN.

¿Voy?

DOÑA FRANCISCA.

Ya veremos...

JUAN

Es que la ocasion es calva;
y si este lance perdemos...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y no es lo mismo otro dia?

JUAN.

Si está el pobre sin sosiego;
si da compasion, señora...
Aqui me vino siguiendo,
y en ese portal del lado...

DOÑA FRANCISCA.

¿Ahí está?

JUAN.

Pero encubierto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y si alguien le ve al entrar?..

JUAN.

¿Y qnién puede conocerlo?

DOÑA FRANCISCA.

Usted todo lo halla fácil;
pero...

JUAN.

Cuando yo me arriesgo...
¿Pillarme á mí?.. En buenas manos
está, señora el pandero.

DOÑA FRANCISCA.

No acabo de resolverme...

JUAN. (1)

Voy por él, y al punto vuelvo.

DOÑA FRANCISCA.

No, Juan.

JUAN.

Siquiera por mí...

DOÑA FRANCISCA.

¿Por qué teneis tanto empeño?

JUAN.

Porque me pinto yo solo
para servir á un sugeto.

DOÑA FRANCISCA.

Pero en estas cosas...

JUAN.

¡Cómo!
Si no estuviera yo cierto
de que su intencion es sana,
no anduviera de por medio:
hasta me da el corazon,
al ver su vivo deseo,
que es un caso de conciencia...

DOÑA FRANCISCA.

Pues bien, Juan, entonces cedo.

JUAN.

Ama mia, voy volando...
Vale usted un reino entero. (2)

(1) En ademan de irse.
(2) Echando á correr.

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA. (1)

¡Lo que es el delito!.. Sé
que á mi marido no ofendo,
y hasta la mera apariencia
basta á quitarme el sosiego.
Nunca, en mi vida, jamas
he estado asi... sudo, tiemblo,
y aun ir á hablar con mi hermano
me causa inquietud y miedo.
¿Si alguien lo verá?.. ¡Dios mio!
¡Con qué imprudencia me he espuesto
á estos disgustos!.. Y al cabo
si se lograra el objeto...
Pero temo que á mi primo
le engañe su buen deseo,
y que por ser yo tan dócil,
tenga que llorarlo luego.

ESCENA VII.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y JUAN.

JUAN. (2)

Con tiento que no nos oigan...
mas le temo á la criada
que á cien cotorras de Indias;
¡y ella me tiene unas ganas!

(1) Despues de una pausa, se sienta.
(2) A don Eugenio, al entrar.

DON EUGENIO.

No hay miedo...

JUAN.

Acérquese usted,
que alli está leyendo el ama...
¡Qué hermosa está! ¿No es verdad
que hago bien en celebrarla?..
¡Señora!..

DON EUGENIO. (1)

Dispense usted
que me atreva á incomodarla;
pero un asunto muy grave...

JUAN. (2)

¿Por qué está usted tan turbada?
respóndale usted...

DOÑA FRANCISCA.

Ya Juan
me lo ha dicho...

JUAN. (3)

Con mas alma:
valor, señora, valor..

DON EUGENIO.

Yo tanto lo deseaba,
que no he querido perder...

JUAN.

(¡Este es otro que bien baila!)
¿Tambien es usted cobarde?.. (4)
Pues asi, poco se alcanza.

(1) A doña Francisca: levántase esta.
(2) A doña Francisca en secreto.
(3) Idem.
(4) A don Eugenio al oido.

DON EUGENIO.

Ya que la ocasion se brinda...

JUAN.

(¡A Dios, qué sierra nevada!)
Mas fuego, señor, mas fuego. (1)

DON EUGENIO. (2)

Si no me ocurren palabras...

JUAN. (3)

Cualquier cosa...
Estais tan seria, (4)
que el infeliz se acobarda...

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué he de hacer?

JUAN. (5)

Alentarle,
echarle algunas miradas,
asi... asi... ya usted me entiende:
como el que cae y se agarra.
Vamos, esplíquese usted, (6)
que ya la he puesto mas blanda.
Le he dicho cuanto hace al caso: (7)
que usted por sí se negaba
á hablarle; pero que yo
insté con tanta eficacia...

DOÑA FRANCISCA.

Con efecto...

(1) A don Eugenio.
(2) A Juan.
(3) A don Eugenio.
(4) A doña Francisca.
(5) En secreto.
(6) Pasando á hablar á don Eugenio.
(7) A doña Francisca, en voz alta.

JUAN.

Y suponiendo
que era cosa de importancia...

DON EUGENIO.

Para mí sí.

JUAN.

Algun encargo
que traiga usted de la Habana...
Pero yo no soy curioso,
y esas cosas no se hablan
con escucha; voy...

DOÑA FRANCISCA.

¿A dónde?

JUAN.

A cuidar de que no salgan...

DOÑA FRANCISCA.

No es menester.

DON EUGENIO.

Vaya usted...

DOÑA FRANCISCA.

Haga usted lo que le mandan.

JUAN.

¿El señor?..

DOÑA FRANCISCA.

Yo.

JUAN.

Bien está.
¿Lo dice usted enfadada? (1)

DOÑA FRANCISCA.

Sí.

JUAN.

Con la boca chiquita;

(1) Al oido á doña Francisca.

y de los dientes no os pasa.
Me parece que yo cumplo. (1)

DON EUGENIO.

Mas de lo que yo esperaba.

JUAN.

Solo por usted...

DON EUGENIO.

Lo estimo.

JUAN. (2)

¡Qué pareja!.. Ni pintada. (3)

ESCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA Y DON EUGENIO.

DON EUGENIO.

¡Bribonazo!

DOÑA FRANCISCA. (4)

¿Ves qué hombre?

DON EUGENIO.

Con treinta palos no paga.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no puedo mas, Eugenio...

DON EUGENIO.

¿Pero no es todo una chanza?

(1) A don Eugenio al oido.
(2) Recio al irse.
(3) Durante esta escena 7.ª, doña Francisca y don Eugenio habrán fingido cortedad y timidez; Juan habrá pasado alternativamente á hablar en secreto á uno y á otro para alentarlos, formando todo un juego de teatro.
(4) Acercándose.

DOÑA FRANCISCA.

Lo conozco; y sin embargo...

DON EUGENIO.

Tiemblas como una azogada...

DOÑA FRANCISCA.

No lo puedo remediar;
ni yo sé lo que me pasa.

DON EUGENIO.

Pero, dí, ¿qué tenes?

DOÑA FRANCISCA.

Todo.

DON EUGENIO.

Pues no debes temer nada:
Cárlos sabe que he venido,
y él dispondrá lo que falta.

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, DON EUGENIO Y JUAN. (1)

JUAN.

¡Hola!.. Mire usted la niña...
¡Y se me hacia la santa!
La muchacha era glotona,
y su madre la atestaba...
Voy á hacer ruido al salir... (2)

(1) Don Eugenio hace como que habla en secreto con doña Francisca, cuya mano tiene cojida; Juan lo advierte al salir, suspéndese, y dice para sí los primeros versos.

(2) Pisa recio, tose y sale como mirando distraido al techo; don Eugenio suelta la mano de doña Francisca, y se aparta un poco.

Pepa está adentro ocupada;
no hay que temer cosa alguna...
Sigan ustedes en gracia
de Dios, que yo estoy alerta,
y avisaré lo que haya.

DON EUGENIO.

Bien está; ¡pero cuidado!..

JUAN.

Eso á mí no se me encarga:
de niño estuve seis años
en un melonar de guarda.

ESCENA X.

DOÑA FRANCISCA Y DON EUGENIO.

DON EUGENIO.

Déjalo tú; que si sale
el lance como se aguarda,
curamos á tu marido
á costa de ese gran maula.

ESCENA XI.

Dichos y JUAN. (1)

JUAN. (2)

¡Ya la hicimos!

DON EUGENIO.

¡Qué tragedia!

(1) Suena la campanilla, como de llamar á la puerta.
(2) Al acto de salir.

JUAN.

Al primer tapon zurrapas.

DON EUGENIO.

¿Y qué partido tomamos?

JUAN.

De esta vez me hacen tajadas.

DON EUGENIO.

¿Me escondo?

JUAN.

¿Dónde?

DON EUGENIO. (1)

Ahí adentro.

JUAN.

Si ahí dentro está la criada...

DON EUGENIO.

¿Pues qué hacemos?

JUAN.

Yo, morirme.

DOÑA FRANCISCA.

Por usted...

JUAN.

¿Tambien el ama?..
Ya que me miran ahorcado,
tiran todos de las patas.

DON EUGENIO. (2)

¿Por qué tiemblas tú?..

DOÑA FRANCISCA.

No sé... (3)

(1) Señalando una de las puertas.
(2) A doña Francisca, que se habrá sentado junto á la mesa.
(3) Suena otro campanillazo mas fuerte.

JUAN.

¡Hasta que el brazo se caiga!

DON EUGENIO.

¿Pero qué hacemos?

JUAN. (1)

Ya van;
¡que está la cuerda enredada! —
Entrese usted pronto... (2)

DON EUGENIO.

Bien.

JUAN.

Hallará á obscuras la sala...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Despues una escalera...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Y una puerta entornada...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

Que es la despensa...

DON EUGENIO.

Bien...

JUAN.

¡Qué bien, ni qué calabaza!.. (3)
Mal y muy mal.

(1) Acercándose á la puerta y gritando.
(2) Señalando á don Eugenio una de las dos puertas de la derecha.
(3) Hablándole recio.

DON EUGENIO.

¿Qué he hecho mal?..

JUAN.

Esto solo me faltaba...
¡Quién te abriera los oidos
con un cañon de metralla!.. (1)

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA.

Por mas esfuerzos que hago,
estoy tan sobresaltada
que me lo van á notar
solo con verme la cara...
¡Qué va á ser de mí, Dios mio!
Hasta el aliento me falta...

ESCENA XIII.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO, DON CARLOS Y JUAN.

DON ANSELMO. (2)

¿Estabas muerto?

JUAN.

Me eché
á descansar en la cama...

(1) Le lleva á la puerta, y le indica por señas que suba por aquella escalera, que abra la despensa y se esconda, entre tanto que continúa cada vez mas recio el repique de la campanilla.
(2) Al salir.

DON ANSELMO.

¿Ves lo que yo te decia?..

JUAN.

¡Si no he bebido ni aun agua!

DON ANSELMO.

Pues si estás como un difunto...

JUAN.

Tengo la cabaza mala...

DON ANSELMO.

¿Qué has de tener?..

JUAN.

(¡Esta es otra!)

DON ANSELMO.

Abrasadas las entrañas. —
¿Qué te has hecho tú, Frasquita?

DON CARLOS. (1)

Mi hermana siempre aplicada...
¿Vino? (2)

DOÑA FRANCISCA. (3)

Sí.

DON CARLOS. (4)

¿Dónde está?

DOÑA FRANCISCA.

Adentro.

DON ANSELMO. (5)

¿Quién ha venido?

JUAN.

Ni un alma.

(1) Recio.
(2) Con sigilo.
(3) Idem.
(4) Idem.
(5) A Juan mientras este le toma el sombrero y el baston.

DON ANSELMO.

¿De fijo?

JUAN.

Por estas cruces...

DON ANSELMO.

Con que tú lo digas basta. (1)

DON ANSELMO.

¿Qué es eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay de mí!..

DON CARLOS. (2)

No temas.

JUAN.

Tiró el diablo de la manta.

DON ANSELMO.

¿Quién está arriba?

JUAN.

¿Quién?.. Pepa...

ESCENA XIV.

Los mismos y PEPA.

PEPA. (3)

¡Jesus! ¡Que se hunde la casa!..

DON ANSELMO.

¿Pues no decias, bribon?..

JUAN.

¿No es Pepa?.. Será la gata...

(1) Suena un gran estrépito, como de romperse vidriado en la despensa.
(2) En secreto.
(3) Saliendo corriendo por la otra puerta.

DON ANSELMO.

Yo lo veré.

DOÑA FRANCISCA. (1)

Esposo mio,

¡perdon!..

DON ANSELMO.

¿Qué haces, desdichada?

DOÑA FRANCISCA.

Soy inocente...

DON ANSELMO.

¡Inocente!

Tú, tú misma te delatas.

DON CARLOS.

Oigame usted...

DOÑA FRANCISCA.

¡Que es mi hermano!..

DON ANSELMO.

Quítate, aparta, malvada.

DOÑA FRANCISCA.

¡Oye por Dios!..

DON ANSELMO.

Ya vereis
si á un hombre de honor se ultraja. —
Nadie ha de salir de aqui
sin que pase por mi espada.

DON CARLOS. (2)

Sostenla tú, mientras voy
á impedir una desgracia. (3)

(1) Yendo á arrodillarse.
(2) A Pepa.
(3) Don Anselmo cierra con llave la puerta de la sala que conduce á la calle: aparta con violencia á Juan, que intenta detenerle: coje una luz en la ma-

ESCENA XV.

DOÑA FRANCISCA, PEPA Y JUAN.

PEPA.

Señora... ¡Pobre ama mia!

JUAN. (1)

Ya me han cojido en la trampa...

PEPA.

Traete un poco de vinagre...

JUAN.

Y con la puerta cerrada...

PEPA.

¿Te dura la borrachera?

JUAN.

Si vuelve el amo, me mata.

PEPA.

¿No vas?

JUAN. (2)

Yo me echo á la calle,
aunque me rompa una pata...
¡Ay!.. (3)

no, y se encamina apresuradamente por la misma puerta por donde entró don Eugenio: cae doña Francisca desvanecida, y Pepa la coloca en la silla que hay junto á la mesa: don Carlos sigue los pasos de don Anselmo.

(1) Dando vueltas por el teatro, y buscando azorado donde esconderse.

(2) Abriendo el balcon.

(3) Al tirarse por el balcon se queda cojido de un hierro, y con medio cuerpo vencido para fuera: Pepa acude al instante, le sujeta por una pierna, y le impide arrojarse.

PEPA.

¿Qué te llevas, ladron?

JUAN.

¡Que me he cojido en las bragas!

PEPA

No te has de escapar, infame...

JUAN.

¡Por Dios, Pepa de mi alma!
Que me caigo de cabeza...

PEPA.

Ojalá que te estrellaras...

DON ANSELMO. (1)

¡Aguardad!

DON EUGENIO. (2)

¡Tened!..

DON CARLOS. (3)

¿Qué haceis?

PEPA. (4)

Que este pícaro se escapa!.. (5)

(1) Desde adentro.
(2) Idem.
(3) Idem.
(4) Gritando recio.
(5) Oyese el ruido de bajar los tres precipitadamente por la escalera: don Eugenio sale delante, y se coloca al lado de su hermana: don Cárlos sale deteniendo á don Anselmo, y se interpone entre ambos: Pepa tira de Juan y consigue meterle adentro: él se escabulle de entre sus manos, y se esconde á gatas bajo la mesa, mientras Pepa cierra el balcon y va á buscar agua para su ama.

ESCENA XVI.

DOÑA FRANCISCA, DON ANSELMO, DON EUGENIO, DON CARLOS Y JUAN.

DON EUGENIO.

¡Hermana mia!..

DON ANSELMO.

¡Su hermana!

DON EUGENIO.

¿Ves, Cárlos, lo que hemos hecho?

DON CARLOS.

No te apures... Oiga usted
por su vida, don Anselmo...

DON ANSELMO.

¿Qué quereis?..

DON CARLOS.

Yo solo soy
el culpado en este enredo...

DON ANSELMO.

¿Qué enredo?..

DON CARLOS.

Oiga usted siquiera
con un poco de sosiego.

DON ANSELMO.

Pronto: acabad.

DON CARLOS.

El que veis
es vuestro cuñado Eugenio...

DON ANSELMO.

¡Mi cuñado!..

DON CARLOS.

Yo su primo...

DON ANSELMO.

¿Qué primo?.. Yo no comprendo
siquiera lo que decís...

DON EUGENIO.

Despues os lo aclararemos,
como es justo; pero ahora
no perdamos un momento
en socorrer á mi hermana...

DON ANSELMO.

¿Estoy soñando, ó despierto?..

ESCENA XVII.

Dichos y PEPA.

DON EUGENIO.

¡Frasquita!.. (1) Dale ese agua...
Id en tanto recorriendo (2)
esas cartas de mi padre,
y quedareis satisfecho.
¡Frasquita mia!

PEPA.

¡Señora!

DON ANSELMO. (3)

Ella es su letra...

DON CARLOS.

Y apuesto
á que hace de mí un elogio
mayor del que yo merezco.

(1) A Pepa.
(2) A don Anselmo.
(3) Hojeando las cartas.

DON ANSELMO. (1)

"Va con aquel primo loco..."

DON CARLOS.

Servidor de usted.

DON ANSELMO. (2)

"Y espero

que atendereis á los dos..."

DON CARLOS.

Al sordo y su compañero.

DON ANSELMO. (3)

¡Usted es Eugenio!..

DON EUGENIO.

El mismo;

y con alma y vida siento

haberos dado un pesar...

DON CARLOS.

Por mis benditos consejos.

DON ANSELMO.

¿Pero, á qué fin?..

DON CARLOS.

¿No está claro?

Para curaros de zelos.

DON ANSELMO.

¿Y quién os pudo decir?...

DON CARLOS.

Eso queda para luego;

lo que urge es que sepa usted

que no ha sido nuestro intento

agraviarle: que tan solo

nos llevamos por objeto

(1) Leyendo.
(2) Idem.
(3) Despues de una pausa.

que conocierais las mañas
de un bribon; que cayó el necio
en la red que le tendimos...
Leed esta carta, que Eugenio
me escribió desde la fonda,
y estais al cabo del cuento.

DON ANSELMO. (1)

"Mi querido Cárlos: al ver el mal rato que hemos dado á mi cuñado, casi estoy arrepentido; pero ya es preciso concluir nuestra empresa, por si se coje el fruto, y mas cuando se presenta la mejor ocasion... Seguí tu consejo; nuestro hombre cayó en el lazo, y él propio se ha brindado á llevarme á hablar con mi hermana, diciéndome que su marido tiene que salir esta prima noche... Yo iré á la cita; preven á mi hermana, y dispon lo demas como mejor te parezca. — A Dios: hasta luego. = Tu Eugenio."

DON EUGENIO.

¿Os queda ya alguna duda?

DON ANSELMO.

Frasquita mia... ¡Qué peso
se me ha quitado del alma!..
Disculpadme... yo no puedo
mas...

DON EUGENIO.

¿Y de qué os sonrojais?..
Antes dejad que admiremos
un corazon tan honrado.

(1) Lee en alta voz la carta siguiente.

DON ANSELMO.

Soy yo, Frasquita .. No tengo
contra ti queja ninguna...
soy yo... míralme...

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué he hecho,
buen Dios!..

DON ANSELMO.

Nada.

DOÑA FRANCISCA. (1)

¿Me perdonas?

DON ANSELMO

¿De qué, hija mia?.. No hablemos
mas de eso.

DOÑA FRANCISCA.

Tu bondad misma
me está traspasando el pecho...
¡Yo soy una ingrata!..

DON ANSELMO.

Deja...

DOÑA FRANCISCA.

En mi vida pagar puedo
el disgusto que te he dado...

DON ANSELMO.

Ya se acabó.

DOÑA FRANCISCA.

¿Estás impuesto
de todo?..

DON ANSELMO.

De todo, sí.

(1) Levántase.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y me perdonas mi yerro? (1)

DON ANSELMO.

¿Qué vas á hacer?.. Alza, hija...

DOÑA FRANCISCA.

Acércate mas, Eugenio;
dale la mano á mi esposo...
asi, juntas... ¡Qué consuelo
recibe mi corazon!..
Ya por dichosa me tengo.

DON ANSELMO.

Y yo tambien...

DON EUGENIO.

En mi vida
tuve un gusto tan completo. (2)

DON CARLOS.

Dí, Pepa, y nosotros dos
¿nos morimos, ó qué hacemos?

PEPA.

Morirnos no.

DON CARLOS.

Dices bien:
mas vale seguir su ejemplo.

PEPA.

¡Alto allá!..

DON EUGENIO.

Ten juicio, Cárlos...

(1) Va á echarse á los pies de don Anselmo y este la sostiene y levanta.

(2) Doña Francisca ha reunido en sus manos las de don Anselmo y don Eugenio, quienes las estrechan amistosamente, abrazandose luego los tres.

PEPA.

¡Jesus mil veces!..

DON ANSELMO.

¡Qué veo! (1)

DON EUGENIO.

Malvado...

JUAN.

¡Por san Francisco!

DON CARLOS.

Ya puedes decir el credo.

JUAN.

¡No lo haré mas en mi vida!

DON CARLOS.

Eso yo te lo prometo.

DON ANSELMO.

Si no miára, hombre vil...

DOÑA FRANCISCA.

Déjale, que harto tormento
sufre ya...

PEPA.

Seor Juan Zapata,
¿alcahuetico es el viejo?

DON CARLOS.

Tracte un lazo corredizo,
y al balcon le colgaremos.

JUAN.

¡Pepa, por las once mil!..

PEPA.

¡Qué Judas va á hacer tan feo!

(1) Al ir don Carlos á abrazar á Pepa, retírase esta, va á defenderse con la mesa, y al tirar de ella con violencia desaparece á Juan en cuclillas, que se arrodilla luego en ademan de pedir perdon.

ESCENA XVIII.

Los mismos, menos PEPA.

DON EUGENIO.

Alza, bribon...

JUAN.

¿Manda usted?

DON EUGENIO.

Márchate á la calle luego.

JUAN.

¿Por dónde?

DON CARLOS.

Por la ventana
yo te haré bajar mas presto...

JUAN.

¡Por Dios!

DON EUGENIO.

¡Cárlos!

DON ANSELMO.

Toma y vete,
antes que haga un escarmiento. (1)

JUAN.

O la llave se ha torcido,
ó no encuentro el agujero...

DON CARLOS.

¿Qué es eso, te tiembla el pulso?

JUAN.

No señor... si es que no veo...

(1) Le arroja la llave, mientras don Eugenio hace ademan de contener á don Cárlos.

DON CARLOS. (1)

Yo te alumbraré...

JUAN.

Mil gracias...
Si de esta escapo y no muero...

DON CARLOS.

¿Qué rezas ahí entre dientes?

JUAN.

Nunca mas bodas al cielo. (2)

ESCENA XIX.

Dichos menos JUAN.

DON CARLOS.

¡Cómo va el tio tabernas!

DON EUGENIO.

No vi un bribon con mas miedo.

DON ANSELMO.

Y yo tan ciego con él,
que por sus chismes y enredos
te he dado á tí mil disgustos.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y á qué viene ese recuerdo?
Ya todo está concluido:
¿no me has dado tú el ejemplo
perdonándome mi falta?

DON ANSELMO.

Si yo propio me averguenzo...

DOÑA FRANCISCA.

¿De qué?

(1) Levantando en alto una silla, y encaminándose hácia él.
(2) Abre la puerta y escápase.

DON ANSELMO.

Pero á bien que siempre
llega un desengaño á tiempo.

DON CARLOS.

¿No ves, prima, como ha obrado
el cáustico sus efectos?

DON EUGENIO.

Calla, loco.

DON ANSELMO. (1)

Desde hoy
vida nueva.

DOÑA FRANCISCA.

Y yo te ofrezco
quererte mas cada dia.

DON ANSELMO.

¡Si vieras qué placer tengo
en oirlo de tus labios! (2)
Sí, Frasquita; viviremos
felices...

DOÑA FRANCISCA.

Como en la gloria...

DON ANSELMO.

Sin inquietud, sin recelos;
con solo una voluntad,
un alma y un pensamiento...

DON CARLOS. (3)

Vámonos, que aqui estorbamos...
Buenas noches, don Anselmo.

(1) A doña Francisca.
(2) Estrechando con ternura las manos de doña Francisca.
(3) Llevándose del brazo á don Eugenio.

ADVERTENCIA.

Hace ya algunos años que compuse esta comedia, no con ánimo entonces de ofrecerla al publico, sino por mero pasatiempo, y para ejercitarme en el dificil arte del diálogo: cambió despues mi situacion; perdióseme el manuscrito; y cuando al cabo de largo tiempo recobré los primeros borradores, ni siquiera tuve aliento para coordinarlos, cuanto menos para corregirlos.

Restituido al fin á mi patria y hogar, se me ocurrió la idea de presentar esta obri-

ta en el teatro de Granada, estimulándome principalmente á ello el deseo de contribuir en cuanto estuviese á mi alcance á aumentar el producto de un beneficio, *destinado á socorrer establecimientos piadosos. Verificóse asi en efecto: y el buen éxito que tuvo esta comedia en aquella ciudad, éxito muy superior á mis esperanzas, me determinó por último á enviarla á la Corte para que tentase alli fortuna, sometiéndola á la dura prueba de la impresion si salia airosa de las tablas.*

sin embargo, en aquel pleito que tuvisteis sobre la fábrica de San Dionisio, no le escogísteis para que os le defendiera.

Mont. Está tan ocupado!

Zoé. No será en pleitos seguramente; preferísteis á un jóven, de quien siempre os he oido hablar muy mal... Mr. Edmond de Varennes. Luego, ese médico, sin el cual no podeis pasar un momento, ese Bernardet...

Mont. Hombre prodigioso! un fenómeno, que ha dado un impulso estraordinario á la medicina...

Zoé. Vos aconsejais á todos vuestros amigos que se dejen asistir por él, pero en vuestra última enfermedad tomasteis otro que os curó perfectamente.

Mont. Esas son cosas que vos no comprendeis. Os acordais si está en la lista Mr. de Miremont?

Zoé. El Par de Francia?

Mont. Poco me importa su título... pero es editor de un periódico muy acreditado.

Zoé. Pues yo os confieso que aborrezco á su muger.

Mont. Callad! una muger encantadora... (*Bajando la voz*) una muger temible, que se la encuentra en todas partes! tanto en los salones del ministerio como en los de la banca. Una muger que intriga, que juega, y en una tertulia levanta y arruina veinte reputaciones.

Zoé. Empezando por la suya. Una coqueta, orgullosa, que estuvo conmigo en el Colegio, y que apenas me mira sin embargo. No, yo no la invitaré.

Mont. Qué decís?

Zoé. Si fuera Agata, la hija de su marido, esa pobre niña á quien hace tan desgraciada! Agata de Miremont, que tambien fué mi compañera de Colegio, y que es tan amable, tan buena! Pero la or-

gullosa Cesarina, á quien detesto... y á fé que ella me paga con el mismo afecto.

Mont. Por lo mismo... un sabio ha dicho que en el mundo tenemos tres clases de amigos: los amigos que nos quieren, los amigos que no nos quieren, y los amigos que nos aborrecen. Estos últimos son los que primero debemos halagar.

Zoé. Bien... puesto que teneis gusto en ello, lo haré, pero admitiéndome ciertas condiciones.

Mont. Las que querais.

Zoé. En primer lugar, cuando se lea en casa cualquier obra de algun genio conocido vuestro, no estaré obligada á aplaudirla, ni á estasiarme como vos.

Mont. Concedido.

Zoé. Y al mismo tiempo, podré si quiero dejar de asistir á su lectura, y marcharme entre tanto al Teatro, ó donde mejor me pareciere.

Mont. Concedido.

Zoé. Y para empezar, me acompañareis al Conservatorio, donde tendrémos por la mañana un magnífico concierto.

Mont. Consiento en ello... ah! no, es imposible... tengo que ir á almorzar á casa de Mr. Oscar Rigaut, donde van todos nuestros amigos. Se va á tratar de cosas muy importantes.

Zoé. De qué?

Mont. No podeis saberlo.

Zoé. Siempre la misma respuesta! todas vuestras acciones, de algun tiempo á esta parte, están cubiertas con un misterio... Teneis conferencias, conciliábulos secretos... yo no sé por qué no se forma una ley contra las asociaciones. Os habeis metido en alguna conspiracion?

Mont. Yo!

Zoé. Todo me lo hace pensar así, y si no es contra el Estado, es contra mí por lo menos. En adelante yo os observaré, lo examinaré todo, y... qué contenia aquel papel que estábais ayer escribiendo, y que ocultásteis cuando yo llegué? Aquel es... escrito de vuestra mano... aquí hay traicion.

Mont. No,... no...

Zoé. Quiero verlo.

Mont. Para qué? es un fragmento literario.

Zoé. No importa... cuando se trata de conspiraciones, todo debe leerse (*Lée.*) «Qué cosa es el genio?"

Mont. Ya veis...

Zoé. Dejadme. «Es el rayo eléctrico que recorre la inmensidad del espacio. Esta es la reflexion que se ofrecerá á todo el que lea la última obra de..."

Mont. Basta... ya veis que nada os interesa.

Zoé. Pero por qué no quereis que yo lea un trozo de vuestra composicion?...

Mont. Por qué? porque viene gente.

Zoé. Ah! es mi amiga Agata. (*Suelta el papel, del cual se apodera inmediatamente Mr. de Montlucar.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS, *y* AGATA.

Zoé. Cuánto te agradezco esta visita, tan temprano...

Agat. Sí, es el único dia en que me permiten alguna libertad.

Zoé. Justamente, hoy es Domingo: irás á misa supongo... ¿cómo no va tu madrastra?

Agat. Tenia que dar por la mañana una audiencia

á un nuevo compositor que ella protege, con el objeto de oir su ópera.

Mont. Ah! el jóven Timballini, el honor de la Ausonia, un alma de fuego... el genio de la música.

Zoé. Otro amigo vuestro.

Mont. Sí, un hombre que hará mucho ruido en el mundo.

Zoé. Ya empieza.

Mont. Y vuestra madrastra, cómo está?

Agat. Perfectamente.

Mont. Y Mr. de Miremont, vuestro padre, á quien admiramos y respetamos todos? Impasible en Luxemburgo, inmóvil sobre su silla curul, ha visto estrellarse á sus pies las olas de todas las revoluciones, y no abandonará su puesto suceda lo que suceda.

Agat. Os doy mil gracias por vuestros elogios, y no dudeis que mi padre así como mi madrastra, os profesan la misma estimacion. Ayer no se habló en casa de otra cosa que de vos y de vuestra última obra.

Mont. De mis *Anomalías políticas* y *literarias*.

Agat. Creo que sí... yo no la he leido; eso es demasiado encumbrado para mí; pero Mr. Bernardet, el Doctor en medicina; Mr. Timballini, el músico, y otros ocho ó diez caballeros que allí estaban, que todos parecian conocerse, no cesaban de esclamar, ¡qué profundidad! qué talento! qué genio!

Mont. Oh! mis queridos amigos!

Agat. Tambien estaba allí Mr. Dutillet.

Mont. Mi editor!

Agat. Y ese, gritaba mas fuerte que los demas, «á su lado, Montesquieu es un niño de teta."

Mont. Es preciso perdonar algo al calor de la amis-

tad, que puede engañarse, pero que á lo ménos se engaña de buena fé. ¿Y vuestro padre qué decia?

Agat. No decia nada.

Mont Es su carácter... un hombre grave que no arriesga ligeramente su opinion.

Agat. O tal vez, puede que como yo, no la haya leido... aunque la tenia sobre la mesa... creo que la ha comprado.

Mont. Se vende muchísimo.

Zoé. No, si mi marido se la envió.

Mont. Es verdad, yo tuve el honor... y qué decia vuestra madrastra?

Zoé. Mi madrastra gritaba, «Mr. de Montlucar debe ser nombrado individuo de la Academia de ciencias politicas y morales...

Mont. Verdaderamente, qué muger! qué gusto! qué tacto!

Un criado por la puerta de la izquierda. Preguntan por el Señor, que quieren verle con urgencia.

Mont. Que espere.

Criado. Es el Doctor Bernardet.

Mont. Ah! es uno de los nuestros... perdonad, Señorita, os dejo con mi muger.

ESCENA III.

ZOÉ, AGATA.

Zoé. Ya lo ves, mi querida Agata, así es siempre, en otro tiempo era estremadamente amable, pero desde que ha dado en la idea de ser hombre de talento, se ha puesto fastidiosísimo.

Agat. Lo mismo sucede en mi casa, que está siempre atestada de hombres grandes... yo no con-

cibo cómo la Francia puede producir tantos!

Zoé. Efectivamente.

Agat. Y esto, sin contar los muchos que yo no conozco. Nuestro gran poeta! nuestro gran actor! nuestro gran trágico! Yo no sé cómo es ello, pero todos son grandes. Te acuerdas de nuestro Colegio, donde todos éramos pequeños?

Zoé. Ah! qué tiempos aquellos!

Agat. Cómo nos queríamos, y cuán dichosas éramos! y nuestra querida Adela que murió tan jóven...! las tres éramos inseparables, lo que era de una, era de las demas.

Zoé. Y Mr. Edmond de Varennes, su hermano...

Agat. Que casi lo era tambien nuestro.

Zoé. Todos los dias iba al Colegio á ver á su hermana.

Agat. Y á nosotras, porque nunca nos separábamos de ella.

Zoé. Ahora, todo ha mudado: Mr. de Varennes es abogado, y pasa su vida en el tribunal... apenas le veo.

Agat. Tampoco yo... mi madrastra no puede verle, y mi padre no acoge bien en su casa sino á las personas que agradan á su muger.

Zoé. Parece imposible que se deje llevar hasta ese punto... y lo que yo no he comprendido, cómo se pudo hacer ese matrimonio.

Agat. Yo he sido la causa... Cesarina fué recibida en el Colegio en clase de aya, y allí la vió varias veces mi padre cuando iba á visitarme: se apasionó de ella...

Zoé. Se me figura que Cesarina tiene bastante talento...

Agat. Sí, y una vocacion decidida por la intriga. Ella ha conseguido de mi padre que tomase varias

acciones en la empresa de un periódico muy acreditado, influencia poderosa que mi padre no conoce, y de la que se aprovecha mi madrastra. Pero volviendo á Edmond de Varennes, en el pleito que he sostenido sobre los bienes de mi madre quise tomarle por defensor, y Cesarina se opuso terriblemente.

Zoé. Y por qué?

Agat. Porque le aborrece con toda su alma.

Zoé. Lo estraño mucho, tanto mas cuanto que en el Colegio se decia que le miraba con alguna aficion.

Agat. No... eso no es cierto.

Zoé. No lo será, pero...

Agat. Y la prueba es la aversion que ahora le tiene. Queria que defendiese mi pleito su primo Oscar Rigaut, un estúpido... (*Con misterio*) que pertenece á una sociedad, de la que mi madrastra es, como si dijéramos, la protectora, la presidenta.

Un criado. Mr. Edmond de Varennes.

Agat. Viene sin duda á anunciarte mi triunfo.

Zoé. Ha ganado el pleito?

Agat. Completamente.

ESCENA IV.

LAS MISMAS, *y* EDMOND.

Zoé. Seais bien venido, señor vencedor...

Edm. Gracias... no esperaba tener el gusto de encontrar aquí á la Señorita de Miremont.

Agat. Deseaba veros para espresaros mi reconocimiento, porque ayer cuando fuisteis á mi casa os debí parecer en estremo ingrata... Habia tanta gente!

Edm. Señorita!

Agat. Apenas os hablé!

Edm. Es verdad, pero al verme me alargásteis vuestra mano, como en otro tiempo hacíais en el Colegio...

Zoé. Ciertamente, y eso queria decir: «buenos dias, Señor Edmond, nuestro querido hermano," y eso mismo os decimos tambien ahora. (*Zoé y Agata alargan la mano á Edmond quien las estrecha conmovido entre las suyas.*)

Edm. Qué recuerdos! ah! si mi pobre Adela hubiera podido ser testigo de mi triunfo... pero murió y yo he quedado solo en el mundo.

Agat. Sois en estremo injusto. Todavía hay personas que se interesen por vuestra felicidad.

Zoé. Ahora mismo estábamos hablando de vos, de vuestras esperanzas...

Edm. Mis esperanzas! son tan tristes! Huérfano, y casi sin bienes de fortuna...!

Zoé. Cuando se tiene talento...

Edm. Y quién os ha dicho que yo le tengo?

Agat. Nosotras lo decimos.

Zoé. Paciencia y ánimo que vos ascendereis.

Edm. Ah! todo se me figura posible cuando os oigo hay en la amistad de las mugeres un encanto mágico, que hace creer en todos, y lo hace olvidar todo. Pero no, mi carrera está sembrada de obstáculos que cada dia ponen los hombres. Por mas que me esfuerzo en adelantar, nadie me ayuda, y en vano lucho por salir de la oscuridad. No lo conseguiré nunca.

Zoé. Qué ideas!

Agat. Ya habeis visto el efecto que causó vuestro discurso. Os aplaudieron con entusiasmo.

Zoé. El primer paso está dado, y debeis seguir sin temor.

Agat. Hay mil medios de salir de esa oscuridad.

Edm. No os comprendo.

Agat. Falta por nombrar un Diputado en San Dionisio.

Zoé. Es cierto: mi marido me lo ha dicho esta mañana.

Edm. Qué decís?

Agat. Sí, es preciso, preciso.

Zoé. (*Viendo á un criado que sale con algunos periódicos de la habitacion de Mr. de Montlucar.*) Aquí están los periódicos de hoy... leednos la audiencia de ayer para que gocemos de vuestro triunfo.

Agat. (*A Edmond que recorre rápidamente un periódico.*) Y qué decís ahora? os encontrais con mas valor? estais mas contento?

Edm. Oh! que iniquidad!

Las dos. Qué teneis?

Edm. Leed... leed... han truncado y desfigurado mi discurso, lo han tergiversado del modo mas infame... En los trozos en que he logrado arrancar vivas demostraciones de entusiasmo han puesto entre paréntesis «murmullos en el auditorio."

Zoé. Es verdad. (*Leyendo á Agata en voz baja.*) «La causa no necesitaba de defensa: el orador no ha mostrado un solo rasgo de ingenio, de lógica, ni de calor, y todos los concurrentes estrañaban que no se hubiese confiado esta defensa al jóven Oscar Rigaut, cuya nerviosa elocuencia era mas á propósito para el objeto que se discutía."

Agat. Oscar!

Edm. Ya os lo dije... todo conspira contra mí.

Zoé. Pero los que han asistido á la audiencia saben que esto no es verdad.

Edm. Sí... trescientas personas á lo mas, y ese

periódico lo leerán trescientas mil, que dirán en todas partes que yo soy un abogado sin instruccion, sin talento, incapaz de defender los intereses que se me confian. Mejor tratan á vuestro marido, de quien hacen un pomposo elogio, hablando de su última obra. (*Lée.*) «Que es el genio? Es el rayo eléctrico que recorre la inmensidad del espacio."

Zoé. Dios mio!

Edm. (*Sigue leyendo.*) «Esta será la reflexion que se ofrecerá á todo el que lea la última obra de Mr. de Montlucar."

Zoé. Ya comprendo.

Edm. Seguramente, es muy satisfactorio verse elogiado así... no me sucederá eso nunca...

Zoé. No hay cosa mas fácil.

Agat. Seguramente, porque siendo Diputado os habrán de oir...

Edm. Pero yo no tengo valor para mendigar el voto de nadie, yo no puedo humillarme hasta el estremo de intrigar para que me nombren...

Zoé. Y quedareis siempre sumergido en esa oscuridad...

Agat. Y morireis desconocido...

Edm. Sí... yo moriré muy pronto... ojalá hubiese ya muerto!

Agat. Edmont!

Un Criado. El coche de la Señorita.

Agat. Está bien. (*Acercándose á Edmond, mientras Zoé va á tomar el sombrero de Agata.*) Con que os empeñais en no ser Diputado!

Edm. Para qué?

Agat. Para muchas cosas. Mi padre dijo ayer que no tendria inconveniente en dar á un Diputado la mano de su hija.

Mont. (*Con amabilidad.*) Sois elector, y venis á pedirme...

Edm. Ya veis... es natural. Vuestra influencia, vuestro nombre, y vuestros inmensos bienes...

Mont. Y tal vez os envian vuestros cólegas...

Edm. No señor, yo he venido por mí mismo.

Mont. Ahora os lo agradezco mas... pero si he de decir lo que siento, por mucho que deba halagarme vuestro obsequio, ya veis que en mi actual posicion... Yo no soy diplomático, yo no soy mas que un literato, y como tal me he formado ciertas opiniones, cierta independencia, y digámoslo así, cierta gloria que no quisiera comprometer.

Edm. Pero...

Mont Esto os admira... y casi estaba decidido á conformarme con vuestro deseo... porque me es muy sensible desairaros. Por otro lado, yo que estaba tan tranquilo en mi casa, léjos de pensar en esas cosas... habeis venido á ponerme en una situacion delicada y cruel, porque... yo no puedo ser Diputado.

Edm. No, pues no os desazoneis, que no era eso lo que yo venia á deciros.

Mont. Eh! no era eso?

Edm. Yo conocia vuestra aversion á la política, y por eso venia á hablaros por otro.

Mont. (*Afectando alegría.*) En hora buena... ya respiro... y quién es el otro?

Edm. Yo.

Mont. Vos?... Seguramente tendria un placer en hacerlo, pero vuestros principios son enteramente opuestos á los mios.

Edm. Eso no os hubiera impedido admitir mi voto.

Mont. Pero me impide concederos el mio: si tal hiciera me abandonarian mis amigos políticos.

Ayer, sin ir mas léjos, habeis defendido en un pleito á Madama de Miremont, que pertenece á la nueva nobleza, á la nobleza del Imperio, contra una de las mas antiguas familias de Francia.

Edm. Si no tenia razon...

Mont. Eso es lo que ménos se mira en el dia.

Edm. Si he podido mostrar algun talento en esa defensa...

Mont. Sí, acabo de leerla en un artículo de un periódico.

Edm. Pero vuestra opinion no puede ser la misma que la de ese periódico... vos me conoceis. Os acordais de aquel dia en que gané vuestro pleito? aquel dia tenia yo talento, me abrazábais...

Mont. Si yo os concedo, amigo mio, que no os falta mérito, y yo lo diré á gritos... aquí para entre los dos. Pero hay situaciones comprometidas, y la mia es una de ellas. Ese periódico es de mis amigos, y siempre con razon ó sin ella me ha tratado bien, y no quiero yo comprometerme á ser atacado, yo que en nada me meto, y que por mi posicion soy libre é independiente.

Edm. Independiente, y os amedrenta un artículo de un periódico! Independiente, y no os atreveis á manifestar vuestra opinion!

Mont. Caballero! yo tengo por lo ménos una regla que dirige mis acciones y es la que voy á deciros: no mezclarme en ninguna intriga, no ser cómplice en ninguna cábala; elevarme por mí mismo y no solicitar el apoyo ni los sufragios de nadie, y sobre todo no obligar á que me den su voto á las personas que me lo niegan.

Edm. (*Furioso.*) Caballero! (*Mr. de Montlucar saluda á Edmond y entra por la izquierda*).

ESCENA VII.

EDMOND *solo.*

Ah! bien lo he merecido, por haberme humillado á él, por haberme envilecido mendigando su proteccion. Si á este precio se conquistan la tribuna y los empleos, quiero permanecer toda mi vida oscuro y miserable: antes quiero renunciar á la felicidad y á todas mis esperanzas... salgamos.

ESCENA VIII.

EDMOND, OSCAR RIGAUT.

Osc. Querido Edmond!

Edm. Oscar Rigaut! mi compañero de Colegio.

Osc. Sí, en el Colegio de Carlo Magno; deseaba verte... ya he sabido cuán mal saliste ayer en tu defensa...

Edm. Qué dices?... quién te ha informado...

Osc. Mi periódico, que trae todos los dias una noticia bastante exacta... pero eso no debe apurarte; si hoy caes, mañana te levantas. Pero, á qué has venido á casa de Mr. de Montlucar?

Edm. Para un asunto importante, que me interesaba mucho, y que no espero conseguir... por lo tanto voy á arrojarme al Sena.

Osc. Qué dices, hombre? mira, yo soy rico, y mi padre no me escasea nada de cuanto necesito, y si te falta dinero, te lo prestaré y me harás un recibo comprometiéndome tus bienes para el pago... Qué diablo! entre amigos...!

Edm. (*Apretándole la mano.*) Gracias, pero no es eso lo que me apura.

Osc. Pues qué?

Edm. Que no puedo salir de esta nulidad, que no puedo conseguir nada.

Osc. Es posible!... pues hombre, yo consigo todo lo que quiero.

Edm. Eso prueba en tí mucho talento, ó mucha fortuna.

Osc. Yo no te lo sabré decir, pero lo que es cierto que yo nunca he solicitado nada, como quien dice, y por todas partes...

Edm. De veras?

Osc. Lo que oyes. Hace ya tiempo que abandoné la carrera de abogado... ya lo sabrás.

Edm. Y qué haces ahora?

Osc. He escrito un libro de poesías.

Edm. Tú!

Osc. Sí.. yo... como todo el mundo. Las hice una mañana almorzando, y se titulan *El catafalco, ó poesías fúnebres de Oscar Rigaut.*

Edm. Es posible!

Osc. He adoptado la poesía fúnebre, cadavérica, y he logrado alborotar: mi obra corre por todo París... mira, mira, aquí tienes seis ejemplares.

Edm. Estoy admirado!

Osc. No has leido en los periódicos: «El jóven Oscar Rigaut, cuya imaginacion delirante le ha colocado á la cabeza de la falange literaria..." No lo has leido en todas partes?

Edm. Sí; pero yo no sabia que se trataba de tí.

Osc. De mí mismo, con todos mis títulos, (*Enseñándole el libro*), miembro de dos sociedades literarias, oficial de la guardia nacional y relator del Tribunal Supremo. El mes que viene tendré la Cruz de honor, que me toca por turno, y ya lo tengo tratado...

Edm. Con quién?

Osc. Con los nuestros... los que como yo están á la cabeza de la falange literaria, porque todos hacemos cabeza. Somos una docena de amigos que nos protegemos y nos ayudamos, y nos admiramos... una sociedad de admiracion mútua. El uno pone su dinero, el otro su talento; los hay que no ponen eso, ni nada... todo está compensado, y todos suben tirando el uno del otro.

Edm. Yo no puedo concebir...

Osc. Si quieres verlo, yo te llevaré... Qué importa uno mas?

Edm. Te doy gracias, pero no está en tu mano proporcionarme lo que yo deseo.

Osc. Qué es?

Edm. Yo quisiera ser Diputado.

Osc. Y por qué no? Quién te ha dicho que no podemos?

Edm. De veras?

Osc. Si Señor, verdaderos Diputados, Diputados que votan y que se levantan... yo no digo que hablen, pero es igual... hay tantos que no hacen otra cosa...! Tranquilizate, te haremos nombrar; te presentaré á mis amigos que muy pronto lo serán tuyos...

Edm. Cuándo iremos?

Osc. Hoy mismo: almuerzo con todos ellos en mi casa... mira, aquí tienes las señas. Irás?

Edm. (Qué arriesgo en ello? peor es tirarse al Sena.)

Osc. Irás?

Edm. Sí.

Osc. Pues hasta luego. (*Dándole la mano.*)

Edm. Hasta luego. (*Edmond se va por la puerta del fondo, y Oscar entra en la habitacion de la izquierda*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala elegante con puerta en el fondo y dos laterales. En primer término á la derecha, una ventana y una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDET, OSCAR.

Osc. (*Mirando adentro.*) Que esté todo listo para las dos.

Ber. El Champaña se pondrá entre nieve, y lo mismo los cangrejos, para que se mantengan frescos.

Osc. Y habeis tenido la complacencia, Mr. Bernardet, de disponer por vos mismo el almuerzo.

Ber. Oh! ese es un favor que yo acostumbro á prodigar muy á menudo á mis amigos. Sabeis, hablando de otra cosa, que hoy se va á tratar de un asunto importante?

Osc. Sí? no lo sabia.

Ber. De veras?... y este almuerzo en vuestra casa...?

Osc. Qué decís!

Ber. Eso no lo habreis hecho tal vez sin intencion! Yo tengo algunos conocimientos de frenológia, y en vuestra cabeza está muy marcada la protuberancia de la sagacidad. No es cierto?

Osc. Yo... Señor Bernardet, creo en vos y en la medicina.

Ber. Lo que yo decia: la protuberancia de la sagacidad. Y quiénes son los convidados?

Osc. Faltarán muchos amigos, porque van hoy al teatro de la ópera á oir el ensayo de la ópera de Timballini.

Ber. Es muy justo!

Osc. Pero tendremos á Dutillet, nuestro gran Editor! á Desrouseaux, nuestro gran pintor! á San Estéban, nuestro gran novelista! á Montlucar, nuestro gran... nuestro gran qué?

Ber. Economista!... nuestro gran economista.

Osc. Un escritor muy profundo, segun todos lo aseguran; pero es singular! yo entiendo el latin, y á él no he podido entenderlo nunca.

Ber. Ni nadie. Quién mas vendrá?

Osc. Mi primo el Par de Francia Mr. de Miremont, y Cesarina su linda esposa.

Ber. Me alegro: tenia que hablarla. Y ha aceptado Mr. de Miremont!

Osc. Seguramente; aunque segun creo, su muger no era muy gustosa...

Ber. Entónces no le espereis; porque Mr. de Miremont no es otra cosa que lo que su muger quiere que sea. Mr. de Miremont es un hombre de mérito; pero de un mérito reservado que en la carrera de los empleos y de la ambicion adelanta poco, pero no retrocede jamas. Nombrado en 1804 miembro del Senado Conservador, no ha pensado desde entónces en otra cosa que en conservar su empleo, y de tal modo lo ha logrado que en el dia desempeña ocho, es decir, tiene ocho empleos.

Osc. Ocho empleos!

Ber. Ocho... y todavía le teneis en Luxemburgo Par de Francia como lo era en tiempo de la *Res-*

tauracion. Enemigo de cualquier sacudimiento que pueda comprometer su opinion, es el partidario acérrimo de todo Gobierno que se sostiene, y de todo lo que existe, pero sin dar la cara, sin comprometerse. Así es que cuando se anuncia alguna revolucion ó algun proceso político, cae enfermo dos meses antes, y yo que soy su médico no le doy por convaleciente hasta que no se ha pronunciado el juicio ó ha triunfado alguno de los partidos. Por lo demas, es un pobre hombre que se deja llevar por cualquiera, y sobre todo por su muger; y por eso os digo que si ella no es gústosa es dificil que venga.

Osc. Pero me ofreció formalmente... oís? (*Mira por la ventana*) un coche ha entrado en el patio, y es el suyo. Lo creeis ahora?

Ber. Todavía no.

Osc. Voy á recibirlo... ah! se me olvidaba... tengo que recomendaros á un amigo.

Ber. Quién es?

Osc. Un abogado.

Ber. Y qué tal...?

Osc. Tiene mucho talento.

Ber. No os pregunto eso. Es buen compañero?

Osc. Se echará al fuego por sus amigos.

Ber. Eso es lo que necesitamos... bien, le protegeremos. Y cuándo vendrá?

Osc. Hoy almuerza con nosotros.

Ber. Eso basta: yo le sondearé en un instante.

Osc. Ahí está mi hermosa prima.

ESCENA II.

LOS MISMOS, CESARINA, MR. DE MIREMONT.

Osc. Al fin os habeis dignado, Sr. Conde...

Mir. Sí, amigo mio, he venido para avisaros que me era imposible asistir...

Ber. (*Aparte á Oscar.*) No os lo decia?

Mir. Se va á tratar hoy un asunto importante en la Cámara de los Pares, y me es imposible faltar.

Osc. Pero una vez tan solo...

Mir. Lo mismo me decia mi muger no hace mucho...

Osc. De veras?

Mir. Porque las mugeres no conocen la importancia de estas cosas: ellas no ven mas que lo que las halaga; pero nosotros... Oh! Por otra parte, Cesarina es bastante razonable... yo... siempre hago su voluntad, cuando se trata de asuntos de poca entidad, pero tocante á negocios de Estado, sabe que soy inexorable.

Cesar. Y lo que es hoy me hareis la justicia de añadir que no he insistido mucho tiempo.

Mir. Es verdad.

Ber. Lo oís? no ha insistido... es señal de que no queria venir. (*Aparte á Oscar.*)

Cesar. Pues entre tanto que vos os ocupais de vuestros graves asuntos en la Cámara alta, iré, si no os oponeis, al Conservatorio:::

Mir. (*Tendiéndole la mano.*) Amiga mia...

Cesar. La muger del Ministro me ha ofrecido un asiento en su palco. Tomad el coche, y que venga despues á buscarme aquí... tengo que hablar entre tanto á Mr. Bernardet.

Ber. Estoy á vuestras órdenes.

Cesar. Oscar, acompañad á vuestro primo hasta el coche.

Mir. No hay necesidad...

Ber. Efectivamente, el Señor Conde no necesita de ningun apoyo... tiene en su edad una agilidad estremada.

Osc. (*Agarrando del brazo á Mr. de Miremont.*) Sin embargo...

Mir. Adios, querida mia, dentro de un cuarto de hora te enviaré el coche.

ESCENA III.

BERNARDET *y* CESARINA.

Ber. Teníais muchos deseos de ir á ese concierto, segun veo.

Cesar. (*Sonriéndose.*) De veras?

Ber. Aunque sea esto muy poco lisongero para nosotros...

Cesar. Es verdad, Doctor. Ayer estuve en casa del Ministro, que está ahora mas en favor que nunca; así es que tenia una infinidad de gente en el recibimiento, y me fué imposible hablarle un instante. Apenas tuvo tiempo para decirme «Vais mañana al concierto? mi palco está á vuestras órdenes." Despues añadió á media voz «No falteis, tengo que hablaros."

Ber. Sobre qué?

Cesar. No lo sé... probablemente será sobre la ley que se debe votar mañana.

Ber. Dicen que no pasará.

Cesar. Le faltan cuatro votos, y es preciso que se los busquemos.

Ber. Y cómo?

Cesar. Ya lo pensaré. — Despues que le haya hablado...

Ber. Y si teneis tiempo, porque el concierto será largo, podeis hacerle alguna indicacion sobre aquel asunto...

Cesar. Ya... aquella plaza en la escuela de medicina.

Ber. Todo el mundo me designa como el mas digno de ocuparla. Ademas, el gobierno debe tener un interés en que haya un profesor que le sea adicto, que ejerza alguna influencia sobre esa juventud turbulenta. En lòs dias de conflagracion con algunas frases como «Mis estudiantes, amigos mios, &c." Se hace uno popular, y no hay puesto por alto que sea que no se pueda alcanzar por este camino. *Sic itur ad astra.* Perdonad si os hablo en latin... la fuerza de la costumbre...

Cesar. Ya conozco, Doctor, vuestro talento y actividad, cuando se trata de vuestros intereses.

Ber. Y los de mis amigos. Yo os debo una numerosa clientela, es verdad... vuestras jaquecas y vuestros espasmos nerviosos me han acreditado en estremo; pero... confesareis que no he sido ingrato. Gaceta ambulante, boletin domiciliario, yo no hablo en todas partes sino de vos, de vuestra brillante sociedad, de vuestro crédito...

Cesar. (*Levantándose y agarrándole la mano.*)—Ya lo sé, Doctor, y podeis contar conmigo.

Ber. Hablareis al Ministro?

Cesar. Hoy mismo.

Ber. Una palabra; es zeloso vuestro marido?

Cesar. Esa pregunta...

Ber. Es cosa que os interesa. Es zeloso?

Cesar. Si yo quiero, sí: es uno de mis recursos; pero solo le empleo cuando es de absoluta necesidad. Por qué es esa pregunta?

Ber. Porque dicen que el Ministro está enamorado de vos.

Cesar. Mi marido es accionista de uno de los periódicos mas acreditados.

Ber. Ya lo entiendo.

Cesar. Y quién ha dicho eso?

Ber. Es una voz vaga que todavía no tiene consistencia. Quereis que se la deje correr ó que se la desmienta?

Cesar. Podeis decir que perdería su tiempo.

Ber. Ya lo sabia yo... rodeada de adoradores, pero insensible á sus obsequios, ni amais, ni habeis amado jamas.

Cesar. Acaso os equivocais... acaso hay en el mundo una persona, á quien en otro tiempo hubiera sacrificado la posicion mas brillante.

Ber. Ya... algun jóven que os adoraba.

Cesar. Al contrario, yo creo que me aborrecia... pero no hablemos mas de eso... decidme, con qué objeto se ha dispuesto este almuerzo.

Ber. Todos nuestros amigos vienen hoy á deliberar con el Champaña, sobre un asunto importante. Tenemos entre nosotros grandes artistas, grandes escritores, pero nos falta un Diputado, un Diputado nuestro que nos proteja...

Cesar. Ciertamente.

Ber. La Diputacion por San Dionisio está vacante, y antes de hablar á los electores, es preciso que elijamos entre nosotros cuál ha de ser nombrado.

Cesar. Ya... es una junta preparatoria. Y habeis ya decidido algo?

Ber. Esperaba saber vuestra opinion.

Cesar. Vos...

Ber. (*Despues de reflexionar.*) No... yo sería Diputado para...

Cesar. Para conseguir un empleo.

Ber. Y cuando el empleo se ha conseguido...

Cesar. Es inútil...

Ber. Seguro... pierde uno en los negocios del pais un tiempo precioso que puede emplear en los suyos propios. Yo no digo que algun dia...

porque tengo otros cálculos que no podeis adivinar.

Cesar. (*Con malicia.*) Los proyectos de ambicion se adivinan muy fácilmente: yo sé que en mi familia...

Ber. Quién! yo, Señora...

Cesar. Me alegraria de engañarme; pero volviendo á la Diputacion, habeis pensado algo?

Ber. Uno hay que aparenta no quererlo, pero que desea ser nombrado... Mr. de Montlucar.

Cesar. Y al mismo tiempo solicita entrar en la Academia de Ciencias morales y políticas... es demasiada ambicion, es preciso que todos se coloquen.

Ber. Es muy justo.

Cesar. Yo quisiera que empleáseis toda vuestra influencia por una persona cuyos adelantos deseo.

Ber. Quién?

Cesar. Mi primo Oscar.

Ber. Mucho habeis hecho ya por él, y ademas de eso vos misma no dejareis de conocer que es un hombre inútil.

Cesar. Lo sé mejor que vos; pero es mi pariente, y yo debo mirar por mi familia. Tambien estoy pensando en cómo emplear á su padre, que está oscurecido en un rincon de Provincia.

Ber. Qué sabe hacer?

Cesar. Nada.

Ber. En ese caso podreis colocarle en el Ministerio de Instruccion publica, en cualquiera Inspeccion...

Cesar. Su hijo tiene cuatro empleos y no hace nada.

Ber. De ese modo el padre ayudará al hijo.

Cesar. Eso aun necesito pensarlo, pero en cuanto á Oscar es cosa convenida.

Un criado que entra. El coche de la Señora.

Cesar. Ah! Dios mio! ya habrá empezado el concierto, y no podré oir la Sinfonia en *re* menor.

Adios, Doctor... contad con mi palabra.

Ber. Y vos con la mia. Cuándo iré por la respuesta?

Cesar. Hoy mismo, á mi casa.

Ber. Y yo os viviré reconocido.

ESCENA IV.

BERNARDET *solo.*

Segun creo no le han agradado mucho mis proyectos de ambicion. Oh! la hermosa Agata! está visto; Cesarina no quiere que haya matrimonios ventajosos como no sean los suyos, y no parece sino que en materia de casamientos se ha reservado el monopolio esclusivo de los Pares de Francia. Paciencia, ya llegará algun dia en que necesite de mí, y entónces hablaremos.

ESCENA V.

BERNARDET, OSCAR *y* EDMOND.

Osc. Bernardet! os presento un convidado. (*En voz baja á Edmond.*) Este es de los nuestros. (*A Bernardet.*) Este caballero es un amigo antiguo, mi compañero de Colegio, de quien os hablé esta mañana.

Ber. Ah! el distinguido abogado de quien hemos estado hablando tanto tiempo!

Osc. El mismo...

Edm. Gracias... yo no me atrevia á esperar...

Ber. Con un mérito como el vuestro se debe esperar todo.

Edm. Mi amigo Oscar se ha dignado hablaros de mí?

Ber. No tenia necesidad de eso. Una reputacion européa como la vuestra, un nombre tan conocido... Cómo se llama? (*Volviéndose y viendo á Oscar, á quien creia tener á su lado, y que está dando órdenes á un criado.*) Es igual...vos, amigo mio, habeis sabido hermanar la elocuencia con el foro moderno.

Edm. Caballero!...

Ber. Y esa delicadeza de diccion, esa gracia con que sabeis sazonar vuestros discursos sin que perjudique á la fuerza de los argumentos, vuestra voz clara y sonora...

Edm. Me habeis oido alguna vez?

Ber. Siempre que teníais alguna causa iba yo al Tribunal.

Osc. De veras? ya ves como te conoce... y no me habia dicho nada.

Ber. (Que necio!)

Edm. Y habeis oido mi última defensa?

Ber. No estaba bien colocado porque habia mucha gente y perdí mucho de vuestro discurso; sin embargo, yo me decia, ¡con cuánto placer sería yo amigo de este hombre! porque yo soy el amigo de todos los hombres de talento, y gracias á Oscar, se han cumplido mis deseos.

Edm. Es posible!

Osc. Ya ves... lo que yo te decia: ya estás admitido. No es verdad que es muy franco y muy amable?

Edm. Seguramente.

Osc. Pues todos nuestros amigos son idénticos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, SAN ESTEBAN, DESROUSEAUX *y* DUTILLET.

Osc. Ola! aquí están ya... voy á mandar que nos sirvan el almuerzo.

Dut. Doctor... (*A Oscar en voz baja.*) Quién es ese jóven que está con Mr. Bernardet?

Osc. Un nuevo amigo, Bernardet que le conoce mucho, os le presentará. Yo voy á mandar que abran las ostras... Doctor, haced mis veces. (*Váse por la izquierda.*)

Ber. (Ese imbécil nos deja!...)

Dut. (*A Edmond.*) Un amigo del Doctor debe serlo igualmente nuestro.

Desrou. Porque todos nosotros no somos mas que uno.

Edm. Señores, no me considero digno de tan lisongero recibimiento.

Ber. No lo creais... pura modestia. Aquí, amigo mio, hemos suprimido la modestia; cada uno debe saber lo que vale, y vos, mi elocuente Ciceron, tambien lo sabeis. Sí, señores, un abogado distinguido.

Desrou. El Señor es abogado?

Dut. Desde que Oscar se hizo poeta no hemos tenido ninguno.

Ber. Y Oscar, que no viene! (*Toma la mano de Edmond y la presenta á Mr. Dutillet.*) Mr. Dutillet, el librero que conduce á nuestros amigos al templo de la inmortalidad caminando adelante.

Dut. Favor, puro favor...

Ber. Es natural, el que conduce el carro debe llegar el primero. Inventor del papel satinado, de las márgenes de ocho pulgadas y de los carteles de quince pies cuadrados: en este momento está inventando uno de treinta. (*Acercándose á Desrouseaux.*) Nuestro Desrouseaux, nuestro gran pintor, que ha inventado el paisage romántico: genio creador, no se ha humillado como los demas á imitar la naturaleza, y ha inventado una que no encontrareis en ninguna parte, porque no existe.

Edm. Cielos!

Agat. (*A Zoé.*) Gracias, gracias, mi querida Zoé. Adios. Mr. Edmond. (*Zoé la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA V.

EDMOND, ZOÉ.

Edm. Diputado!... si yo fuese Diputado podria aspirar á su mano... Ah! ella ha adivinado lo que pasaba en mi corazon; lo que jamas la habia dicho.

Zoé. Pobre Edmond! cuánto os compadezco!

Edm. A mí!... á mí que soy el mas dichoso de los hombres!

Zoé. Qué decís? pues poco antes...

Edm. Poco antes era un insensato, que no oia nada, que rehusaba vuestros consejos... pero lo he pensado mejor y quiero ser Diputado á toda costa, sean cuales fueren los medios que para ello deba adoptar.

Zoé. Es posible!

Edm. Sí, moriré ó seré Diputado.

Zoé. Y buen Diputado por lo que veo, puesto que mudais de opinion con estremada facilidad.

Edm. Pero á quién he de recurrir, á quién debo dirigirme para que me nombren? yo no conozco á nadie.

Zoé. A Mr. de Miremont.

Edm. Mr. de Miremont debió á mi padre su vida y su empleo, pero desde que se casó parece haberse olvidado del hijo de su amigo.

Zoé. Cesarina...

Edm. Ella es la causa de esto, y como yo no he dudado en manifestar el desprecio que esa muger me inspira.

Zoé. Qué habeis hecho?

Edm. He hecho bien: nada hay mas despreciable que una jóven que por interés y ambicion procura seducir á un pobre viejo, y se casa con él. Por ese lado, nada tengo que esperar.

Zoé. Os podeis dirigir á mi marido.

Edm. Yo!

Zoé. Es claro... él no os lo ha de ir á ofrecer. Todo el mundo hace otro tanto. Allí viene, habladle.

Edm. Si supiérais lo que me cuesta!

Zoé. Valor. Ello es preciso.

Edm. Sí, sí... teneis razon. (Ella lo quiere.)

ESCENA VI.

MR. DE MONTLUCAR, *que sale pensativo por la puerta de la izquierda, y* EDMOND.

Mont. Seguramente, puede uno ser Diputado y conservar su color político: haciendo siempre la oposicion... Pero en mi situacion, yo no puedo proponerme á mí mismo... es preciso que me obliguen á ello.

Edm. (Ataquémosle.)

Mont. (*Con sequedad.*) Ah! sois vos, Edmond? Habreis venido á visitar á Madama de Montlucar?

Edm. No señor; he venido á veros.

Mont. Y qué feliz casualidad me proporciona tanto honor?

Edm. Un negocio importante. Sé que falta por nombrar un Diputado en San Dionisio...

Mont. Eso he oido decir... me mezclo tan poco en cosas de política...

Edm. Yo tengo allí algunas posesiones...

(y Oscar que no viene!) (*Aproximándose á San Estéban*) nuestro gran poeta, nuestro gran novelista, que se ha colocado en el campo de la literatura como el obelisco con su pesada mole y sus geroglíficos... (*Viendo venir á Oscar.*) Ah! acabárais de llegar: Venid, y ayudarme á pasar revista á todas nuestras notabilidades.

Osc. Entónces no almorzaremos en todo el dia. (*Dirigiéndose al fondo del teatro y hablando á los criados.*) Traed aquí la mesa, traed el Champaña, y las ostras si se han acabado de abrir. (*Volviéndose hácia el proscenio y viendo á Desrouseaux que da la mano á Edmond.*) Ola! parece que ya se ha hecho conocimiento.

Ber. Seguro... Todos estos Señores le conocen tan bien como yo. (*Oscar y Edmond se dirigen al fondo hablando.*)

Dut. (*A Desrouseaux.*) Sabes su nombre?

Desrou. No... y tú?

Dut. Tampoco; pero debe ser hombre de gran talento y muy conocido... todo el mundo le conoce.

Desrou. Y puede sernos muy útil.

Dut. Desde luego me defenderá *gratis* todos mis pleitos, y ya tiene obra... yo tengo todos los dias pleitos con los autores.

Desrou. (*A Edmond.*) Yo espero que me permitireis que os litografie: hace mucho tiempo que esperan con grande impaciencia vuestro retrato.

Edm. Qué decís!

Osc. Es preciso... todos estamos litografiados en mangas de camisa y sin corbata: es de rigor. El *negligé* del entusiasmo...! este es un medio de presentarse en todas partes y de hacerse conocer.

Est. Este caballero me permitirá que hable de él en mi primera novela. Tengo en ella un párrafo

lleno de calor sobre la profesion de abogado que parece haber sido escrito para él.

Edm. Tantos favores!

Est. Y vos hareis mencion de mí en vuestro primer discurso.

Dut. Y yo tiraré de él dos mil ejemplares: dadme vuestras improvisaciones el dia antes, y cuando salgais de la Audiencia tendreis ya pruebas.

Est. Y anuncios en todos los periódicos.

Ber. Y elogios en todas las sociedades.

Osc. Ya lo ves, amigo mio, estos son adelantos positivos: lo que yo te decia, adelantos por seguros mútuos.

Edm. Es muy singular.

Ber. Y por qué? estamos en un siglo de accionistas, y todo se hace por empresas y asociaciones, ¿por qué no las ha de haber de reputaciones?

Dut. Tiene razon.

Ber. Uno solo vale poco cuando trata de elevarse; pero subidos unos sobre los hombros de los otros, el que está arriba, por pequeño que sea, es un grande hombre. Hoy, por ejemplo, vamos á tratar de un negocio importante, del que podemos hablar ahora, puesto que el almuerzo no viene.

Osc. Es que como aun no han llegado todos... (*Sale un momento de la escena.*)

Ber. Se trata, amigos mios, de la Diputacion de San Dionisio.

Edm. (Cielos!) Y creeis que será posible...

Ber. Eso depende de nosotros y del que resulte elegido. Él debe tambien protegernos...

Edm. De veras?

Ber. Este es el secreto de nuestra fuerza, amistad á toda prueba, alianza ofensiva y defensiva; vuestros enemigos lo serán nuestros.

Est. Los atacarémos en verso y prosa.

Ber. Pero con la condicion de que habeis de pagarnos del mismo modo, y si casualmente en la Audiencia, en alguna causa ruidosa, encontrais ocasion de atacar á uno de vuestros cólegas...

Edm. Permitidme, caballero...

Ber. Un abogadillo, que en cierto discurso se atrevió á mofarse de mí... un hombre oscuro... desconocido... un tal Edmond de Varennes.

Edm. Caballero!...

Osc. (*Al oido de Edmond.*) Cállate, yo no le habia dicho tu nombre; pero por lo demas, ya ves que está muy dispuesto á tu favor.

Edm. Sí... ya lo veo.

Osc. Aquí tenemos otro convidado.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, *y* MR. DE MONTLUCAR.

Dut. Mucho ha tardado sabiendo que iba á tratarse de una cosa que tanto le interesa. Hace poco me habló para que le diese mi voto.

Desrou. Y á mí tambien.

Ber. Y á mí... pero es necesario antes de todo presentarle á nuestro nuevo amigo. (*Toma á Edmond de la mano y le presenta á Mr. de Montlucar.*)

Edm. Mr. de Montlucar!

Mont. Cielos!

Ber. Gracias á Dios que hay uno que le conoce.

Mont. Vos aquí?

Edm. Yo podia haceros la misma pregunta; vos que no quereis ser Diputado, que no solicitais los sufragios de nadie...

Mont. He seguido vuestro ejemplo. (*A los demas.*)

Este caballero es un liberal que viene á mendigar el voto de un legitimista.

Edm. El Señor es un legitimista que viene á mendigar el voto de todo el mundo.

Ber. ¿Pero qué importa todo eso, Señores? aquí no hay mas que amigos, la amistad no tiene mas que una opinion; cada uno en particular tenga la suya enhorabuena... tanto mejor, porque así tendrémos apoyos en todos los partidos. (*A Edmond.*) Vos sois partidario del Imperio, y (*Montlucar*) vos de la Monarquía, mi amigo Dutillet de la República y yo de todos: union admirable, y tanto mas sólida, cuanto que tiene por base lo que hay de mas sagrado y respetable en el mundo... nuestro interés. (*Tomando la mano de Montlucar.*) Dadme vuestra mano. (*A Edmond.*) La vuestra.

Edm. (*Retirándola.*) No, nunca, yo no podia imaginarme lo que acabo de ver y de oir. Yo no sabia que la primera condicion para ser vuestro amigo era prostituir su opinion y su conciencia al servicio de vuestros intereses. No, yo no lo haré nunca.

Ber. Cómo! un traidor entre nosotros!

Dut. Un traidor á la amistad!

Edm. No ultrajeis tan sagrado nombre; la amistad no conspira, no se oculta. Aquí no hay mas que complots, intrigas culpables, manejos que el éxito puede coronar tal vez; pero cuyo triunfo dura poco. Sí, el que sube por la intriga, caerá por la intriga, porque nada subsiste sino el talento: la intriga puede retardar, pero no impedir que suba, y cuando llegue su dia, cuando brille su luz, ya habreis entrado en la oscuridad que os espera y os reclama.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, *menos* EDMOND.

Ber. Pero quién es ese hombre?

Mont. Mr. Edmond de Varennes.

Osc. A quien vos conoceis perfectamente.

Ber. Por fuerza debe de estar loco ese hombre... Ocupémonos de cosas mas sérias. (*En este momento salen Leonardo, Savignac y Pontigni. Oscar se vá.*) Ya que estamos todos reunidos, Señores, se trata de nombrar entre nosotros un Diputado... Quién se considera mas acreedor á ser elegido? (*Todos hacen un gesto.*) Ya entiendo... Todos, todos son acreedores; pero, por el mismo interés de la asociacion, es necesario elegir al que pueda sernos mas útil, tendiéndonos una mano protectora desde la tribuna.

Dut. Me parece, Señores, que por mis relaciones íntimas con todo lo que se imprime y publica, puedo mejor que ningun otro...

Mont. Señores, creo que por mi posicion social, mis relaciones de familia, mi nacimiento y riquezas, podia mejor que mi digno compañero...

Ber. (Ya se les figura que están en la Cámara.)

Mont. Ofreceros un apoyo firme...

Est. Y por eso mismo, Señores, me parece que arrojando en medio de la Cámara una reputacion tan colosal y piramidal como la mia...

Dut. Permitidme que os diga...

Est. Dejadme acabar.

Dut. Yo os comprendo.

Est. Os engañais.

Dut. Digo que os comprendo, y por eso pido se proceda á la votacion.

Leo. Será unánime.

Pont. Es claro.

Sav. No habrá mas que un voto.

Todos. A la votacion, á la votacion.

Ber. Y cómo ha de hacerse?

Mont. Nada hay mas fácil: cada uno escribe en un papel el nombre de su candidato, y es negocio de un minuto. (*Todos se ponen á escribir, y Oscar durante este tiempo hace traer las ostras y colocar las sillas.*)

Osc. Señores, la mesa espera.

Ber. (Yo he nombrado á Oscar, ahora salga el que salga.)

Leo. Dejadnos un instante.

Mont. Estamos ocupados de cosas muy importantes.

Osc. No conozco nada mas importante que almorzar. Ah! se me habia olvidado el *Grave.* (*Se vá.*)

Dut. (*Leyendo las papeletas.*) San Estéban, uno. Montlucar, uno. Desrouseaux, uno. Dutillet, uno. Leonardo, uno. (*Lée los demas para sí.*)

Ber. (*Mirando las papeletas.*) Es particular! todos tienen un voto.

Sav. Ménos vos, Doctor.

Ber. Lo que vos decíais, la votacion será unánime. (Ya lo debia de haber previsto... cada uno se ha nombrado á sí mismo.)

Dut. Es singular! (despues de lo que me habian ofrecido...)

Mont. Sí, es estraordinario!... (despues de lo que habíamos convenido...)

Pont. Volvamos á empezar.

Ber. (*En voz baja á Montlucar, que va á escribir.*) La segunda diputacion será para vos, y Madama de Miremont os la ofrece con tal que deis ahora vuestro voto por su primo Oscar.

Mont. Lo prefiero á ese estúpido de San Estéban... ó á ese republicano de Dutillet.

Ber. (*A Dutillet en voz baja.*) Madama de Miremont os promete que sereis nombrado á la primera ocasion, con tal que elijais á su primo Oscar.

Dut. Ese majadero... bien; le prefiero mil veces á ese jesuita de Montlucar. (*Los demas escriben, y Bernardet habla al oido á varios de ellos.*)

Osc. Señores... vamos, luego podeis escribir.

Dut. (*Haciendo el escrutinio.*) Oscar, uno; Oscar, dos; Oscar, tres!... está nombrado... nombrado por una imponente mayoría.

Osc. Qué es eso? de qué se trata?

Ber. Que sois Diputado! *Tu Marcellus eris*!

Osc. Yo!...

Dut. Sí, Diputado por San Dionisio.

Osc. Es posible! yo que nada sabia... vamos, no dirán que ha habido intriga.

Mont. Cuando hay mérito en el hombre, no necesita de la intriga para brillar.

Ber. Ea, compañeros, juremos emplear todo nuestro crédito...

Dut. Toda nuestra influencia y nuestros amigos...

Ber. Para hacer nombrar Diputado á nuestro amigo Oscar Rigaut.

Todos. Todos lo juramos.

Ber. (*Echando Champaña en una copa.*) Y ahora bebamos por su nombramiento.

Osc. Señores, por la amistad.

Todos. (*Haciendo chocar las copas llenas de Champaña.*) Amistad eterna!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala lujosamente amueblada en la casa de Mr. de Miremont, una puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

AGATA *saliendo por la puerta de la derecha.*

Oir semejantes cosas y no atreverse á hablar!... hace una hora que está mi madrastra elogiando á su primo Oscar delante de mi padre: quiere que le nombren Diputado... Diputado ese imbécil! y el pobre Edmond, que no tiene mas apoyo que su mérito, y yo!... yo que le amo... Dios mio!

ESCENA II.

AGATA, *y* ZOÉ.

Zoé. Agata!

Agat. Eres tú, amiga mia?

Zoé. Sí... vengo á pasar el dia contigo.

Agat. Cuánto te lo agradezco!

Zoé. Mi marido está ocupado en negocios de suma gravedad; ha ido á San Dionisio con motivo de las elecciones...

Agat. Cómo! pretende ser nombrado?

Zoé. No, va á hablar por Mr. Oscar Rigaut.

Agat. Tambien él... todos están en su favor. Un hombre que es la ignorancia misma.

Zoé. Por eso le nombran... porque ninguno le teme.

Agat. Y nuestro pobre Edmond?

Zoé. Francamente... me parece que puede desechar toda esperanza.

Agat. Qué dices? sin duda por eso estaba tan agitado cuando le ví esta mañana.

Zoé. Yo lo creo; la injusticia y el infortunio han agriado su carácter, y tú no sabes de lo que es capaz... hace un momento entré en mi casa, donde habia dicho que no volveria hasta la noche, y me encontré una carta suya, una carta que me ha llenado de indignacion.

Agat. Y qué dice?

Zoé. Ah! léela.

Agat. (*Leyendo.*) «Todos mis esfuerzos son inútiles: no tengo valor para luchar por mas tiempo. Oscar será el elegido, y yo... no puedo soportar mi desgracia. Vos, que habeis sido mi amiga y sereis mi única confidenta, adios! Un amor sin esperanza ha martirizado mi vida; pero esta noche, cuando leais mi carta, no me tengais lástima, porque... habré dejado de padecer."—Ah! (*Dando un grito.*)

Zoé. No temas; ya he enviado á buscarle á su casa y pronto vendrá aqui para que ambas le riñamos; porque á la verdad, ese es un disparate. Si los amantes desgraciados no tienen paciencia y empiezan por matarse, qué va á ser de nosotras? Pobre Edmond! Yo no me consolaria nunca.

Agat. Y yo!... me moriria de pena.

Zoé. Qué dices?

Agat. Lo que hasta ahora te he ocultado á tí, á él, lo que yo hubiera querido ocultarme á mí misma. Si, yo le amo desde el tiempo en que nos llamaba hermanas, y él tambien me ama, pero con un

amor respetuoso, que ha ocultado en el fondo de su corazon, y que yo he adivinado tal vez antes que él mismo. Ah! si yo fuese dueña de disponer de mi mano y de mis bienes, no sería Edmond desgraciado. Pero qué tienes?

Zoé. Nada, continúa.

Agat. No, te veo inmutada.

Zoé. Pues bien, tienes razon, lo estoy: has hecho bien en esplicarte conmigo; no porque yo esté de ningun modo enamorada de él; pero como esta carta no nombraba á nadie... te lo confieso, creí que era por mí: esto halaga siempre: en fin, no pensemos mas en ello, puesto que este asunto ha concluido lo mejor posible para mí... y para mi marido.

Agat. Pero ese infeliz...

Zoé. Oye: puesto que todo el mundo conspira contra nuestro pobre Edmond, formemos nosotras una liga en su favor.

Agat. Buen apoyo!

Zoé. No tienen los hombres sus pandillas? por qué no las hemos de tener tambien nosotras?

Agat. Pero no tendrá la nuestra tanto poder; cómo habíamos nosotras de disipar los obstáculos que se ofrecen á su elevacion? Cómo conseguir que le nombrasen Diputado?

Zoé. Tal vez no será dificil, sinó por nosotras mismas, por aquellas personas en quienes ejercemos alguna influencia; pero en primer lugar, no hay que decir nada á Edmond, porque sería echarlo todo á perder.

Agat. Nada sabrá.

Zoé. Tú procura ganar al Doctor Bernardet, al confidente de tu madrastra: es hombre que puede sernos útil, y que manifiesta mucho cariño há-

cia tí. Siempre está temiendo que te resfries, y siempre te trae en los bolsillos pasta pectoral para si te oye toser.

Agat. Sí, ya lo he notado, y aun en confianza te diré que creo que me hace la rueda.

Zoé. A tí...

Agat. No, á mi dote.

Zoé. Entónces nada hemos dicho... él no querrá proteger á un rival.

Agat. Qué recurso nos queda?

Zoé. (*Con alegría.*) Ah! ya tengo uno... todo depende de tu madrastra, ella dirige esos complots y es preciso hacer por ganarla.

Agat. Pues cómo?

Zoé. Nada hay mas fácil, si Edmond consiente en ser un poco amable, un poco galante con ella...

Agat. Qué dices?

Zoé. Y la haga creer que la ama.

Agat. No me gusta ese medio... es malo, impracticable, y él ademas no querrá tampoco, porque la detesta.

Zoé. Ya lo sé.

Agat. Y mi madrastra tambien le aborrece.

Zoé. Eso... no sé. En fin, tranquilízate que yo haré lo que juzgue mas conveniente.

Agat. Pero, qué vas á hacer?

Zoé. Qué te importa? ni tú ni Edmond os mezclareis en nada; yo quiero terminar este negocio.

Agat. Pero vas á grangearte una enemiga mortal.

Zoé. Sin esto lo es ya hace mucho tiempo. Si lo consigo, Agata, aseguro la suerte de un amigo, su felicidad, la tuya, (*Alargándole la mano*) la mia tambien.

Agat. Amiga mia!

Zoé. Ahí está tu madrastra: qué pensativa viene!

Agat. Siempre está así.

Zoé. Eso cae bien á las mugeres que son hombres de Estado. Déjanos solas.

ESCENA III.

ZOÉ, *y* CESARINA.

Cesar. (*Sale pensativa y se sienta en una silla á la derecha.*) — Bernardet ha sido nombrado... pero el Ministro me ha dicho «me faltan cuatro votos para que se apruebe la ley...'' si yo pudiese proporcionárselos, mi valimiento no tendría límites. Pero es imposible... Si Oscar fuese Diputado, tendríamos ya uno, sería un cero que podría servir de algo, pero ya no será tiempo.

Zoé. (Aunque tenga que interrumpir sus reflexiones diplomáticas...) (*Acercándose.*)

Cesar. (*Viéndola.*) Madama de Montlucar!

Zoé. Querida Cesarina...!

Cesar. Vos por acá? mucho lo estraño.

Zoé. Por qué?

Cesar. Mr. de Montlucar suele favorecernos muy á menudo con sus visitas, pero vos sois menos amable, ó mas orgullosa.

Zoé. Es que desde que nos conocimos en el Colegio...

Cesar. (Nunca habla dos palabras sin acordarse del Colegio.)

Zoé. Ha dado el tiempo tantas vueltas...

Cesar. No sé...

Zoé. Desde que érais nuestra aya...

Cesar. (*Con orgullo.*) No sé que haya ninguna diferencia.

Zoé. (Insolente!)

Cesar. (*Con amabilidad.*) Solo sí veo que desde que

mejoró mi situacion he caido en vuestra desgracia, y de eso me quejo.

Zoé. (Me vende ahora proteccion.)

Cesar. Yo por mi parte nunca he olvidado á mi amiga Zoé, tan amable, tan sencilla...

Zoé. Quereis decir tan simple! (*Con aire burlon.*) Teneis razon, por eso envidio yo en vos esa sutileza, esa sagacidad que dirige todas vuestras acciones, y es seguro que ahora como en el tiempo que estábamos en el Colegio, necesito aprender de vos.

Cesar. Basta, querida Zoé, me estais adulando, sin duda me necesitais para algo.

Zoé. Lo que yo decia, teneis una sagacidad...!

Cesar. Decidme lo que querais; venís de parte de vuestro marido?

Zoé. No.

Cesar. Por vos misma?

Zoé. Ménos.

Cesar. Pues por quién?

Zoé. Eso es lo que no me atrevo á deciros, y casi estoy arrepentida de haber dado este paso.

Cesar. Qué simpleza! Entre nosotras...

Zoé. Se trata de un negocio de uno de nuestros mas antiguos amigos, cuya vida está en gran peligro.

Cesar. Quién?

Zoé. Edmond de Varennes.

Cesar. (*Procurando ocultar su turbacion.*) Edmond!

Zoé. (No me engañé, le amaba.)

Cesar. Su vida está en peligro!

Zoé. Sí, y vos sois la causa... el amor que os ha profesado...

Cesar. (*Turbada.*) A mí....

Zoé. (Le ama todavía.)

Cesar. No puedo creer lo que me decís, Zoé, amarme el que huye siempre de mí! que me ha mani-

festado mil veces un implacable aborrecimiento!

Zoé. Considerad tambien lo que pueden el amor propio, y los zelos en el alma de un jóven. Ha perdido todas sus esperanzas, os vé casada con otro hombre y no quereis que huya de vos, que os manifieste su resentimiento? leed esta carta, ella os lo dirá mejor: vereis el estado á que habeis reducido á ese infeliz.

Cesar. Dios mio! (*Lée la carta para sí.*) Es verdad! Con que me amaba sin decírmelo!

Zoé. Y nunca os lo dirá... yo os lo aseguro.

Cesar. (*Devolviéndole la carta.*) Bien, no importa... yo estraño mucho que me hayais traido esta carta.

Zoé. Y qué queríais que hiciese? estaba tan aturdida! creía que fuese mejor dar este paso, que él no sabrá nunca, que dejarle morir.

Cesar. Pero qué quereis que yo haga? yo no debo verle ni hablarle.

Zoé. Eso es claro; pero á lo menos, no lastimeis su cariño con vuestro aborrecimiento; porque su mayor pena es que está persuadido de que sois su enemiga declarada.

Cesar. Yo!...

Zoé. Ya lo habeis visto por esa carta; estaba en el número de los candidatos para la eleccion de Diputado, y todas sus esperanzas se fundaban en eso, y vos apoyais con vuestra influencia á un pariente vuestro que regularmente lo conseguirá. Os parece justo?

Cesar. No... no, Zoé... teneis razon, antes de todo es la justicia; yo os respondo de que si es tiempo todavía... en fin, yo veré. No estoy segura de conseguirlo, pero pondré todos los medios.

Zoé. Eso es todo lo que yo os pido.

Un criado. El Doctor Bernardet!

ESCENA IV.

DICHAS, BERNARDET.

Ber. He recibido mi nombramiento, por lo que os doy mil gracias: vos sois mi ángel tutelar. En recompensa tampoco he descuidado vuestro encargo, y en este momento acabo de llegar de San Dionisio con Mr. de Montlucar, (*á Zoé*) vuestro marido, que me ha dado un asiento en su *tilbury*.

Cesar. y Zoé. (*Con impaciencia.*) Y qué?...

Ber. Pues... (*Mirando á Zoé con desconfianza.*)

Cesar. Podeis hablar lo que querais.

Zoé. Sí, Doctor, soy de los vuestros.

Ber. Pues bien, Señora, todo va perfectamente.

Cesar. Cómo?

Ber. Ahora acabamos de salir de la junta preparatoria del primer colegio: Oscar ha hablado á los electores, y su improvisacion ha producido el mejor efecto, salvo uno ó dos párrafos en que le ha faltado la memoria. Pero por lo demas ha estado bien el discurso; nuestro amigo San Estéban lo ha escrito, y esta tarde lo publicaremos en el periódico con notas y reflexiones imparciales del redactor, y entre paréntesis «Señales de aprobacion general."

Cesar. Con que toda la asamblea estaba en su favor!

Ber. Nada de eso: una tercera parte lo mas, compuesta de nuestros amigos, de los dependientes de Mr. de Montlucar y de algunos papanatas indecisos que eran de nuestra opinion, porque al entrar en la sala se habian puesto á nuestro lado; el resto se manifestaba dispuesto á hacer la oposicion cuando yo eché mano de nuestro último re-

curso; me coloqué frente por frente de él y le atáqué bruscamente sobre sus opiniones.

Cesar. Si él no ha tenido jamas ninguna.

Ber. Mejor, así puede adoptar la que mas le acomode. Pues, como decia, despues que acabé de hablar, volvió Oscar á tomar la palabra y dijo...

Cesar. Qué?

Ber. El segundo discurso preparado para la respuesta: rechazó todos mis argumentos con calor, y yo me ví obligado á convenir en que tenia razon, y los nuestros empezaron á gritar «lo oís? hasta sus mismos enemigos se ven precisados á hacerle justicia." Este golpe teatral diestramente manejado nos atrajo á los inocentes, á los de reata; los que sin saberlo componen la mayoría.

Zoé. (*A Cesarina.*) Elegirán á Oscar.

Ber. Yo respondo de ello, y el éxito es seguro siempre que vuestro marido le presente en el segundo colegio, donde estarán sus dependientes. Ah! ya veo al Sr. Conde vestido y...

ESCENA V.

DICHOS, MR. DE MIREMONT.

Mir. Sí, Doctor, solo espero á que venga Oscar para que vayamos á la junta preparatoria.

Zoé. (*A Cesarina aparte.*) (Por Dios, impedid que vaya.)

Cesar. Y cómo, si yo le he persuadido á ello?

Zoé. Habladle mal de vuestro primo.

Cesar. No hace mucho que le he hecho mil elogios de él?

Zoé. Y entónces?

Cesar. Teneis razon, pero... él viene allí.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, OSCAR.

Zoé. Venir en el momento en que se va á hablar mal de él... los necios tienen fortuna.

Osc. Vengo, querida prima, á participaros el triunfo que acabo de obtener.

Cesar. Ya nos lo ha contado el Doctor.

Osc. Que se ha portado perfectamente, lo mismo que Mr. de Montlucar y todos nuestros amigos. Es verdad que yo tambien he hablado perfectamente... he hablado mas de dos horas.

Zoé. El tiempo no es lo mas esencial.

Mir. Si tal, así se impide que hablen los otros. En nuestra Cámara hay uno ó dos así, que ocupan toda la sesion y nunca hay nada que contestarles.

Osc. Ahora, querida prima, vengo á reclamar vuestra promesa.

Mir. Os estaba esperando.

Zoé. Hace frio, y ese viage os puede perjudicar.

Ber. Al contrario, necesita tomar el aire y hacer ejercicio.

Cesar. (*Ap. á Zoé.*) Yo os respondo de que no irá.

Mir. (*A un criado.*) Que enganchen los caballos.

Zoé. (Si sale de este apuro, merece ser Ministro á fé mia.)

Cesar. Os hará mucho provecho el salir, y aun cuando os espusiéseis á coger un catarro ú otra cualquier friolera así, se podia dar por bien empleado, tratándose de uno de la familia. En cuanto á mí, si fuese necesario me espondria por vos, querido primo, á otros peligros mayores.

Osc. Amable Cesarina!

Cesar. Siempre os he querido tanto!... os acordais

años atrás cuando nos paseábamos juntos por las orillas del *Yonne*, y apoyada en vuestro brazo, os decia, Oscar!!!

Osc. No me acuerdo.

Cesar. Como eso sucedia tantas veces! y era natural con los proyectos que sobre nosotros tenian nuestros padres.

Osc. Es verdad.

Mir. Y de qué? (*Inquieto.*)

Cesar. Siempre es costumbre pensar en casar á los primos. Esas ideas pasan, pero quedan la amistad y el cariño.

Ber. (Ha perdido el juicio.)

Cesar. No pasa un dia sin que os hable de él.

Mir. En efecto...

Osc. Cuánta bondad!

Cesar. Y esta mañana...

Mir. Es verdad... habeis manifestado por él un interés...

Cesar. Habia soñado que todos nuestros desvelos eran inútiles, que otro habia conseguido triunfar en la eleccion.

Ber. (*Procurando cambiar la conversacion.*) Me parece que ya es hora...

Mir. Dejadme.

Cesar. Pero, gracias á Dios, no se han realizado mis temores.

Mir. Pudiera ser muy bien.

Cesar. Qué decís?

Un criado. Ya está el coche.

Cesar. (*A Oscar con ternura.*) Adios, Oscar. (*A Miremont.*) Id pronto, pronto, antes que se anticipe alguno...

Mir. No Señora, ya no voy.

Cesar. Cielos! y por qué?

Mir. Por qué? Vos me lo preguntais!

Cesar. No sé...

Mir. Veo mas claro de lo que pensais... Muchas veces, Señora, se suele uno vender á sí mismo.

Cesar. Qué quereis decir?

Mir. Hay cosas que no se pueden ocultar, y á mí me basta una palabra, una mirada, para descubrirlo todo.

Cesar. Qué significa esto? Yo os ruego que os espliqueis.

Mir. No, yo no diré mas, pero os observaré, y si son ciertas mis sospechas, temblad. (*Al criado.*) Que desenganchen, ya no salgo.

Cesar. (*Apretando á Zoé la mano.*) He triunfado.

Zoé. Sí, ya lo veo. (*Con malicia.*)

Mir. (*A Oscar.*) Podeis ir á San Dionisio, si gustais; pero no conteis conmigo para nada: adios, Señora.

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* MR. DE MIREMONT.

Ber. Yo no sé lo que me pasa.

Osc. Ni yo... prima mia...

Cesar. No hay mas que un medio de componerlo.

Osc. Sí, prima.

Cesar. Id corriendo á la asamblea.

Osc. Sí, prima.

Cesar. Presentaos allí, que os vean los electores.

Osc. Sí, prima.

Cesar. Habladles mucho, hablad á todo el mundo.

Osc. Sí, prima.

Ber. (*Queriéndole detener.*) Un momento.

Cesar. Silencio, Doctor... marchad corriendo; ya debíais estar de vuelta.

Osc. Sí, voy, voy al momento.

ESCENA VIII.

BERNARDET, CESARINA, ZOÉ.

Ber. Pero si habla, lo echa todo á rodar.

Cesar. Sí, es hombre perdido.

Ber. Y haber manifestado así á vuestro esposo el interés...

Cesar. Estoy casi por arrepentirme de haber hecho que os nombrasen profesor.

Ber. Pero no veis que si oyen hablar á ese pobre muchacho es negocio perdido?

Cesar. Y si fuese esa mi intencion?

Ber. Ah! ya entiendo.

Cesar. Escuchadme, Doctor: yo tengo en esta casa una grande influencia, y vos ciertas miras que he creido adivinar.

Ber. Qué quereis decir?

Cesar. Un buen dote, una rica heredera...

Ber. Podreis creer...

Cesar. Que sean esas ó no vuestras ideas, no me opongo á ellas, y aun tal vez las favoreceria con una condicion.

Ber. Cuál?

Cesar. Que quede hoy nombrado Diputado Edmond de Varennes.

Zoé. Bravo!

Ber. Y cómo he de hacer?...

Cesar. Eso os toca á vos.

Ber. Voy corriendo, pero... no habíais hablado al Ministro en favor de Oscar?

Cesar. Apenas me escuchó, porque le tienen sumamente inquieto los cuatro votos que le faltan. Ah! ya tengo un medio. (*Se pone á escribir.*) Aquí le

ofrezco buscárselos y le recomiendo á nuestro candidato: tomad.

Ber. Voy.

Cesar. Decid á nuestros amigos que esparzan la voz de que mi marido está gravemente enfermo, y vos decidlo tambien por todas partes.

Ber. Yo! su médico!

Cesar. Dentro de tres dias, á lo mas, estará bueno: y una cura maravillosa...

Ber. Teneis razon, una cura maravillosa, que celebrarán nuestros amigos, y que se insertará en la *Gaceta de medicina*. Pero no podria saber?...

Cesar. Nada... haced lo que os digo: y á vos, Zoé, os encargo el secreto, mi marido está enfermo.

Ber. Pero y si le ven?

Cesar. No saldrá: yo me encargo de todo, la carta al Ministro.

Ber. Voy... tal vez le encontraré en la sala de conferencias.

Cesar. Con que esparcireis la noticia?

Ber. Perded cuidado: el santo á todos nuestros amigos, artículos en los periódicos de la tarde... Ah! haré que echen paja en la calle para que no le incomoden los carruages: luego iré á pedir la licencia al prefecto. (*Váse.*)

Cesar. Ya veis... obedece al impulso.

Zoé. (Y ella al mio.) Edmond será Diputado.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Biblioteca de Mr. de Miremont: tres puertas, una en el fondo, y dos á los lados; á la izquierda una mesa y á la derecha una chimenea.

ESCENA PRIMERA.

CESARINA, *y* MR. DE MIREMONT.

Mir. Pero estás segura, amiga mia, de que se va á presentar en la próxima semana ese proceso político en la Cámara de los Pares?

Cesar. Nadie lo sabe todavía, pero la muger del Ministro me lo ha confiado en secreto, y vos que estais algo delicado, vais tal vez á caer enfermo en el momento crítico, y esto daria lugar á sospechar...

Mir. Tienes razon.

Cesar. Pero guardando cama ocho ó diez dias antes, os hallareis bueno para entónces, y si el mal se agrava, no será culpa vuestra.

Mir. En efecto, yo no podia prever...

Cesar. Para conseguir esto es necesario hacer lo que os he dicho, no salir de casa, no ver á nadie.

Mir. Y qué ha dicho el médico?

Cesar. Dice que es una irritacion del pecho.

Mir. (*Haciendo por toser.*) Efectivamente, siento un fuego...

Cesar. Que no es nada en la apariencia, pero que

pudiera ser de consideracion si no dejais por algun tiempo vuestros trabajos parlamentarios.

Mir. Sí, sí, ya te he prometido que no saldré... Tú tambien me has ofrecido no hablarme mas de Oscar.

Cesar. Sí, os lo juro.

Mir. Y no interesarte mas por él.

Cesar. Yo no sabia que esto pudiera desagradaros, y por mas que sean injustas vuestras sospechas... Quereis que os ofrezca no volverle á ver?

Mir. Eso es demasiado; no... no quiero tanto. Una sola cosa desearia pediros.

Cesar. Cuál?

Mir. Habeis pronunciado, no hace mucho, un nombre, que me ha traido á la memoria varios recuerdos. Habeis nombrado á Mr. Edmond de Varennes, á cuyo padre debí en otro tiempo mi posicion y mi vida, y sin embargo, apenas nos acordamos de su hijo, jóven á quien yo aprecio, y que vos, no sé por qué, aborreceis.

Cesar. Es cierto: es un jóven de mucho talento, pero le tengo una antipatía mortal.

Mir. Yo quisiera por el contrario... pero quién viene?

ESCENA II.

DICHOS, ZOÉ.

Zoé. Soy yo, que vengo á visitar á nuestro enfermo. Cómo va?

Mir. No muy bien.

Cesar. Y escepto vos, mi querida Zoé, está prohibido que entre nadie.

Mir. Con vuestro permiso voy á entrar en mi habitacion, porque me siento tan débil!

Un criado. Mr. Oscar Rigaut.

Mir. Oscar! ese nombre me irrita todo el sistema nervioso.

Cesar. (*En voz baja.*) Calmaos.

Criado. Quiere ver al Señor.

Cesar. Decid que no se le puede ver.

Criado. Tambien quiere hablar á la Señora.

Cesar. Decidle que la Señora no puede recibirle. (*Se va el criado.*) Estais contento?

Mir. Tú eres un ángel. Vaya... prométeme reconciliarte con Mr. Edmond...

Cesar. Ya que es vuestro gusto...

Mir. Querida Cesarina! (*Besándole la mano.*) adios! (*A Zoé al marchar.*) Hace de mí todo lo que quiere.

ESCENA III.

ZOÉ, CESARINA.

Zoé. (*Haciéndola una reverencia.*) Bien, Señora, muy bien... os confieso que en esto de intrigas me sería imposible llegar á un grado de perfeccion tan admirable.

Cesar. Tal vez sí.... teneis muy buena disposicion, y con algunas lecciones... ahí está el Doctor.

ESCENA IV.

DICHAS, BERNARDET.

Ber. (*Hablando hácia dentro.*) Sí, Señores, de hora en hora se mandará á la consergería una noticia del enfermo. (*Manifestando tristeza.*) Perdonadme si por la inquietud en que me hallo, no os digo por ahora mas. Me están esperando para una

consulta. (*Viendo á las Señoras.*) Ah! estábais ahí?

Cesar. Cómo va nuestro negocio?

Ber. A pedir de boca. Es una maravilla ver la facilidad con que se esparcen las noticias malas.

Cesar. Y el Ministro?

Ber. Le entregué vuestra carta, y despues pasé á la sala de conferencias, donde manifestando un profundo sentimiento comuniqué á todos los que allí estaban la triste nueva de la enfermedad de vuestro esposo. Pocos momentos despues todos venian á preguntarme, pero yo solo respondia con un silencio melancólico, dando á entender que tenia muy poca esperanza de que sanase. Así es que cuando vieron al Ministro, todos empezaron á dirigirse á él, todos tenian que decirle alguna cosa reservadamente. Esto era natural; todos le ofrecian su apoyo para pescar alguno de los ocho empleos que reune vuestro esposo; de modo que faltando cuatro votos para que se apruebe la ley, sobran ya veinte y cinco.

Cesar. Perfectamente!

Zoé. Ya comprendo...

Ber. La ley va á ser aprobada por una inmensa mayoría, gracias á la fingida enfermedad del Conde que ha producido un efecto mágico, no solamente en la Camara, sino aun en nuestros amigos, á quienes no juzgué conveniente participarles el misterio para que desempeñasen sus papeles con mas naturalidad.

Cesar. Bien hecho.

Ber. De modo que todos ellos han abandonado á Oscar, creyéndole privado de su único apoyo, Mr. de Miremont. (*A Zoé.*) Pero lo que no hubiera creido nunca... no habiais avisado á vuestro marido?

Zoé. Os ofrecí que no diría á nadie nada.

Ber. Le he encontrado en casa de uno de mis clientes, á quien fué á pedir su voto para ocupar el puesto de Mr. de Miremont en la Academia de ciencias morales y políticas. Habia tanta gente que no pude hablarle un momento para desengañarle, y volvió á subir en el coche para continuar sus visitas.

Zoé. Dios mio!

Ber. Pero no os dé cuidado, así tendrá ya dados esos pasos para la primera vacante que haya. (*A Cesarina.*) Ahora quisiera que vos me dijéseis la causa que ha motivado esta contra-revolucion.

Cesar. Cuál?

Ber. Este cambio en favor de Mr. Edmond, nuestro mortal enemigo.

Cesar. Ya os lo diré á su tiempo.

Ber. Es necesario que yo lo sepa.

Zoé. Para qué? ni él mismo lo sabe.

Cesar. Ciertamente: y es preciso que yo le vea.

Zoé. (Lo que es por hoy no será fácil.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, AGATA, *y un criado que la sigue.*

Agat. Mr. Edmond pregunta por mi padre.

Cesar. y Zoé. Edmond?

Agat. Qué se le contesta?

Zoé. Que el señor Conde no puede recibir á nadie.

Cesar. Eso es bueno para los estraños, pero los amigos de mi marido, los amigos antiguos de la familia...

Agat. (*Aparte á Zoé.*) Qué quiere decir esto?

Cesar. (*Al criado que se va.*) Decidle que entre: tendrémos mucho gusto en verle.

Agat. (*Aparte á Zoé.*) Yo no comprendo...

Zoé. Todo está cambiado, pero temo...

Agat. Qué?

Zoé. Callad.

ESCENA VI.

LOS MISMOS *y* EDMOND: *las señoras se sientan y hacen alguna labor.*

Edm. (*A Cesarina con frialdad.*) Perdonadme, señora, si me atrevo á presentarme de este modo en vuestra casa; pero la noticia que acaban de darme me servirá de disculpa. Es cierto que Mr. de Miremont está tan malo como dicen?

Cesar. Es verdad, pero no hemos perdido la esperanza de que recobre su salud, por la que tanto interés manifestais.

Edm. Mucho, señora: Mr. de Miremont fué amigo de mi padre, y tambien mio... si ha dejado de serlo, no por eso le culpo.

Cesar. Y á quién culpareis en ese caso?

Edm. No me lo pregunteis, pues soy demasiado franco y tal vez os lo diría.

Cesar. Y si estuviéseis equivocado?

Edm. (*Con indignacion.*) Señora!

Zoé. (Imprudente!)

Edm. Perdonadme: me habia olvidado de que estaba en vuestra casa. (*Cesarina le hace una seña para que se siente á su lado, como efectivamente lo hace.*)

Ber. (*Aparte á Zoé.*) Que me lleve el diablo si yo sé por qué le protege, porque á la verdad no es nada amable. Como no esté enamorada...

Zoé. Puede ser.

Ber. Eso es diferente.

Cesar. Segun veo, Edmond, veníais espresamente á reñir conmigo.

Edm. No creía tener el placer de encontraros.

Cesar. Que eso quiere decir, que no habeis venido por mí.

Edm. Me es fuerza confesarlo.

Zoé. (Él se pierde.)

Edm. No sé por qué me escribió Madama de Montlucar que viniese á verla aquí.

Cesar. Ah! le habíais escrito, Zoé, sin avisarme.

Zoé. Sí señora.

Cesar. (*Con satisfaccion.*) Está bien.

Edm. Yo creí que la señorita Agata tenia algo que mandarme.

Agat. Yo!...

Zoé. Ah! la seda. (*Dejando caer un ovillo que recoge Edmond, al devolvérselo le dice bajo.*) No hableis á Agata, ni la mireis tanto delante de su madrastra.

Edm. Por qué?

Zoé. Silencio.

Cesar. Me habian dicho, Mr de Varennes, que aspirábais al cargo de Diputado por San Dionisio.

Edm. He desistido ya.

Cesar. Por qué? os faltan acaso amigos?

Edm. No tengo uno solo.

Cesar. Eso es demasiado exagerar.

Edm. Efectivamente, no hace mucho encontré uno que me ofreció su apoyo, y á quien solo conocia de haberle visto ayer en casa de Oscar... es un tal Dutillet, un librero.

Ber. Ya yo le habia avisado. (*Aparte á Zoé.*)

Edm. Me dijo, «sé que ayer procedí mal con vos, pero me ha informado un amigo sobre vuestras brillantes cualidades...” no sé quién puede ser este amigo.

Ber. Yo.

Edm. Vos!

Ber. Sí, yo he hablado en favor vuestro.

Edm. Despues de lo que ha pasado entre nosotros::

Ber. Eso os probará que yo sé apreciar el mérito hasta en mis enemigos. Estas Señoras pueden decir si antes que viniéseis no estaba haciendo mil elogios de vos.

Zoé y Cesar. Es cierto.

Agat. Es posible!

Edm. Yo que os habia ofendido...

Ber. No importa: la justicia es antes que todo, y en este momento voy á hablar á mis amigos, á cuantos electores conozco; adios, Señoras.

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* BERNARDET.

Edm. Tanta generosidad! que injusto he sido con él.

Cesar. Y no solo con él, Edmond: algun otro hay á quien habeis ultrajado, sin conocer lo que os apreciaba.

Edm. No os comprendo.

Cesar. Os habeis acostumbrado á no ver en todas partes mas que enemigos.

Zoé. Cierto.

Edm. Y no tenia razon, cuando veia que todos conspiraban contra mí, en el Tribunal, en la sociedad, en los periódicos?

Zoé. (*Leyendo un periódico que coge de la mesa.*) «Un gran número de electores del cuartel de San Dionisio, se reunen para nombrar Diputado á Mr. Edmond de Varennes. Si un talento á prueba,

un carácter incorruptible y el mas ardiente patriotismo son las cualidades que deben exigirse á un Diputado; es de esperar que Mr. de Varennes sea nombrado por unanimidad."

Edm. Es posible! ese periódico que tan mal ha hablado de mí!...

Zoé. (*Sigue leyendo.*) «Todo el mundo ha leido, y todos han tenido lugar de admirar su soberbio discurso en el pleito de la señorita Miremont, donde brillan en alto grado una erudicion, un fuego, y una elocuencia, &c. &c." Siguen dos columnas de elogios que omito por no ofender vuestra modestia.

Agat. (Le hacen justicia!)

Edm. Y ayer decia precisamente lo contrario... qué significa esto?

Cesar. Esto significa que no todos los dias son iguales.

Agat. Que tarde ó temprano siempre triunfa el verdadero mérito.

Zoé. Que es mal hecho perder toda esperanza, y sobre todo querer matarse.

Edm. Os quereis callar?

Zoé. No señor, no... debo decirlo.

Edm. Pero es un sueño lo que me pasa?... yo que me creia abandonado de todos y de mí mismo.

Agat. Y hacíais muy mal.

Edm. Y Mr. de Miremont, vuestro padre?

Cesar. Está muy prevenido á vuestro favor, y hará todo lo posible para que consigais vuestros deseos. Si su salud se lo permitiese os presentaría él mismo á los electores.

Edm. ¿Quién ha disipado sus prevenciones, quién se ha dignado de hablarle por mí? (*Mirando á Agata.*) Ah! ya lo sé.

Zoé. (*Con viveza.*) Una persona con quien sois demasiado injusto... su muger.

Edm. Cesarina!

Zoé. Sí, Edmond, yo soy testigo de ello...

Cesar. Tenia que vengarme de vos, caballero, y ya lo he conseguido.

Agat. (Es incomprensible todo lo que aquí pasa.)

Cesar. Solo siento que por una indiscrecion de Zoé hayais sabido lo que yo queria que ignoráseis siempre. Yo sé que vos me aborreceis...

Edm. Cierto es, Señora, que he sido muy injusto.

Cesar. Lo conoceis al fin...

Edm. Pero os diré la razon, os la diré con franqueza.

Zoé. Edmond... quereis callar?

Cesar. Por qué? lo que yo aprecio mas en el mundo es la franqueza.

Zoé. (Yo tiemblo!) (*Se oye tirar una campanilla.*)

Cesar. Llaman en la habitacion de mi marido.

Zoé. Ya podrá recibir, Mr. Edmond.

Cesar. No, esperad un momento: quereis ir, mi querida Agata, á ver lo que quiere vuestro padre? Tengo que hablar un instante con Mr. de Varennes.

Agat. (*Con alegría.*) Voy corriendo. (*Aparte á Edmond.*) Haced todo cuanto os diga... yo por mi parte voy tambien á hablar á mi padre. (Yo no comprendo una palabra, pero todo va bien.)

ESCENA VIII.

ZOÉ, CESARINA, *y* EDMOND.

Zoé. Imprudente!... se va! no los perderé de vista si nó es negocio perdido. (*Se vuelve á sentar y coge su labor.*)

Cesar. (Se pone á trabajar ahora... vamos esta muger es negada.) (*Un momento de silencio: viendo que Zoé prosigue trabajando se acerca á ella y la dice.*) Querida Zoé.

Zoé. Señora!

Cesar. Es preciso que le hable sobre la eleccion y los obstáculos que pueden oponerse...

Zoé. Sí, teneis razon, debemos hablarle.

Cesar. Esta conversacion acaso os fastidiará.

Zoé. Nada de eso... al contrario, no tengo nada que hacer, y...

Cesar. No me ha entendido.

Zoé. Me habeis ofrecido darme algunas lecciones, y quiere decir que aprenderé escuchando.

Un criado. Mr. de Montlucar!

Zoé. Que pase adelante.

Cesar. (No habia bastante con la muger, sino que tambien el marido...) Decid que no estoy en casa, que no puedo recibirle...

Criado. Dice que no quiere mas que hablar dos palabras con su señora.

Cesar. Eso es otra cosa. Id á ver lo que quiere vuestro marido.

Zoé. Yo!...

Cesar. Sí, sí... no le hagais esperar.

Zoé. No quisiera dejaros solos, porque os va á decir alguna tontería que os pudiera incomodar.

Cesar. No temais.

Zoé. (Yo volveré al momento.)

senta otro candidato, será el éxito muy dudoso.

Edm. Dios mio!

Mir. No conoceis á nadie...

Edm. No; pero Cesarina me habia ofrecido hablar al Ministro.

Cesar. Me ha sido imposible verle.

Edm. Entónces, pierdo toda esperanza, porque no conozco á nadie en el Ministerio.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *y* BERNARDET.

Ber. Es negocio concluido... ahora vengo de la Cámara.

Cesar. Y qué?

Ber. La ley ha sido aprobada por treinta y cinco votos de mayoría.

Cesar. Treinta y cinco votos!

Mir. Os admirais de eso? Ya yo lo habia previsto y lo dije á muchos de mis cólegas. Pero hablando de otra cosa, sabeis, amigo, cuál es el candidato que presenta el Ministerio para la eleccion?

Ber. Edmond de Varennes.

Cesar. Es posible!

Ber. El Ministro os ha enviado esta carta, y probablemente os lo dirá en ella.

Cesar. (*Lée para sí.*) «Me habeis cumplido vuestra palabra, y yo he cumplido la mia.» (Es decir que ya no hay remedio...) Quién ha traido esta carta?

Ber. Un criado del Ministro, que está esperando vuestra respuesta.

Cesar. Voy á escribirle al momento... (por si es tiempo aun.)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* CESARINA. MR. DE MIREMONT *se pone á escribir.*

Ber. (Perfectamente... esto marcha: Cesarina protegerá mis amores como yo he protegido los suyos, y ya soy hombre.) (*A Edmond.*) Amigo mio, no hay que perder tiempo; es preciso, como suele decirse, machacar el hierro en caliente. Por qué no vais á las elecciones?

Edm. Yo?

Ber. Pues!... es preciso que os vean, que os nombren Diputado: todos lo deseamos.

Edm. Tanta deferencia, tanta amistad...

Ber. Yo soy así, cuando sirvo á mis amigos, me sirvo á mí mismo. No vais?

Edm. No me atrevo á presentarme, solo, desconocido...

Ber. Es cierto: necesitais un protector...

Edm. El señor Conde se toma la molestia de escribir á los electores.

Mir. Ahora empiezo la segunda carta.

Ber. No sería mejor que fuese en persona á presentaros?

Mir. No deseo otra cosa; (*Levantándose*) pero el estado de mi salud no me lo permite.

Edm. Teneis razon: ni yo podría consentir...

Mir. Me habeis prohibido que salga, y teneis razon, porque siento una irritacion en el pecho...

Edm. Lo oís?

Ber. (*Aparte á Edmon.*) No tengais cuidado, yo lo curaré al momento. (Ya que ha sido aprobada

la ley no hay ningun riesgo en que salga.) (*A Miremont.*) Veamos el pulso... El Ministro me ha preguntado por vos.

Mir. Sí?

Ber. Yo le he dicho que os habia aconsejado mucho descanso y los aires del campo. Él me respondió «Afortunadamente habrá tiempo, porque se ha prorogado nuestro proceso político hasta dentro de cuatro meses."

Mir. De veras?

Ber. El pulso está bien.

Mir. (*Con alegría.*) Se ha prorogado!

Ber. Es noticia oficial... No encuentro agitacion ninguna: debeis sentiros mucho mejor.

Mir. Seguramente... no digo que no.

Ber. El pulso está perfectamente; la calentura ha desaparecido y podeis salir.

Mir. Sí?

Ber. Yo os respondo de que no os hará mal.

Mir. Hola! que pongan al momento el coche.

Ber. (*Aparte á Edmond.*) Qué os decia yo?

Edm. (No sé lo que me pasa... Cosa mas rara!)

Mir. (*A un criado.*) Al instante el coche.

Ber. No; los momentos son preciosos... tomad el mio que está abajo. (*Al criado.*) El sombrero del señor Conde, su baston, sus guantes.

Edm. (*A Bernardet.*) Cuánto tengo que agradeceros, amigo mio!

Ber. Por una friolera como esa... (*Riéndose.*)

Edm. Mas que todo eso, la felicidad de mi vida entera... exijo de vos que asistais á mi casamiento; sereis uno de los testigos.

Ber. Cómo?

Edm. Sí, me caso con la señorita Agata: su padre ha consentido ya, y su madrastra ha apo-

yado tambien mis pretensiones.

Ber. Madama de Miremont?

Edm. Si salgo elegido me casaré con ella.

Mir. (*Agarrando del brazo á Edmond.*) Vamos, no hay que perder tiempo, y pues el Doctor lo permite, tomarémos su coche.

ESCENA VI.

BERNARDET *solo.*

Estoy Soñando? Burlarse de mí de esa manera... de Bernardet... han jugado comigo como con un chiquillo... voto á!... Pero yo le diré á Madama de Miremont... Ahí viene.

ESCENA VII.

BERNARDET, CESARINA.

Cesar. Tomad, Doctor, que lleven corriendo esta carta al Ministro. Llamad, que vayan al momento: acaso será tiempo todavía.

Ber. (*Toma la carta y la hace pedazos.*) No, ya no es tiempo.

Cesar. Qué habeis hecho? estais loco?

Ber. No os burlareis mas de mí... todo lo sé.

Cesar. No sabeis nada... dónde está mi marido?

Ber. (*Colérico.*) Ha ido á las elecciones con Edmond, y yo se lo he aconsejado.

Cesar. Cielos!

Ber. Habeis triunfado!

Cesar. Al contrario... qué habeis hecho? todo se ha perdido.

ESCENA X.

LOS MISMOS, DUTILLET, SAN ESTÉBAN, DESROUSEAUX, *y varios individuos de la pandilla.*

Dut. Victoria, Doctor! Podeis decir á Madama de Miremont que todo va perfectamente, y es de esperar que Edmond sea nombrado.

Ber. Edmond!

Dut. Segun vuestras instrucciones.

Osc. (*Aparte á Bernardet.*) Pues!... vuestras instruciones.

Dut. Ya hemos avisado á los estudiantes de la escuela de Derecho, y de la de Medicina para que preparen el triunfo, y tendrémos música...

Ber. Permitidme, yo habia pedido todo eso para Oscar.

Desrou. Sí, pero como hubo contra-órden...

Ber. Pues ahora hay otra contra-órden.

Est. No era fácil adivinarlo.

Ber. Sois unos majaderos!

Dut. Y vos un bribon.

Est. Un hombre inconsecuente.

Mont. Un intrigante.

Ber. Mr. de Montlucar!

Mont. Mr. Bernardet!

Ber. Habeis olvidado sin duda lo mucho que nos debeis.

Mont. Y vos os habeis olvidado de quien soy; pero esto me servirá de leccion para huir de semejante canalla.

Todos. (*Gritando.*) Canalla! eso es demasiado.

Osc. (*Poniéndose á su lado.*) Dice bien, canalla.

Est. Nos dareis una satisfaccion.

Mont. Cuando gusteis.

Todos. Al instante. (*Todos se amenazan.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *y* MIREMONT *que entra por la puerta del fondo con* CESARINA.

Mir. Qué es esto, Señores... qué desórden!

Mont. Mr. de Miremont!

Dut. No se estaba muriendo!... de dónde venís así?

Mir. De las elecciones; pero no hemos tenido necesidad de ir hasta allá, porque en el camino nos han dado la noticia.

Todos. Cuál?

Mir. No oís! (*Se oyen en la calle gritos de aclamacion.*)

ESCENA XII.

DICHOS, AGATA, ZOÉ *y* EDMOND, *rodeado de amigos que le felicitan.*

Agat. Ha sido nombrado!...

Edm. Amigos mios, Mr. de Miremont... mi querido Doctor... y vos, Cesarina, cuanto os debo!

Zoé. (*A Cesar.*) Sí, todo os lo debe á vos.

Cesar. (*En voz baja.*) Zoé!...

Zoé. Es mi primera leccion... tal vez lo haré mejor en la segunda.

Edm. He sido muy injusto: esta mañana maldecia yo á los hombres y á mi suerte; creia que en este siglo todo era parcialidad, intrigas, pero ya conozco (*Mirando á Cesarina*) que hay todavía en algunos corazones amistad verdadera (*Mirando á Bernardet*) y desinteresada (*A los demas de la*

pandilla) que se puede en fin ascender sin poner en planta esos medios miserables de que otros se valen.

Zoé. (*Con una mirada de compasion.*) (Pobre muchacho!).

Osc. (*A Zoé.*) Ya lo veis... cuando se tiene amigos, no hay cosa mas fácil que ascender.

Zoé. Sí, Oscar, pero bueno es tener talento, para no caer.

FIN DE LA COMEDIA.

Key no 10

Element

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T443
v.253
no.3